This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

C-12-
89:

F. SGANAVECCHIA

LOS ESTUDIANTES

RABELAIS Y Cía EDITORES

PARANÁ

Los Estudiantes

Esos sin vergüenzas...

EL NARANJERO.

Á B. M.

El que vendiere, publicare ó reimprimiere este libro
sin permiso del autor, gozará de
las inmunidades que la ley argentina otorga á los que ayudan.

PARANÁ

RABELAIS Y CÍA.

1908

1. Students — Argentine Republic — Paraná

2. Schools, Normal — Argentine Republic — Paraná

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
318801B
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1945 L

Páginas del álbum de las alegrías que pasaron.

Recuerdos gratos de horas fugaces.

Tiempos de la edad descontenta, soñadora y chacotona.

Vida de necesidades, de emociones y de dichas que doran un inquieto pedazo de existencia.

Vicisitudes conjuradas á la luz astral de estériles arrebatos y placeres extinguidos al morir de las estrellas.

Hojas: Id.

Ve prosa de los combates que no tienen vencidos...

Ve, aliento y soplo de las vanidades que vibran en la cuerda sin llave de las pasiones adolescentes...

Id, heroicidades y rebeldías perdidas en los horizontes aurorales de la leyenda...

Id, horas amargas, iluminadas por la luz zenital de un ensueño que viste las perspectivas de sonrisas y octubrales esperanzas.

Ve poema blanco.

I

Solo. — En el *Pingo* llegué al Paraná una mañana del mes de Abril. A la sombra de un aguaribay interpuesto entre el sol ardiente y yo, meditaba alicaído mi destino; demasiado para un mozuelo. Evoqué la casita de mis padres, mi aldea, el pequeño mundo de mis amigos y con esa imaginación exagerada de la juventud para medir distancias, tendí un espacio inconmensurable entre yo y ellos.

Me dirigí la palabra. Solo! Solo estás. Pero no te abatas. La soledad es dulce y compañera. Pronto tendrás amigos, quien te quiera, quien se duela de tus aflicciones y quien comparta tus alegrías; y quien te odie, quien te calumnie, quien murmure tus éxitos y goce de tus desgracias. En fin, lucharás, templarás tu carácter, devolverás amor por amor, odio por odio, y comprenderás la satisfacción cuando en tus combates triunfes. Es posible que vuelvas á este banco y mirando atrás lamentes no estar solo como hoy. ¿Qué serás? En este momento eres nada; no puedes comenzar bajo mejores auspicios... El tañido de la campana interrumpió mi discurso y alcé los ojos. Esa es la escuela, me dije. Acostumbradas mis pupilas á la fachada de la de mi aldea, se dilataban para abarcar aquel frente que confundía mis corajes.

Eran las once. Por las puertas desbordó el torrente estudiantil y la plaza, tomando aspecto de romería, se pobló de cabezas y sombrillas que pronto desaparecieron por las bocacalles. La baraúnda alegre y bulliciosa encapotó de nuevo mi tristeza. Me sentía pequeño, un

átomo en la inmensidad. Ignoraba, entonces, que los átomos son mundos donde se mueven otros mundos.

La visión de horas adolescentes transcurridas alegres bajo el techo solariego, pobló mi corazón de involuntarias congojas y mi espíritu de severas preocupaciones. Un principio de rebeldía incendió mi carácter á veces plácido, á veces áspero, porque, obedeciendo á no se qué antecedentes hereditarios, locuras y epilepsias perdidas en desviadas ramas ancestrales, era irre-

gular y cambiante. Había en mí un deseo indomable de volver al beso materno que solía entibiar mi frente todas las mañanas. Si Torres, de cuya hosquedad tenía noticias fabulescas, me enfoca esta tarde un rostro de siniestras arrugas, mañana mismo acaba la aventura de esta primer salida tomando aguas abajo. Este arranque de altivez reconfortó mis ojos á punto ya de soltar las lágrimas y volví á la posada donde un reconstituyente almuerzo pasó la esponja sobre los casi lóbregos pensamientos que atormentaron mi tranquilidad aquella mañana.

Rastelli. — Mi apetito era extraordinario. Después de todo, tomaba á mi soledad cariño. Sin amigos, sin exigencias, mala visión del porvenir, preocupado de mi abarcia, dormía diez horas, cuanto puede tolerar una vida haraganísima. En la casita de mis padres era, no obstante, un incomparable trabajador.

Admitido tras un examen que juzgué detestable, la escuela me preocupaba bien poco. El último de las filas, oía mal, y lo que oía no lo entendía. Seguramente, los profesores comentaron más de una vez mi estupidez y más de una vez analizaron socarronamente el aspecto hirsuto de mi silvestre persona. Acostumbrado ya á la vida fuera de familia, en mí no había entonces más que dos placeres: comer y dormir. Me entregaba á ellos sin escrúpulos resarciéndome de fatigas pretéritas que recordaba con ira.

Era compañero de cuarto un albañil gordote y de pera ensortijada; comíamos á la misma mesa y de la misma fuente. Gran jugador á las bochas, las horas de la tarde y del domingo las destinábamos al saludable ejercicio, los dos contra la pareja que se presentase. Ganadores casi siempre, cuando perdíamos él pagaba los jarrones de cerveza con que reparábamos el abundante sudor de nuestra frente. Tan disimulado aprovechamiento de la pasión humana fué obra de un pacto contra mi dignidad,

pero en beneficio de ambos; yo toleraría sus ronquidos. Porque nos conocimos de noche.

El rugía como un león en celos. Sin pegar los ojos yo, tosía, cantaba, silbaba, mayaba; todos los gritos y ruidos de que era capaz la garganta, salían de mi boca desesperada como un *simoun* para apagar aquel exceso de confianza. Vanos esfuerzos. El reloj de la catedral dió las once, las doce, la una... la mayor de las tribulaciones es oir las horas. ¿Debía resignarme? La impaciencia excitó mis nervios; la sentía en mis dedos, en mis pies, en mis dientes y se escapaba á ratos traducida en siniestras maldiciones. En los momentos de calma procuraba encontrar un medio pacífico para reducir á silencio la boca de Rastelli. Corto de genio, tenía mis recelos para enterarle, así de sopetón, del defecto que tanto perturbaba la tranquilidad del dormitorio. Le escribiré, me dije, y comencé una carta poligonal en estos términos:

Respetable señor: la vida en común exige una serie de recíprocas consideraciones que aseguren la paz y afiancen la dicha de quienes el destino ha juntado en el mismo cuarto. Desgraciadamente es tan difícil conocerse que ya lo dijo Sócrates: «conócete á tí mismo». De aquí que á veces uno moleste sin saberlo. Usted, señor, me molesta porque en su boca reina sin cesar el trueno. Al comunicárselo, cumplo con el cristiano deber de enseñar al que no sabe. Mientras Vd. repara profundamente dormido las fatigas del día, yo velo contra mi voluntad... Con este y otros párrafos, iba entornando los párpados cuando un ronquido fuera de pauta, desvaneció mis esperanzas, y en un arrebato de bravura calabresa, la moral de Franck partió como un bólido hacia la cama del señor Rastelli. El libro dió en la nuca, la víctima despertó sobresaltada.

—¿Qué demonios sucede?

—Pues nada; que no dejáis dormir. Parece que vos solo pagarais la pieza.

— ¿Entonces eres tú que pretendes desnucarme?

— Eh... desnucarme! ¡Qué manera de exagerar! Quería despertaros.

— ¡Ah brigantazo!...— El albañil iba á desahogar su cólera y los dos nos incorporamos.

— No os molestéis — le dije — voy á daros las satisfacciones que exige mi decoro. Me he excedido, es verdad; pero convengamos en que roncáis como un rinoceronte; que ni la paciencia de Job puede aguantar tres horas de insomnio.

— ¿Y acaso tengo yo la culpa de que ronque?

— Usted es genovés, me parece. Su acento...

— Sí; he nacido en Rocchetta Ligure.

— Hombre, que feliz encuentro. Yo soy argentino, pero conozco aquellos montes, sus vinos y sus castañas. ¿Cómo se llama Vd.?

— Giovanni Rastelli.

— Yo, Federico Scanavecchia.

— ¡Toh! Yo he conocido á los Scanavecchia de Cantalupo. ¿Eres hijo de Scanavecchia?

— Justo; de apodo el Merlín porque mi bisabuelo era *mair*, título nobiliario concedido por S. M. Napoleón I.

— Yo construí dos de sus casas y eres el pebete que perdía las cucharas. Venga esa mano.

— Venga — le dije. Desde mi cama se la tendí para que la apretase, satisfecho de que terminara en forma tan imprevista aquella escena que comenzó expuesta para mi pellejo.

Trece ó poco menos. — Viento norte. Un catedrático que nos empalillaba día por medio la atención con *Pensiero* é *Meteori* de Lombroso, nos repetía á menudo, que el viento norte era el tónico de los brutos; como prueba concluyente de su afirmación, mostraba un diagrama de los chillidos imberbes durante las horas de recreo, trazado con recalcitrante cuidado, en el que los

días ventosos ofrecían ángulos salientes. Expuesto por esta causa á cometer delitos, el viento norte exime de responsabilidad al reo, y no debe sufrir pena, como decía Emerson, aquel de el hombre debe ser un buen animal.

Fuere ó no cierta la teoría del catedrático, ese día estaba yo más buey que otros. Dije en clase que Jerjes había derrotado á la armada persa de Salamina y que las mujeres, temiendo el furor de la victoria, se habían refugiado en la catedral de Atenas. Noté, acollonado, un movimiento isócrono de manos para esconder la risa de setenta bocas mientras me fulminaba un ¡siéntese! de don Pedro, de común tranquilo y bueno cuya cara era la de Sócrates en el momento de beber la cicuta.

Cien ojos me miraban de soslayo, y ví indistintamente los dientes de las mujeres cogiendo el labio inferior. No necesitaba á Darwin ni de los paleógrafos del British Museum para traducir aquel gesto. Decía evidentemente ¡ay que bárbaro! Los hubiera trinchado; tal era la necesidad que tenía de imponerme ante aquella multitud que desde el primer instante me juzgó más imbécil que Altamirano, un bípedo de la frontera jujeña que por ningún tratamiento pudo conseguirse que dijera aceite y no asaite, *un* y no *oun*. Dos acontecimientos avinagraron más mi estómago aquel día: la tarjeta de clasificaciones donde los unos de unas asignaturas con los ceros de otras combinaban dieces, (extraña collera) y el breve y enervante discurso que me espetó el posadero á la hora de comer, sobre un plato de morcilla descompuesta: *Vd. come mucho. Yo no lo sabía antes. Desde hoy abona Vd. 22 pesos al mes por cuarto y comida.*

Alcé bruscamente la cabeza. Estaba irritado, conmovido, nervioso, sofocado, bouleversé, éperdu. *Casus belli,* murmuré. Esta frase calmó el escándalo que las pasiones metieron en los surcos de mi cerebro. Le seguí hasta la cocina con los ojos, comenté con una interjección aquel respeto á la indigestión, y tras un breve combate con mi conciencia, opté por la reserva.

El silencio, dijo Júpiter, es sabiduría. Salva así mi dignidad, reanudamos con Rastelli la interrumpida lección que de él recibía acerca de las cuestas, ondonadas, pozos, rápidas pendientes que ofrecía la cancha de bochas disimuladas por el color negro de la tierra, pero que él como albañil de volumen, conocía en sus más insignificantes irregularidades; era el secreto de la indisputable superioridad que tenía sobre sus contrincantes.

La parte melancólica de las comidas era el postre, una hoja dulce de membrillo cuya transparencia desesperaba todos los deseos. ¡Qué monotonía obsedante! No quiero postre, dije, con aquella altivez propia de Piccio. Llévese Vd. ese vomitivo.

Iba á levantarme, cuando me entregaron una nota con el sello de la escuela. El conserje, que se había permitido escribir la dirección á lápiz: «Posada *I Tredici di Barletta*» me dijo : chúpese esa. El estoicismo con que leí la paternal filípica, lo comentó el silencio que guardé al respecto.

—Eh, grité: un cavour. Dígame Rastelli, hoy es 13 por casualidad ?

—¿Qué, estás loco? Hoy es 4 de Mayo.

—No puede ser, por este puñado de razones...

—Pero qué razones ni qué pistolas. Mira el calendario.

—Debe estar atrasado porque solo en día 13 pueden juntarse tantas calamidades y voces adversativas á la felicidad. ¡Si se nos amonestara de una manera más agradable!... Señor Rastelli: esta noche necesito dormir. Me atraganta una bola de silencios y rubores. Voy á probar la plácida acción del lecho para contener la fiebre que me atormenta. No olvide Vd. dormir de costado; es preciso á toda costa que no ruja.

Tiré el cigarro; tendí sábanas limpias; puse la almohada en otra funda; me descalcé; me desvestí; me persigné y me introduje bajo la bien oliente tela que trajo á mi memoria el prosaico perfume de la sandía.

Mis precauciones fueron severas para evitar la furtiva y punzante caricia de la pulga. El escapulario quedó en su puesto después de la requisa de que fué objeto por si algún infiel hubiese profanado su santidad.

Con estas permutaciones de vestimenta menor, dormí como un rey hasta el día siguiente que era domingo.

El Decálogo. — Desperté; ví con asombro, sin desdoblar, las frazadas de la cama de mi compañero.

Comprendí el sacrificio. Esa noche se buscó la vida por otra parte en obsequio á la amistad.

Los acontecimientos del día anterior me parecieron apuntes de cartera para un cuadro de Timoniano, el pintor de la Maga asesina en la irresolución precursora del crimen que yo iba á acometer con mi elísea existencia de vividor. Abrí la historia de Duruy y noté la trasposición que tanto excitara la indiscreta hilaridad de mis compañeros. Desde entonces me propuse reivindicarme y juré ser más helenista que Winckelmann. Por otra parte, aquel trastrueque de nombres y de épocas no debía sonrojarme. César Cantú fué un zote en las bancas del liceo.

Estas y otras consideraciones aliviaron un tanto el Imperio de la Angustia que tiranizaba mi ánimo y me dispuse á la tranquila meditación de todo un plan que debía surtir más efecto que el del almirante Courbet de quien se hablaba en esos días con motivo de la guerra franco-china. Recordaba algo de las costumbres de Franklin, con que nos entretenía el maestro de la aldea los días de lluvia é hice, con dos pliegos de papel, un vade-mécum donde apunté estos mandamientos:

1º Bochas: jugar solo en los momentos de mucha sed.

2º Descanso: dormir menos de noche para compensar la siesta de los domingos y días feriados.

3º Relaciones: reconquistar el prestigio perdido frecuentando los falansterios estudiantiles.

4º Administración y presupuesto: inmediato desalojo de *I Tredici di Barletta.*

5º Incursiones nocturnas: visitas á la Biblioteca Pública y á aquellos lugares que la prudencia aconsejare.

6º Autoeducación: consultar obras clásicas del más puro helenismo.

7º Moral y urbanidad: ofrecer á mis catedráticos un aspecto menos silvestre; usar reloj, cortarme el pelo, vestir jaquet y seguir la máxima de Júpiter acerca de la elocuencia.

8º Instintos egoístas: ejercitar sólo el primero de la jerarquía comtiana con las restricciones del presupuesto.

9º Paseos: emprender un largo viaje por los valles de la reflexión, dur fleau des âmes.

10. Masajes: escribir más que el Tostado para fortalecer la musculatura de mi cerebro, y practicar la perífrasis para fingir con elegancia las amnesias involuntarias.

Nota bene: Sanctorum virtutes imitare debemus.

El decálogo acabó de refrigerarme. Tonificados mis nervios, disipada la fatídica obsesión del día 13, me propuse dar principio al programa, la tarde de aquel mismo día.

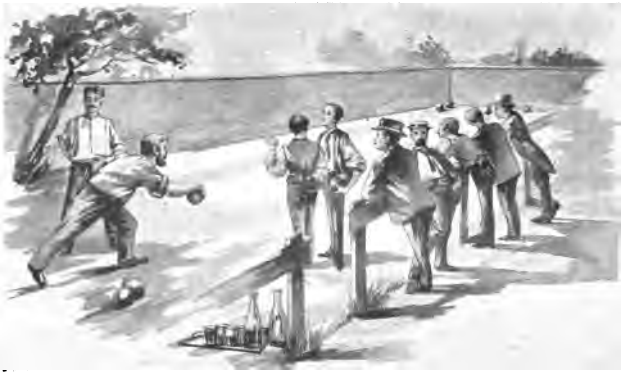
Una hora antes del almuerzo apareció Rastelli con inequívocas pruebas de haber dormido mal; ojeras cárdenas, tez biliosa y galera abollada. No obstante, ofrecíase risueño y dispuesto á una parada; tenía dos candidatos para la derrota. La invitación me tuvo callado un momento. Yo carecía absolutamente de sed y atentar contra la templanza del primer mandamiento, aun antes de estar seca la tinta con que lo había escrito, me pareció un asalto al carácter.

—Pero, qué cavilas? Una partida á veinte tantos, casi ganada... casi ganada!

—Vd., Rastelli, ignora los mandamientos del decálogo que rige desde hoy mis destinos.

—Qué decálogo ni qué pistolas. En la cancha nos esperan; vamos.

Y tomándome de un brazo, me arrastró al sitio donde comenzaban á doblarse mis principios; no opuse resistencia de mayor bulto y jugué como con hambres



atrasadas aquella partida llena de sacramentos, que perdimos porque Rastelli bochaba con una puntería indigna de sus antecedentes de carabinier.

—¡Qué demonios ha hecho Vd. anoche para tirar tan mal! le dije.

—Tengo la vista turbia, no se porqué. En fin, sarna con gusto no pica; esta vez nos metieron el choclo.

Bebimos, pagó y fuimos á almorzar; no referí una palabra de las medidas adoptadas aquella mañana contra mi persona y cuya aplicación empezaría entonces mismo, no obstante el atentado de que fué víctima el primer mandamiento.

Los porteños. —Entonces, después de la guerra del Paraguay, estudiaban en el Paraná, catorce provincias

y un territorio total 185 jóvenes, preparándose para ejercer la noble carrera del magisterio en Andalgalá, Cacheuta, Patagones, Itatí, ó lugares más ó menos célebres por sus ruinas, sus aguas, su fanatismo ó su pobreza.

Las provincias y el territorio estaban organizados en ocho colonias de régimen comunista.

I. La de los porteños.
II. La de los entrerrianos y santafecinos.
III. La de los correntinos ú orejones.
IV. La de los cordobeses y santiagueños ó del patay.
V. La de los provincianos del Norte.
VI. La de los andinos menos Catamarca.
VII. La de los catamarqueños y puntanos.
VIII. La de los sin patria, porque decían, nuestro apostolado no tiene fronteras.

Esta afinidad regional solía mantener incólume su carácter, á pesar de las inmigraciones extrañas que perturbaban de tiempo en tiempo la armonía del sistema.

Las mujeres no contaban en este reparto de pueblos y tendencias. Era elemento inconvergible y volátil, por ende fuera de las leyes de la ubicación geográfica.

El culto á la tierruca guió mis pasos á la provincia de Buenos Aires. Ocupaba una posición estratégica por su altura sobre el nivel del río; piqué dos aldabazos con mi bastón y de adentro el coro gritó ¡Adelante! Salvé la mitad del zaguán que separaba dos piezas de grandes proporciones y penetré en la de la izquierda.

Enrique Belville, de espaldas sobre un catre, fumaba una pipa enroscada á su pierna mientras consumía las dulces horas del *far niente;* Damián Trejo y Mario Otamendi tirando al florete con el mango de dos escobas se sacudían que era un gusto; Benicio Planes estudiaba alemán, y Boticelli cebaba mate en calzoncillos. Se me recibió con un jubiloso ¡oh! de camarada y sin más

prosopopeya tomé asiento en una cama porque las sillas estaban en ese momento todas bajo el tirano imperio de Boticelli. Me brindaron mate y cigarrillos, el agua y la sal de la bienvenida. Nos presentamos y me tutearon. Allí nadie era conocido por su nombre: Enrique Belville se llamaba Santa Elena por las descripciones patéticas que hacía de las campañas de Napoleón; Pelón Boticelli se llamaba Boccacio, á veces Boquicelli y á veces Obes alusión á sus dotes bocales; Benicio Planes, el Fiero, pues salvo su prodigioso talento, algunos pretendían haber hallado en él, al Pitecántropo Dubois. Damián Trejo, El Father, porque por sus años, la comunidad le reconocía atribuciones de prior. Mario Otamendi, Cochón por su prematura crasitud y el don que tenía de imitar al hocicudo mamífero. A mí me llamaron, de buenas á primeras, el Tigre de Atenas, lo cual no dejó de atufarme; era una prueba de que el asunto se había comentado en todas las colonias. Pero la necedad es una imprudencia y justifiqué mi ablepsia por la emoción; la primera vez que se me interrogaba, no era posible recitar con acierto. Hubieras comido maní, dijo El Fiero interrumpiendo su abstraimiento.

—O tomado leche de cabra, añadió Santa Elena.

—Pero pucha, es preciso haber andado de guanaco por los cerros, para confundir Jerges con Temístocles, continuó Father.

—Mira Boccacio, como chistes, te estallo las narices de un puñetazo, dije yo.

Una carcajada falansteriana aplacó mis iras y Cochón dió una excelente prueba de su habilidad ejecutando la escala de los gruñidos. Con estas y otras minucias llegaron las cuatro. Menos El Fiero, que siguió en camiseta y con la toalla al cogote rumiando alemán, salimos en dirección al alto de Urquiza, veinte y cinco manzanas recorridas á patacón por cuadra. Francamente; las impresiones de este primer contacto no se

avenían con mis hábitos formales; al dirigirme á aquella casa creí sorprender al estudio en plena efervescencia; pizarrones cubiertos de esquemas y paradigmas; ceños adustos sobre la ecuación incoercible; exclamaciones de júbilo mezcladas á frases de ingenio; iban mis propios ojos á descubrir el secreto del aprendizaje y ante mí se rasgó el velo de un mundo trabajador á veces, indolente á menudo; incómodo, pifiador, ora tunante, ora noble, dispuesto á protestar no bien el acicate del deber dejara sentir su punta más adentro de los límites impuestos por el hábito. En el alma de la juventud hay siempre un fondo acanallado; inútil proejar contra las olas.

Y volví á casa fuerte y regenerado comprendiendo que los misterios de Eleusis no obedecían á taumaturgias sobrenaturales accesibles sólo á los del largo noviciado en las prácticas herméticas. Los codos sobre las rodillas y las mejillas entre las manos, hice el análisis de mi propia persona. Me reconocía pariente remotísimos de Neanderthal y bulasténico de ambiente no hereditario. De modo que la voluntad era suficiente para no andar á tatas. Entonces me acordé del célebre título *Querer es Poder.*

Dispuse no cambiar de domicilio.

El cero. — El decálogo había sufrido las transformaciones aconsejadas por la práctica. El saludable ejercicio de las bochas fué substituído por un viaje circular de todos los domingos, cuyo itinerario solía comprender estos puntos: el cementerio; barrancas del Antoñico; quinta de Crespo; Bajada Grande; costa del Paraná; altos de la Cuchilla; hornos de la cal; muelle del puerto; camino del tranvía; avenida Rivadavia; atrio de San Miguel y posada de *I Tredici di Barletta.* El oxígeno matutinal de Octubre, las seis horas de gira bajo el diáfano cielo y por entre matorrales que preludiaban el himno dorado de la Naturaleza, me rindieron

cansado y risueño delante de una superba fuente de macarrones á la napolitana que el albañil y yo rociamos con purpurado vino Gancia, barbera del bueno, porque en atención á mis *22* $ se me servía agua con tintura doble é infusión de pasa, bajo la etiqueta halagadora del producto italiano. Eran los prolegómenos de una venturosa siesta. Rastelli, prefería los tallarines trufados; no obstante, después del tercer bis, le pareció prudente no abusar de la mansedumbre de su estómago falstaffiano y dijo basta, no sin antes despacharse dos apios de regular presencia, blancos, levemente dorados en las hojas. El cemento armado y la salsa eran dos secretos que en homenaje á mi discreción se dignó revelarme: cuatro partes de aceite Ottone; una de vinagre, media de sal y un octavo de pimienta, todo emulsionado hasta el color de la sotana de monseñor Gilabert.

Cerraba ya los ojos, cuando la puerta, empujada por la varita de Cochón, se entreabrió. Yo conservé mi postura, y él saludó con un amable gruñido. Habíamos estrechado hasta ese punto nuestra amistad. Con el asombro de mis sesenta y ocho detractores, la boleta semestral de clasificaciones estaba sembrada de cuatros, treses, y sin otros unos que los de Historia y Geografía. No obstante mis empeños helenistas, no podía borrar de la mente de don Pedro aquella imagen de las atenienses refugiadas en los templos católicos para substraerse á los desmanes de la soldadesca persa; para él, yo era sencillamente un cretino, no obstante su opinión acerca de los cerebros tardíos, que comenzaban en la sima de la imbecilidad para ascender, gracias á una oportuna mielinización de las fibras tanjenciales, á la cima del talento. Respecto á la nota geográfica era víctima de la fama adquirida en el salón de los catedráticos durante sus conversaciones. Preguntado por casualidad, la brillantez de mis exposiciones, no podía ser sino casual á juicio del profesor, con sus con-

secuencias irremediables. Yo quisiera que el señor Bavio (solía vociferar en la colonia porteña) viese mi baúl y averiguara mi pasado. Un baúl lleno de atlas y geografías adquiridas á precios módicos en las anticuarias de Buenos Aires con tiempo y centavos regateados al circo; un pasado sin precedentes en los fastos estudiantiles por que en la aldea solía amanecerme dibujando mapas y en la escuela me ruborizaban los elogios de mi maestro sin otro mérito que los de electrizar á sus alumnos con el estímulo, abriendo ante sus ojos el horizonte racional del saber. Pero aquel mismo año vencía la tenacidad del prejuicio.

He aquí por qué circunstancias Cochón el insuperable remedador de los animales domésticos, me visitó aquella tarde. Días después del suceso de Salamina me aplicaba por un úkase de mi puño y letra el artículo sexto del Decálogo y con el tesón digno de los que buscan oro en los cañadones del Neuquén, frecuentaba la biblioteca del municipio; tomé de este modo tanto cariño al encargado que á los noventa días una parte de los libros ocupaba en mi cuarto el guardarropa de Rastelli. Tenaz como un mosquito, no cejé en mis propósitos de helenizarme; mis afanes se coronaron de tal éxito que llegué á preparar lecciones mirando las figuras. El libro de Gebhardt me servía de almohada, tal era mi intimidad con las cosas de Grecia y Roma.

Pero, como dije antes, estaba con don Pedro, como el Quirinal y la Santa Sede. Me propuse concluir aquel conflicto que amenazaba tan de cerca mi condición de alumno y recurrí á la estratagema. Cochón venía á mi llamado.

— Mon cher, le dije, necesito de tu prestigio en las colonias para que concluya el interdicto entre yo y don Pedro, que promete prolongarse los tres meses de vacaciones.

— Bueno; manda que nos sirvan café. Yo seré tu Aquiles y tú mi Patroclo. Convida un cigarrillo....

¿Tienes fósforos? Es justo lo que te propones y de palpitante actualidad para tus intereses. Dame otro fósforo. Te advierto que puedes contar conmigo. *On ne tue point les idées!*

Habla.

—El martes se elige tema; don Pedro, según su costumbre, pedirá á la clase decida por mayoría el que deba tratarse en Octubre y se designará conferenciante.

Es necesario que ese tema sea *El Olimpo* y el conferenciante, yo.

Ya ves, de tí depende mi rehabilitación. En campaña, querido Aquiles; no quiero que las elipses dibujadas con tanto esmero por don Pedro comprometan mis vacaciones.

Federico, ponte así—apretando el puño y encorvando el brazo—que antes de veinte y cuatro horas, las ocho colonias demostrarán más cohesión que la banda de policía cuando toca en la plaza.

Y concluimos por destrozar á pulmón batiente el triste:

Después de tanto penar
Con una pasión tan fuerte
Por fin me has de dar la muerte
Si no te puedo olvidar.
Para qué ingrata buscar
Alivio á mi mal creciente
Si has de ser indiferente
Con quien tanto te ha querido,

mi sable de combate durante las visitas que de noche hacíamos á las ventanas de un fortín azás baleado por las miradas de los falansterianos.

Querido Jorge.—Esta es una Jauja de sinsabores que no afecta mayormente la integridad de mi persona. Si tú vieras cómo paso el tiempo! Acaso creas que

molido por la necesidad. Bah! Es un error. Anoche me deleité como un Creso. Encajando la cabecera de mi lecho en el jambaje de la puerta que me separa de dos bandurristas y por ahí verás, rejolgueme en la más apetecida de las posiciones, con Zampa, Trovador, Moraima, todo un sport de miel para el canal coclear. ¡Uno de los tantos incidentes con que curo la neurastenia del banco! Rastelli, compañero de cuarto, albañil y jugador de bochas, es una oblea digestiva; incomoda cuando duerme; pero en cambio, una excelente receta contra la sed, cuando juega. ¡La fuerza del dinero! proclaman enfáticamente los profesores de crematística. Yo puedo asegurarte, soy una demostración del poder de la necesidad. A pesar de mi poca versión en lenguas — ¿Te acuerdas como leía quelques brins d'herbes?— traduzco fácilmente un par de botines en camiseta por medio del montepío.

Tocante á amores he creído prudente conocer antes el terreno. No satisfago más que al instinto de conservación. Sirvo, sí, á dos Romeos, que pierden los ojos por una mousmé de quince abriles. Vale la pena, te aseguro. Sin embargo, yo hago el papel de trovador, canto y rasgo. Pero de ellos, uno fuma y el otro escupe. Con decirte que no padezco todavía de hiperclorhidria y que mi apetito espanta al hostelero, es informarte de la marcha de mis estudios. Soy el último de la clase por dos razones que dejo á tu buen criterio adivinar.... Las niñas recitan con una desenvoltura que pasma. Nosotros los hombres, salvo tres ó cuatro, ases sin duda del curso, balbuceamos como chiquillos trococéfalos. Por lo demás, hay severidad en las miradas de ambos sexos. Esta rigidez de relaciones da al curso aspecto de parlamento inglés. Pero veremos. En cuanto á los profesores, es largo describirlos tal como parecen.

Yo no los entiendo, á unos porque no hablan, á otros porque si tuvieran cuerda no tendrían aliento tanto. El

de Geografía es simpático, joven, soltero, elegante, buen mozo, orador, amable, expansivo, correcto y preparado; por eso dispone de 200 votos en días de elección. El de Historia lo es de Filosofía. Tiene el incomparable don de admitir toda clase de ideas, que mis compañeros llaman macanas; le distingue la prudente cualidad del silencio y clasifica con 0 ó 10. La mediocridad, estado transitorio, carece de rasgos específicos. Te advierto que este señor, es algo así como un Bakounine de la pedagogía no obstante su apacible aspecto dignificado aquí y acullá con prematuras eflorescencias canosas. Es comtiano; darwinista desde la piedra al orangután. No comprendo la bilateralidad de ideas. Libre cambista en la bolsa del pensamiento, habla de los textos como Danton de Luis XVI. ¡Con decirte que los lee por el índice!

El de francés visto de frac, se parece á Quintana y se le conoce con el sobrenombre de Pollino, porque con traviesa intención, le dibujaron un día dos respetables orejas y tuvo la debilidad de reconocerse.

Hacia el director, faceta opuesta de la de don Pedro, hay respeto y miedo. Su presencia desgozna. Ni las moscas chistan cuando inspecciona las aulas, gorrita en mano é irreprochablemente vestido de jaquet gris. Es un consuetudinario fumador de habanos y bebedor de café.

El de dibujo es una esfinge. Non parlar di lui...! todo su vocabulario se compone de esta palabra: *¡ dibuquen !* y no conoce, á juzgar por sus clasificaciones, otras cifras que 0 y 1.

Hay entre nosotros, sociedades varias, donde templamos las armas de la oratoria. Por mis pocos empeños, no pude hasta ahora recitar el discurso de Marco Bruto al Senado Romano. Mi memoria es tan frágil como la víbora del cristal. Ahí, comprobé las graves consecuencias de recibir golpes en la tercera. Pero el cordobés Astrada se despacha el Nido de Cóndores de tres engullidas.

Esta ciudad ofrece perspectivas crepusculares de una atracción maravillosa. El Paraná visto desde el Alto, presenta ocasos de un empaste maravilloso. No puedes imaginarte los encantos de un sol poniente visto desde las alturas del paseo Urquiza. La calma augusta de la escena, la bruñida face del río; las tonalidades del verde claro al verde negro de sus costas; la invasión del horizonte por mil riachos de los que emerge una tupida selva de verdura; la pequeña mar sembrada de goletas con sus paños tendidos; los campanarios de Santa Fe surgiendo como gigantescos penachos blancos; el viento ligero, perfumado y diáfano y el sol, grave como una majestuosa giba de fuego circundada por un fantástico océano de sangre próximo á desaparecer, dejan en pos de sí la sensación indecible de la solemne armonía de las cosas abarcadas por el inmenso radio de la vista que las contempla. ¡El encanto de la puesta, querido Jorge! Pienso en tí, tus viajes, tus sueños, cuando tú, dentro de quince años, ya capitán, surques mares ignotos, y en extraños países sientas este vértigo de la belleza incomparable y real.

Conozco poco á mis condiscípulos y nos separa un retraimiento explicable de conservación; yo canto con no se qué placer el poema de la soledad con más frecuencia que el de la compañía. Mi cuarto es un nido de las breñas, inaccesible á la impúdica confianza estudiantil que nivela los caracteres matando lo que tienen de propio. No obstante, tengo la intención de conmutar estas regalías de la calma por las enojosas de la turba. Esperando de tus nuevas, regocijos para mi espíritu, te saluda, etc.

La conferencia. — Desperté á ese misterioso encanto matutino de la primavera que tanto tonifica; me levanté, desayuné y salí jamando el aire perfumado de aquella mañana llena del amor de las cosas; sentía mis ojos embriagados por la calma del ambiente que Febo,

el artista prodigioso, doraba. Asistían en plena mis condiscípulos; desde la cátedra, don Pedro, socráticamente grave.

Dos profesores atraídos por la novedad, se instalaron en la última fila. El silencio engrandecía aquel momento de la rehabilitación.

— Señor Federico Scanavecchia — dijo una voz episcopal; pase Vd. — Por fin concluía la espera de aquel momento codiciado por la desatascadura de mi porvenir. Un movimiento ansioso se produjo en las bancas y cien pupilas siguieron mis pasos hasta el entarimado.

El Olimpo entró en mi alma como una exultación. Me sentía transmutado, lejos de la tierra, en el inviolable reposo de la inmortalidad divina, perennemente bañada por la luz que converge de todos los mundos, cual si fuera la adoración del infinito. Todo desaparecía bajo el peso religioso de esta evocación. En el fondo de mi cerebro se proyectaba el tribunal del cielo con una magnificencia que jamás soñaron pintores ni locos.

Debuté con un gesto anárquico que produjo un ¡ ih! ahogado entre las mujeres. Después de templar los nervios de mis oyentes con un intervalo de composturas, como el pianista que antes de ejecutar la pieza arranca una serie de acordes para estar seguro del instrumento, hablé. Hablé según este sumario:

I. De cómo el hombre hizo á los dioses seguido del apéndice relativo al primer pecado; la manzana y la serpiente.

II. Descripción circunstanciada del trono que ocupan los doce mayores; significado del escudo, la lanza y el pavo real.

III. Lo que enseñan las piedras del Louvre, el altar astrológico y el bajo relieve de los curetas donde el niño Júpiter mama leche de cabra en las cuevas del monte Ida.

IV. De cómo los hijos heredan de los padres las mañas; ardid de Rea para que Saturno volviera los

hijos que tenía en el estómago. Origen divino del crimen.

V. De cómo en el Cielo como en la Tierra, la felicidad se pierde por las mujeres. Motines, guerras y estrepitosas griterías de Júpiter para conquistar el trono.

VI. Los dioses en tiempo de paz. De como Prometeo y Minerva hicieron al hombre; instrumento de que echaron mano. Las minas de donde extraían cobre para sus lanzas.

VII. Relaciones del Cielo con la Tierra. Manera de viajar por los aires que se tenía entonces. Rapidez de las comunicaciones.

VIII. Dioses menores, hijos y gentiles. Breve excursión por los museos y reseña bibliográfica.

IX. De cómo el hombre mata á los dioses.

X. Frases mitológicas de frecuente uso en la literatura y que podrían desempeñar un importante papel didáctico en las lecciones del doctor Milicua.

Tal era la cantidad de historias consultadas, gracias á mis libérrimas incursiones por la estantería del guardarropa de Rastelli. La hora no bastó para salir del primer punto. El curso se hacía señas asombrado de mi atrevimiento sacrílego. A boca prestada cuchicheaba preguntas y frases admirativas sin explicarse tanta imaginación traducida á tanta verbosidad. Porque completamente ajeno á estas camandulerías religiosas, se había convencido, tras el obstinado silencio de don Pedro, que aquello brotaba de mi caletre por el artificio de la invención y que mi conferencia era una burlica de mal tono, jugada á todos, incluso el catedrático. No obstante, al comenzar «nuestra época está orgullosa de su sentido histórico. ¿Cómo ha podido dejarse convencer de esta insanía que se halla al comienzo de todas las religiones, *la tosca fábula del Salvador* y *Hacedor del mundo?*» indiqué las fuentes de aquel milagro. ¡Ah! Pero, con la vanidad crecida como los cuernos de un

reno, se me daba un ardite de aquellos Bautistas *en ironie* que no habían despolvado los anaqueles de una biblioteca; y no podían, en consecuencia, tener noticias del budhismo isotérico de Sinnett ni del Antecristo de Nietzsche. Sonó la campana y don Pedro habló, mejor dicho, hizo un prolongado movimiento afirmativo con la cabeza porque, parquísimo en palabras, se le comprendía en los gestos. De aquí su bien cimentada fama de filósofo. Mi estudio era concienzudo y yo un laborioso.

Desde aquel día mis condiscípulos que opinaban por ambiente, como incumbe á toda piara humana, me consideraron menos mal, porque mis aptitudes eran discutidas en los corrillos de la envidia y contra la liberalidad del catedrático que toleró una exposición hereje, una exposición que afirmaba con todo cinismo que Dios descendía del hombre.

Machuca, nombre conquistado durante una lección de frutas, en la que conjugó cincuenta veces al padre de su apodo, vociferaba como un perro de guardia, para derrumbar aquel montículo de prestigio que levanté con tanto esfuerzo; su mano se agitaba cual una bandera de rencor: era necesario aplastar. Porque hay dos maneras de desaparecer: bajar ó subir. Vaya una estratagema que tenéis de popularizarme, dije una tarde á él y sus corifeos, mientras tomábamos agua con panal, en la vera de «Las Dos Bolas de Oro», por apócope llamado *El Casino.*

La primera etapa. —¡Eh! Por fin respiro, exclamé cuando después de abrirme paso á codazos leí, estirado el cuello como una girafa, en el cuadro mis clasificaciones, ocupando el décimo octavo lugar. Luego, cincuenta y dos eran más imbéciles que yo; luego cincuenta y dos, al reirse de mí, esponjaban las plumas del tonto; luego, mis esfuerzos borrando un pasado de ingrata memoria, vencían á porfía la tenacidad de los profesores, que un error de análisis confabuló contra

mí; luego, no era aquel un mundo impenetrable para los que desde la aldea venían buscando luz; luego, ascendía de nuevo aquella falda desde la que me desbarrancaron la ciudad y el ambiente extraño á mi silvestre persona. La duda se disipó y ví brillar un horizonte de esperanzas, casi empenachado de triunfos. Reí, tarareé, pirueteé en un revuelto mar de heridos en el combate de Diciembre. Gritos angustiosos aquí, imprecaciones allá, desmayos, apóstrofes, ruegos, maldiciones, carcajadas, chacotas, palmoteos, desenfreno de pasiones y epítetos que fulminaban hasta el portero. Aquella multitud histerizada daba al patio un aspecto de manicomio y hundía, con sus «canallas», á la escuela, al catedrático, al condiscípulo. Al de matemáticas se le pulverizaba con grotescas fablas porque había estaqueado sin contemplaciones. La culpa ya no era de ellos, de su vida holgazana, de su imbecilidad troglodita; era del profesor que los odiaba, del profesor que los perseguía, del profesor impulsado por la demencia brutal de su corazón. Así disculpaban su bajeza; así idealizaban su derrota estos vencidos del Destino. En el naufragio absoluto de sus energías, en la ruina completa de sus sueños, sin fuerza para romper la corriente que los llevaba, se dejaban ir tras la calumnia y salía de sus bocas un torrente de insultos con que lapidaban sin asco, todas las reputaciones. El carácter está aquí, me dije. Lo demás es hipocresía. La bestia humana no se la puede conocer sino desnuda.

Es una injusticia que Scanavecchia no salga reprobado, se decía á mis espaldas.

¡Hola! murmuré. Con que jueces, con que envidia; éstos ven del águila crecer las alas. Fuí risible mientras era una bellota; ahora ven á la encina alta y la desprestigian. Mañana.... ¡ah! mañana. Tanta innobleza exasperó mis nervios y abandoné aquellos escombros de la virtud, aquellos andrajos del pundonor. ¡Um! la juventud inocente, candorosa y buena!....

Llegué á casa y repuesto, lié mis petates para partir esa misma tarde hacia la barbarorum tuguria de mis expansiones domésticas. Disponía de 90 pesos, importe de tres meses de beca descontadas al 3 °/o por Balujera y sentía mis bolsillos más atrevidos que los de Roschild. En aquel momento llegó Rastelli y quiso regalarme con una despedida que coronara nuestros antecedentes de inmoderada glotonería. En letra más ó menos legible, el posadero nos dió algunas explicaciones á propósito del almuerzo especial:

Entradas: Mortadela de Milán con rabanitos. — Tallarines con queso de Parma, trufas de Casella y hongos burghetanos. — Lechón al horno, mechado con ajos y ostras en escabeche. — Apios pisanos y salsifí al natural con alubias.

Postres: Altramuces, nueces y torta de peras con miel.

Extra: Ananás ó frutillas al Marsala.

Café y cigarros.

Vinos: Grignolino, Chianti y Regina Margherita.

Agregue, le dije, mantel limpio, porque tiene Vd. la manía de mudarlo cada mes.

El almuerzo.—Previa preparación del terreno mediante una partida á las bochas, valor del aperitivo para tonificar nuestros estómagos, nos sentamos á la mesa cuya aparatosidad nos produjo viva impresión. Sirvámonos, dije apoderándome del tarro de aceitunas y una caja abierta de mortadela. La vida es sueño, Rastelli. Este compañerismo de que damos prueba, es una consecuencia de nuestras afinidades desde cierto punto de vista.

— Este ingrediente — regostándose con el frasco de piperoni — es difícil de sacar. ¿No sientes el olorcillo? ¡Que picantito! Te aseguro que es un gran preservativo contra los mareos.

— *Honni soit qui mal y pense.* ¿Cree Vd. que una liga pueda ser la felicidad de una persona?

— Yo no he conocido más que piernas desnudas. ¡Qué

lástima que estos rabanitos sean tan grandes! Comprendes, carecen de aquel *honni soit* que constituye la felicidad de Mr. Lapenne.

— Nunca hubiese creído que una hostería donde todo el año es cuaresma — cada vez que me acuerdo del dulce de membrillo, siento en el pecho la sublevación de Espartaco — nos ofreciera un menú digno del señor Trimalción.

— ¡Una fuente de tallarines, querido, que no registra la Historia de Papas y Reyes! ¡Cristo! las trufas son negras. Sin embargo el conjunto es apetitoso.

— ¡Alborotoni! ¿Será cierto que en Mendoza reconocieron la nacionalidad de un cadáver por un tallarín petrificado? Señor Rastelli, este almuerzo es una celebración. ¿No bebe Vd.? — vaciando en ambas copas la segunda botella de Grignolino, que gustábamos restallando sin recato la lengua.

— ¡Sacramento! te aseguro que mis ojos lloran de alegría — apretándome el codo con sincera emoción. — Otro plato de tallarines. ¡Oh! blandas y pudibundas hilas (ó cintas) ¿hilas ó cintas, Rastelli? Sin cesar apetecidas por el hombre cuando impera de cualquiera manera! ¡Oh tubérculos que las garras del noble bruto extrajeron de su insospechado escondrijo. ¡Oh! ¡Oh! Cantharellas flor y nata de los Himenomíceos que crecisteis á la sombra del grave castaño! venid á mí, penetrad en los valles de la alegría y sed azotes de nuestra voracidad. ¡Misterio insondable de lo creado!... Rastelli ¿qué, no bebe?

— El vino es el amigo del hombre, cuando lo tiene. *Beviam, beviam del vino, beviam*... ¿Mi voz es de tenor ó de barítono?

— En este momento no tiene registro.

— ¿Sabes qué se me ocurre? El año que viene pienso instalarme en mi casa. ¡Verás que cancha de bochas! Tú en un cuarto y yo en otro, para juntarnos en las horas de la alegría.

Llegó el lechón exornado con rabanitos y claveles en el punto apical.

— ¿E perché non parli? ¡Oh, ejemplar de los ejemplares de la codiciada raza porcina! — Trinchando con ferocía las coyunturas.

— ¿Sabe Vd., Rastelli, si Atahualpa comía de esta bestia?

— A menos que no fuera el nombre de algún abeto. ¡Vaya que pregunta! Lo comía Pío IX.

— El amor, como el rayo, por donde pasa no deja sino estragos. Lo cual quiere decir que no dejaremos ni los dientes de este marrano, ó en alemán schwein. El hombre es un deseo perpetuo é inagotable.

— Sudas como una botija en invierno.

— Nos olvidamos del hielo. El vino, así caliente, es intolerable. Que vayan á buscar hielo.

Acometimos la peligrosa empresa de comernos las dos paletas, más los sesos, plato delicadísimo del albañil.

Saltó el tapón de la cuarta botella y su boca tocada por la nuestra, había despertado de pronto una sed inagotable de actitudes libertinas. Rastelli, so pretexto de que el calor en aquel cuartucho de tufo marranesco era insoportable, se sacó primero el saco, después el chaleco, y por fin la camisa sin hallar en la silla postura en que acomodar sus 112 kilos.

— Yo no sé cómo ese Pasteure no ha inventado un polvo para las moscas. ¡Sacramento! Fastidian más que una lotería recién ganada. Mientras sopaba pedazos de apio en la salsa de ostras, tendidas las piernas sobre un escaño y con las espaldas hacia la ventana.

— Voy á espantárselas — arremolinando servilletazos á diestra y siniestra. — Estos apios hortenses evocan lo único que ha quedado en mí de Rousseau: «¡Desdichados de los que llegan tarde al banquete de la vida!» Sin embargo, lamento haber nacido 13000 años antes, porque no podrán mis ojos confirmar lo que promete un

astrónomo: que la estrella polar entonces será un astro de primera magnitud.

— ¿Y con el microscopio de larga vista descubren eso?

— Rastelli, parece imposible que no diga Vd. telescopio, nacido como es en la patria de Galileo.

— Lo conocí. Usaba una barba, así entera; pero entonces yo era muy niño y conservo mal su fisonomía.

—¡Rastelli! Peor es meneallo. *Legumina omnia flatuosa sunt et cruda, et cocta, et fricta, et macerata, et virida*, dijo Hippocrates; de aquí vuestra voracidad sin competencia para el apio y el salsifí, que recuerda la del can-

grejo. Por otra parte, es el antídoto aconsejado por la Farmacopea de Orosi contra la acción apoplética del cerdo.

— ¡Evviva L'Italia! En Génova no nos hubieran servido dos apios tan soberbios. Mira, los de aquí no saben comer. ¡Puchero, pasteles y mate! y se quiebran para llevar dos baldes... ¡Ecco il nettare! — bebiendo cadenciosamente el respetable vaso de fresco vino, dándose después, dos palmaditas y una frotación sobre el vientre que le reventaba por los pliegues de la camiseta.

— Me parece que hemos comido regular... «Altramuces, nueces y torta de peras». El posadero está loco. ¡Altramuces! ¡Nueces! Un asno. ¡Qué postre! ¡Mozo! Destapa la Regina, tráete dos cigarros de la paja, legítimos, café y cognac.

Nos pusimos de pie y en aquella apostura, blandiendo el cigarro en la siniestra mano, en la derecha escanciando la dorada copa del espumante vino, brindamos por Vittorio Emmanuele sin quejas del pasado ni temores por lo futuro. Y bebimos. Después de aquel pipiripao cardenalicio, sin preocuparnos mayormente del montón de ruinas que dejábamos sobre la mesa, arrastramos del bracete nuestra pesada impedimenta hasta el cuarto, y allí, con gran perjuicio de las virtudes, nos tiramos sobre el lecho, mientras nuestros estómagos se entregaban á la solución de problemas difíciles de alquimia intestinal.

II

Vida nueva. — Pasé las vacaciones redactando cartas. De aquella epistolografía germinó otra colonia, especie de cosmópolis que asumía la multirepresentación de los bandos provinciales. Todos para uno, y uno para todos era nuestra divisa, desde el punto de vista mental.

Inquilinos de la vieja Gabriela, nos ubicamos en una posición dominante de los arrabales, cerca de la estación y orientados á los cuatro vientos de la necesidad. Dos piezas y dilatado fondo era suficiente espacio para combatir la asfixia; sólo apeteciamos un poco más de higiene, durante las noches de invierno cuando la temperatura nos obligaba á cerrar ventanas y puertas y hasta las rendijas con retorcidos de papel.

Mi vida paranaense recomenzaba bajo otros auspicios. No era desconocido, tenía un círculo de amigos, el aspecto de mi persona era menos salvaje, conocía mejor el terreno moral de los 40 que constituían el nuevo curso. Los Altamiranos desaparecieron al irresistible soplo de Diciembre. é iba á una casa donde el sujestivo nombre de estudiante eximía de obligaciones, disimulaba las miserias y exponía menos á la crítica menuda, desde que nuestra conducta no tenía más órbita que la elástica de situaciones instables, creadas por las exigencias del ambiente. Nuestras peloteras, grescas, calaveradas, desmanes, estaban así forrados por una virtud maleable. ¿Atrevidos? El calificativo nos cuadraba tanto como el de pulcros y recatados. ¿Sin vergüenzas? Desde que era difícil ocultarla con un traje cuyos pantalones ofrecían la criba perenne del trabajo

á la altura del Ecuador, nos tenía sin cuidado. ¿Hipócritas? ni nuestra persona podíamos guardar; exhibirla era substraerla al marasmo hipocondríaco de la soledad que el estudiante repudia hasta para las fechorías.

Father, Bocaccio, El Fiero, Bragheta (sus excesos filarmónicos absorbían el tiempo destinado á las hormillas); Urpila (se escandalizaba sinceramente de las acciones indecorosas); Farra (poeta y buscador de cacofonías onomatopéyicas, que suministraba á las colonias elementos nocturnos de diversión, después de un discreto abuso personal); Ortilla (así se llamaba) y yo constituíamos la nueva molécula vital de aquel organismo esparcido como una ameba colis por los puntos más baratos de la población.

I Tredici di Barletta ocupaba el otro polo del centro axial. La evocación de aquella vida incalificable, producía en mí, efectos kaleidoscópicos y resolví no tener más contacto con la posada donde viví nueve meses á veces como nueve años, á veces como nueve días. ¡El tiempo es tan caprichoso e la vita é cosi bella!...

Nuestros almuerzos y comidas los hacíamos en la hostería de *Las Horas Pasan,* pero más conocida con el popular apodo de «Giacumina», gracias á la menguada sensatez del dueño dándonos de garçonnières á sus hijas, dos extrañas complicaciones de atractivos capaces de enceguecer á los 33 que jamábamos en aquella sala inaccesible á pies que no ciñeran el presuntuoso galón falansteriano.

Bajo la presidencia vitalicia de Father, reglamentamos nuestra vida comunal. Nos tocaba cada ocho días el barrido de los dormitorios. Cada ocho días la preparación del café matutino. Cada mes el pago proporcional de los gastos que no excederían jamás de cuatro pesos por barba incluso el alquiler, so peligro de un descalabro financiero que arrasaría con nuestra honradez. Prohibido el monopolio de la luz por considerársela artículo de primera, se dispuso estudiar al amparo de

la misma lámpara, salvo circunstancias especiales que dieran á uno ó varios, el derecho de iluminarse con el sol. Por razones de higiene, fué rigurosamente individual el uso del peine y la toalla, si bien, por razones de espacio fué rigurosamente colectivo el uso de la palangana y el jabón. El asunto sillas provocó un debate; dado el caso que llegaran á romperse, ¿quién pagaría la compostura? Era injusto que los delgados participasen de una erogación que tan de lejos le correspondía. Se resolvió aforarlas como la cama y el peine, eliminándolas de entre los enseres comunistas; en consecuencia cada cual marcaría la suya, con severos artículos acerca del uso de la propiedad ajena.

Se declaró bebida de azar el mate; jurisdicción del estómago el naipe, ejercicio de necesidad el paseo; acto de circunstancias el robo de artículos alimenticios. Los baúles ocuparían el espacio que dejara desde el piso, el catre del correspondiente dueño y en cuanto á la señora Gabriela, dados sus antecedentes de mujer, vieja y vasca, se le prohibía terciar en asuntos de

nuestra particular incumbencia, pues ya su lengua había dado visibles pruebas de una intervención inquietante y liberticida.

Acerca del tabaco se distinguieron dos maneras de consumirlo: de puertas adentro se fumaría en pipa; por la calle y durante los paseos cigarrillos de papel armados por Bocaccio exoficial de La Hija del Toro, servicio que le dispensaría de la cuota para proveer de materia prima á la caja, previniendo los efectos tóxicos de la nicotina, con la compra de habano sin bosta.

Farra propuso el empleo de lenguaje higiénico para no zaherir el amor propio de la gramática y la concordancia de la colonia; sus puritanos anhelos escollaron contra una regimentada negativa que enterró el asunto.

No disponiéndose más que de una llave, la puerta de calle permanecería abierta día y noche como de casa del pueblo. De zaguán afuera, perdían las disposiciones su vigor; era cada uno patrón de sí mismo para buscarse la vida donde más le pluguiere solo ó acompañado. Por último, y considerando que de este mundo todo debe aprovecharse, una comisión de hacienda estudiaría el poder económico de la colonia para utilizar las aptitudes filarmónicas de Bragheta y Ortilla bombardín y piano, á fin de que la vida fuera un soplo.

En busca del otro sexo. — Aquel año fué carnaval en Marzo. De modo que las vacaciones recibieron un alentador refuerzo de tres días más la octava. Era necesario refocilarse con un ostentoso culto á Momo.

En consecuencia compramos caretas, recortamos levitas y nos propusimos conocer la gente, participando de cuanto baile y saturnal se produjera accesible á la juventud en cuyas manos se librarían los destinos del país. Para introducirnos, nos apersonamos á Cuestas, amigo de Father, modesto en luces pero exuberante

de maneras, que presumía de delicado y gozaba atenciones y popularidad en numerosos centros por el uso y abuso que hacía de la levita y el sombrero de copa, de donde el apodo de Chistera con que le motejaba la informal juventud falansteriana.

Esa misma noche, *en troupe,* menos Urpila y Fiero. capitaneados por el ínclito y grave introductor de máscaras, nos dirigimos á la casa de la señora J. de Z., donde íbamos á rozarnos con niñas de la coliflau que nos presentaría nuestro cicerone. Por el camino topamos con un agente del orden público, que exigió los permisos de que no estábamos munidos, ajenos á tal requisito. La serenidad de Father que exhibió una entrada de circo irreconocible á la luz de las estrellas, salvó la crisis.

Llegamos con nuestra atroz indumentaria á la puerta de la predicha casa, cuyos revoques y cornisamientos *art nouveau*, antepuertas de cedro y cristal, patios profusamente exornados de mayólicas, halagaron sobremanera nuestras escondidas ambiciones elevándonos á la categoría de misters disfrazados de miserables. Ya Father lamentaba en su cuerpo las garambainas arlequinezcas que comprometían la solemnidad de su persona; el momento, aquel lugar, sus aspiraciones pedían á gritos la levita.

Cuestas adquiría, ante nosotros, tres halos de prestigio; cada uno teníamos *in pettore* el propósito de no llamarle más Chistera. A los repiqueteos del timbre, se presentó el ordenanza y preguntó quienes éramos. Avanzó Cuestas y en voz baja dijo palabras que nuestras orejas no recogieron. Pero vislumbramos una sonrisa en los labios del conserje, que tradujimos á nuestro favor. Transcurrieron dos minutos sin llegarnos el anhelado *pasen adelante.* Cuestas atribuía esa pequeña demora al portero, según él, más torpe que un cerrojo. No obstante, aquella desesperante espera comenzó á desmoralizarnos.

De repente, sin saber de dónde, llovió sobre noso-

tros un nubarrón de agua y burlonas carcajadas nos hicieron tomar las de Villadiego. Llegamos á la esquina emberrinchados y exigiendo explicaciones, mientras cada uno se sacudía los trapos de la mejor manera posible.

—Deben ser los muchachos, — vociferaba nuestro introductor, — porque las niñas no son capaces de burlarse así y en cuanto al portero, me conoce.

—Claro está, contestó Bragheta, que se frotaba un ojo enchiribitado; las niñas no deben ser...

—Son unas grandes capigorronas. ¿A qué nos trae Vd. á una casa que no conoce? dijo Father.

—¡Sí, á una casa que no conoce! añadió con voz abismal Bocaccio, que siempre apoyaba los razonamientos de la presidencia.

—He dicho que son los muchachos. Yo no los he visto en la perra vida. Las niñas, no; las conozco. Cuando paso las saludo.

—¡Qué sauce! Nos lo hubiera Vd. dicho antes. ¿Así, quién no tiene relaciones? ¿Un saludo es, acaso, motivo suficiente para meternos en camisa... ó, mejor dicho, en casa de la que no conoce Vd. las aberturas por donde nos han hecho sopa?

—Pido el uso de la palabra, dijo Farra, acomodándose la cola en el brazo, porque se disfrazó de Barrabás con un cuerno: dado el imprevisto accidente de que hemos sido víctimas por un lamentable *quid pro quo,* considerando á nuestras ropas secas y curada la pasajera emoción de nuestro disgusto, teniendo presente que el agua en verano y carnaval no hace mal y es de buen tono ofrecer mojadas zonas determinadas de nuestros atavíos; y por último, lo inconsolable que sería volver al punto de partida sin premiar de algún modo nuestros afanes, larguémonos á lo de las Bruno, madre y ocho hijas con quienes mi relación alcanza al tuteo. No hay hermanos y el padre no cuenta. Además, sobran motivos para suponer exceso de elemento femenino. Acude desde una semana extraordinario séquito de

comparsas, suceso explicable si se piensa en las comodidades del patio. La luz un poco difusa por escasez de faroles; pero á buen hambre no hay pan duro.

—¡Bueno! dijimos á una, aceptando aquella invitación, menos imaginaria que la otra y más afín con nuestras tendencias. Y, partimos para una quinta al otro lado del Antoñico.

En lo de las Bruno.—Entramos como en nuestra casa. No había campanillas ni porteros; se acogió con visibles muestras de alegría aquel respetable refuerzo de sabinos raptables que sacaba de apuros á no pocas aspirantes, seriamente preocupadas del papel que hacían según ellas, por escasez de mozos.

Cada uno, sin más trámite, alzó con la que más le plugo; por exceso de prudencia, quedamos yo y Bragheta con el resto, donde inútilmente buscaban nuestros ojos un ejemplar que acreditara la fama del sexo.

En fin, entre nosotros no hay higos perdidos, me dije, y marché resuelto hacia la que me pareció menos mal. No distinguí de lejos las huellas de la viruela, ni los hilos que plateaban aquí y acullá su cabellera, ni el labio inferior animado de un tic coreico cual si hubiera lamido desde la parvedad. Además era una horqueta. Por allá ¡Pf! tabula rasa in quod nihil est scriptum; pero antes de advertir tales desperfectos la tenía del brazo asida como un náufrago á la tabla. Hice de hiel almíbar. No hay baile sin tarasca. Para consuelo ví á Bragheta de tiros largos con una yorkshire atacada de esparganosis, que le reventaba el tocino por las jaretas.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Yo, joven, soy soltera.

—Perdone Vd.; yo soy viejo. ¿Cuántos hijos tiene el dueño de casa?...

—¡Ah! pensaba que me había Vd. tomado por señora. Ocho mujeres.

—¡Qué aparato digestivo!

—¿Decía Vd?

—No, nada. Ideas que cruzan la pampa del cerebro.

—¿Pero Vd. me engaña. Vd. no puede ser viejo.

—Según y conforme. Soy un Jano de la edad, simpática María.

—Es Vd. salamero, caballero. Mi nombre no es María, es Robustiana. Muy feo ¿verdad?

—Pero eufónico; por eso la llamo á Vd. María. La madre de Cristo se llamó María y todas las Marías se distinguen por la belleza de sus sentimientos. No le digo más.

—Favor que Vd. me hace. ¡Ay! tan joven la señora de Chuchini y con un hijo tremendo de grande.

—¿Eh?—No; decía aquella señora ¿Han caído Vds. al arroyo?

—¿Por qué?

—Los noto tan mojados.

—¡Psh! Casi. Un traspiés inverosímil.

—Habrán venido Vds. por lo de Tabossi....

—No, señorita; por lo de Z...

—¿Por lo de Z?... No puede ser. ¿El señor Z. es vecino del Antoñico?

—Creo que no. ¿Quiere Vd. decirme el nombre de aquel apetitoso ejemplar de la raza cobriza que baila con Chistera, digo, con aquella máscara que lleva careta de perro?

—Es la hija de Bruno. Jovita ¡Ay!... no se imagina Vd. mi pasión por el baile ¡Y los jóvenes son hoy tan ariscos!

Yo sentía apretones y traté de buscarla asiento. Pero cada vez que nos aproximábamos á una silla, su conversación tomaba un giro insinuante como sus apretones y hube de renunciar á mis propósitos de desprendimiento ¡Pues divertido papel! ¿Qué obligaciones tenía yo para cargar con ella? Tanto más, cuanto que, abundaban las teces satinadas y los rostros venustos.

—Para mí, es hombre feliz el ciego...

—¡Feliz un ciego! ¿Por qué?

—Porque no ve mujeres.

—Qué bromista que está Vd.

—¡Ay, qué calor! exclamé.

—¿Quiere Vd. tomar cerveza?

—No señorita; me embriaga. Necesito colgar la máscara, porque tengo la cabeza metida en un panteón de fuego. ¿Me permite Vd.?

—¡Caballero!... Su compañía es agradable. Lo obligo para el lancero.

—Señorita, es Vd. amable en demasía y cuente con mi.... ausencia, dije cuando estuve lejos.

Fuí al comedor y me desquité con dos copas de cerveza Bieckert; al alzar los ojos, no fué sorpresa al notar las catorce provincias y el territorio con tal cual attaché. Cochón, ejecutó la gama consabida al verme y llevándome á un rincón me comunicó secretos de importancia; una niña prendada de mí desde el año anterior, deseaba conocerme.

—¡Diablo! El mundo está poblado de misterios! Pero dime ¿no tendrá picadas de viruela, algún tic, canas, estrabismo?....

—¡Pf! Piel suave como la seda, dientes de leche, 16 abriles y.... non ti dico altro. Es una fornarina.

— Bueno; antes quiero verla.

— Desde aquí, asómate; allá está....

— Algo melancólica, ojos bondadosos y corazón abierto; seguramente las nostalgias producen en su alma una reacción particular de cariño: recuerdo su fisosomía, recuerdo; en la plaza, noté á veces sus saetazos oculares. Pero entonces, ejercitaba sólo las mandíbulas. ¿Su nombre?

— Aída Perosi. Vamos.

Yo nunca había amado. Aquel imprevisto afecto despertó en mí una intensa vibración innominada en los libros de Peratoner. Al tomar su mano, sus ojos bañaron todo mi sér de una dicha imprecisa. Aquellos ojos suplicaban, aquellos ojos pedían, aquellos ojos daban algo íntimo. Enmudecí fascinado por una fuerza que despertaba un mundo donde mi espíritu iba á encenderse por primera vez. *Hé ahí aquella que debe establecer sobre tí su dominio.* Sea.

Mi soledad poblada hasta entonces de grandes sueños hoscos y rebeldes, se pobló de sueños tiernos y consoladores que llenaron de encantos mi silvestre aislamiento. Al tomar en la mía su mano rosada que era una aurora, sentí que mi vida se ligaba á esta flor, y que mi corazón se rendía al flúido turbador que se escapaba de aquel sér calmado y bello.

En la mendicidad de afectos en que vivía mi corazón, este estremecimiento delicado, esta alba de amor cuasi divina, abría un cielo inesperado á mi alma. Aquella noche ella, no abandonó mi brazo, radiante de felicidad, los dos felices, los dos enervados por un vértigo de inefable ternura, que nos aproximaba, que nos fundía castamente, armoniosamente, en el abrazo de una consagración pura y eterna. Lamenté aquellos trapos clownescos que tanto contrariaban la formalidad del momento. Mis cálidos y voluptuosos efluvios eran

indignos del pantalón de yute floreado y del futraque andrajoso que no cubría la camisa siquiera porque en obsequio á la brevedad, me lo puse sobre la camiseta. Nos dijimos pocas cosas. Pero tras del silencio ardían dos hogueras cuyas irradiaciones adivinábamos, yo en sus ojos, ella en los míos. Consumimos deliciosamente las horas, ella apretando mi mano, yo la suya. Recitamos así, al ritmo de nuestros corazones, el poema irreferible de la primera emoción.

¡Nos amábamos!

Al dar una vuelta ví, por descuido, á la de las picadas, que desde el asiento tenía sus ojos clavados en nosotros, mientras el labio inferior bailaba graciosamente al compás de su tic. ¡Qué feliz es el ciego! la dije. Comenzaba el oriente á atornasolarse y el baile terminó. Juramos pertenecernos para siempre jamás.

El asunto Balujera. — Cochón, en la colonia puntana, constituía sociedad con Lesbos, alias Quijote, por alto, delgado y lampiño, pronunciadamente bromista por dón adquirido en el claustro materno y dos más, que lenguas amigas llamaron los cuatro postes de la chacota. Hicimos apetito rondando las manzanas de nuestras adoradas y después de una hora provechosa de paseo, nos sentamos á la mesa comentando pareceres acerca de la mujer. Quijote, sostenía que era un medio como cualquier otro de divertirse.

—Conjugo al bello sexo en modo condicional y lo aprovecho en tiempo perentorio. Esta es la quinta que asciendo desde que tengo capacidad. Mis aptitudes alpinistas salvan desde el celo hasta el revozno y no me cuesta bajar una falda y subir otra. Amo por higiene.

Cochón calificaba de turco-camaleónicos aquellos procedimientos.

—Yo no amo la mía, porque miro el cariño del punto de vista eclesiástico; pero me quiere y esto es suficiente

para que tenga mi corazón en el tabernáculo de la pureza y de allí salga sólo para el ara del sacrificio. Soy sensible á los fenómenos telepáticos y de noche la siento suspirar, siento que me nombra en el delirio espasmódico de sus sueños (patético gruñido). Es una imprudencia, lo sé; porque el padre, la madre, los hermanos le han prohibido que salga, para evitar un posible encuentro conmigo; hasta el gozque alza los belfos para mostrarme su simpatía. Aun lamento la dentellada al pantalón, un pantalón nuevo de 13 $. Pero he jurado desnucarle de un garrotazo (siniestro gruñido).

—También te vas muy arriba, dijo Quijote.

—No: es ella que se viene abajo. Ya dije que no la quiero.

—Yo quiero á la mía; respondo á su amor incondicional con una promesa que me encadena para siempre á su alma. Siento el vértigo de ella. Me ha escrito. Aquellas páginas que guardo sobre mi corazón, cantan la tierna melopea de un afecto ardoroso y profundo. ¿Ríen Vdes.? ¡Bah! Porque en vuestros pechos late un puñado de estopa.

—No te amostaces, helénico. Si amas lo lamento. Arderá Troya cuando menos lo quieras. El amor es como la tisis: envuelve á sus víctimas en el velo azul de la ilusión, dijo con aquel gesto del Nerón poeta. No ames. ¡La mujer! ¡La mujer! ¿Sabes lo que es la mujer? Yo no sé, ché. lo que es la mujer.

—La mujer es como el cigarro. Cuando de tí se canse, cuando te engañe, cuando no busque sino pretextos para justificar ausencias y esquivar encuentros, cuando... mira yo busco la mujer, no busco al corazón. Me canso y la dejo. ¿Comprendes? Lo demás, benjuí. La vida hay que gozarla.

—No; te equivocas. Tus razonamientos son simiescos. Para tí, la mujer es cosa... En aquel momento Santa Elena nos anoticia, entrando, de un hecho que conmovió á los 33.

—Han estafado á Balujera en 5000 latas.

—¿Quién, quién? gritamos en coro.

—Ustedes, los que vendieron la beca y se apretaron el gorro. Protestamos en coro. Los 33 que allí comíamos, éramos una pirámide de honradeces.

—Altamirano, por ejemplo, vendió desde Diciembre hasta Julio, y está desborricando en Tarija.

—¡Oh! Altamirano! exclamamos con un gesto de cosa perdida, y volvimos al plato de buseca cuyo perfume recordaba á los corrales y la astucia de los quinteros, para conseguir tomates de volumen rastelliano. El Fiero, levantaba cada pedazo en la punta del tenedor y lo comía boca arriba.

—Ché Farra, decía, me estoy comiendo las cacofonías de tu oda al buey: buseca, buseca, buseca, bus, bus, bus, seca, seca, seca.

—La buseca, continuó Santa Elena, procediendo con una equidad digna de Napoleón, no reconoce vales. De modo que cobraron doble. El mendocino le fletó una epístola plural de este contenido más ó menos:

Señor Balujera, de nuestro aprecio:

No tememos el juicio de las posteridades; él, cuando el mío y tuyo ó lo nuestro, sea una ingrata evocación del pasado, justificará estas conductas liberales del presente. Sí; no volvemos á verle porque no le necesitamos. La ingratitud no es en nosotros pero consideramos nuestra visita una atención importuna. Reclama Vd. una cosa, que nuestra calidad de desheredados nos da derecho á gastar. No obstante, hemos puesto esos papeles en manos de los sastres y de los peluqueros, quienes conmovidos, reconocieron nuestro derecho á pagarles en esa moneda en la que no notaron rastros de cosas mal habidas. Si no considerásemos atrevido distraer su preciosa atención, nos permitiríamos enseñarle á Vd. el empleo de la nuestra en problemas de difícil análisis como este, para lógicas poco ladinas: Una liebre lleva 50 saltos de ventaja al zorro

que la persigue; 3 saltos de la liebre valen 2 del zorro; pero mientras el último da 3 la otra da 4. ¿Cuándo alcanzará el zorro á la liebre? Dónde verá Vd. que el zorro no siempre ladra á su fama, porque la liebre, al poner pies en polvorosa duplicó los saltos al sentir próximos los dientes de su implacable perseguidor. La astuta bestia renunció, de este modo, á su presa y la inofensiva liebre llegó salva á su guarida. Un gruñido de Cochón indicó el momento de los aplausos.

—¡Siento haberle pagado! dijo una voz.

—¿Y á tí quien te contó?

—El oficial de policía que busca á los reos.

—¿Busca á los reos? preguntó asustado Machuca. Lleva una lista de 62.

—¡Qué mecha!

—De modo que ya saben; apretarse los calzones.

—¿Y tú pagaste?

—¿Yo? No necesito! Yo, no vendí.

—¡Ah tigre!

Eso dijo uno, de Guasayán, famoso después en las lides políticas de Santiago. A veces *El Quijote* se acordó de él, colgándole las boleadoras.

La noticia produjo sensación entre los prestamistas y los asiduos lectores de *El Entre Ríos* y *La Verdad*. Muchos se mesaban los pelos lamentando no ser estudiantes. Balujera, fiado en la omnipotencia de sus vales, daba dinero á troche y moche al módico 3 °/o, y los que vencidos en el combate de Diciembre, pensaban volver las espaldas, le vendían cuanta beca, el divino protector aceptaba. Se temían represalias, destituciones, encarcelamientos, bastonazos, riñas, tiros y otros atentados contra la paz de las colonias.

—Que salga el sol por Antequera, dijo Farra mientras encendía un habano de peso y medio y abandonamos tumultuosamente el comedor.

Cochón pretendió llevarnos por Monte Caseros, calle de su adorada, so pretexto de una noticia que, como

repórter, debía entregar á la imprenta del *Asmodeo*. Juzgando capcioso el argumento nos opusimos y pasamos la sobremesa en el portal de la colonia puntana.

Quijote entró, según dijo, para ponerse en traje de verano. En efecto, rato después, volvía consigo mismo, es decir, en el de Adán. La luna alumbraba.

La calaverada de Urpila.—Se trataba de un atentado contra la castidad. El asunto Balujera concluyó de manera imprevista. Según parece era menos duro que la pata de Pedro para defender la integridad de su bolsa. En consecuencia, renunciando á la cobranza por vía judicial, se satisfizo prometiendo quemarse los dedos á la romana, antes que prestar un céntimo á individuos de medias letras lo que produjo un gran alivio en las colonias molestadas hasta entonces por el terrible acridio de la duda.

De los vales hizo un lío que dirigió á Burmeister, creyéndolos suficientemente fosilizados para compartir con el panoctus el derecho á las vitrinas. Más tarde se supo, por una providencia al pie del legajo, que Burmeister cedía sus derechos á Argos; con los dichos, inició su colección de emisiones clandestinas particulares. Así, después de una existencia efímera encontraron una tumba envidiable. Pasar al museo es como pasar al calendario de Augusto Comte. Las generaciones póstumas leerán aquellos nombres con circunspecta unción, como cuadra á quienes estudiando el pasado tratan con prudencia á los muertos.

En aquel entonces barullaban por las calles, cada sábado, veinte ó treinta tartanas rusas llegadas de las chacras con maíz, trigo y familias. Los arrabales del Este, en sus almacenes oliscos tales parroquianos sin barbas y fumando en rústicos pipotes, tabaco de Virginia, ofrecían el aspecto de una romería kurda. La colonia santiagueña, situada en la zona concu-

rrida por los moscovitas, se gitanizaba. A menudo corrían voces de extraordinarias aventuras cupídicas que Farra describía onomatopéyicamente al pundonoroso Urpila. Sus peroraciones resultaron con el tiempo, tan vehementes que concluyeron por vencer los escrúpulos del seráfico compañero acerca de lo saludable que sería aprovechar la ocasión, discretamente. *Dopo tutto anche il prete é un uomo.* Aquel consentimiento obtenido á costa de artificios retóricos y abusando de mímicas prohibidas, hizo despanzar de risa á las catorce provincias y un territorio, pues hasta Branly, que ignoraba el significado de la palabra vaina, dándoselas de chuzón, chacoteaba con la cosa como cualquier hijo del país y pedía que le enseñaran á tocar la churumbela, instrumento si nuevo para él, antiguo para la humanidad.

El hecho debía consumarse en la estancia de los Sin Patria, transformada al efecto, en tálamo nupcial: la pieza partida en alcoba y sala por un biombo de arpillera con discreta puerta de zaraza. Allí yacía la rusa. En obsequio á la pulcritud del candidato se consideró sobrada la luz de un farol que desde la calle enviaba sus débiles rayos á través de los vidrios.

La comisión *ad hoc*, Farra y Peito de Ferro — nombre adquirido por sus estornudos — fué en busca de Urpila y Bragheta, enterado de la ocasión, quiso aprovecharla, bromas aparte, hasta donde la soga diera; inútiles fueron las argumentaciones para disuadirle en aquel caso singular; se estrellaron contra aquel bodoque ferrado que se coló, no sin antes dar solapadas pruebas de una envidia perruna por aquella gracia que, llovida del cielo, tanto necesitaba el casto Urpila. Este, envainando su circunspección, no cabía de gusto en los pantalones y retrucaba con sorna, las indirectas que se permitía el desbocado Bragheta.

Llegaron. La adumbración de la pieza apenas permitía entrever los objetos. Para no infundir recelos, la multitud aguardó silenciosa en las afueras. De modo

que Urpila, creyéndose libre de importunas asechanzas, hizo gala de una facundia y desgaire insospechados en su alma de gacela. De la alcoba, llegaban incitantes crac-crac producidos por la daifa al darse vuelta en el lecho, buscando seguramente, alivio á la larga espera. Urpila preguntó á su Mecenas, si no era mejor sacarse el jaquet antes de emprender la aventura, asintiendo Farra. De esta guisa preparado, hacia el tálamo avanzó quedo, con la majestad de un conquistador hecho para el ayuntamiento de las garduñas y el beso de los leones.

Bragheta esperaba el turno, sentado.

Anticipándose la palabra á la mano, exhortó á su noble dueña de esta manera:

—¡Oh mi bella y adorada torturadora de mis deseos! ¡Corderilla de mis encantos, fruta vedada á las imprudencias de este tu esclavo que á tus pies se postra! ¡Angel, astro, Eva! Ven á mis brazos; yo soy tu Adán.... Inter este discurso, á media voz se declamaba, aquende las cortinas iba llenándose de falansterianos que apenas se tenían la risa, lo que Bragheta advirtió de mal talante.

—¿Qué, mi querida, no respondes? Me explico tu cortedad. Por primera vez se aproxima un hombre á tí y temes el exceso incontenible de su impulso, sin razón justificado. Pues, no temas; soy indefenso; solo ansío tu felicidad, oh manceba de mis dichas. Ven, bien mío, dame tus brazos, besa mi frente, enciende tus labios en el calor de mis labios....

Notando que se respondía á lenguaje tan dulce y perifrásico, con solo una respiración algo fuerte, atribuyó la falta de manifestaciones á que sus orejas eran demasiado eslavas. Entonces, alzando la voz, se dirigió á su Catón que suponía con Bragheta y Peito, en el otro cuarto.

—¿Pero, ché, no sabe español?

—¡Atropellá! le contestó.

Estimulado por aquella interjección de empuje, hizo á un lado las contemplaciones y, á Dios rogando, con tal frenesí cazó á su compañera que dejó ella escapar un ¡Eh bárbaro! lleno de espanto. El timbre varonil de aquella voz dejó estupefacto al seráfico Urpila. La rusa era el propio Quijote vestido de mujer.

Durante muchos días, con picantes adiciones, comentaron las provincias y el territorio aquel hecho convertido en casi leyenda por los años.

La serenata. — Chistera, el solitario Chistera, porque vivía solo, por incompatibilidad de costumbres, amaba también y azotado por la inexorable guasca, sus recitaciones eran tan chirles que mermaba á grandes tumbos el prestigio de su sombrero de copa si ya, ante nosotros, no le hubiere perdido desde la afusión que recibimos en lo de Z. ¿La causa? Preguntad quien es Ella. Andaba con las de Bruno insaciable como el fuego. Sólo un frigorífico hubiera calmado la neurosis ignífera que tanto lo fustigaba á desusadas horas del día, particularmente en las obscuras, porque el Antoñico era de empinada cuesta para no llegar lengüitendido ó los pies del bien amado.

Para enfibrarse, cuando ímpetus de abandono incursionaban por su corazón, leía á Dafne y Cloe con el mismo entusiasmo que yo devoraba á María y Farra á los Cuentos de Bocaccio. Había antecedentes. Otros disputaron su banca y en noches no muy pretéritas, hubo un conato romancesco de trova bucólica, endecha casi, á mandolín y voces destempladas:

Jovita mi dulce amiga,
Angel de luz en la tierra
Aquí en mi pecho se encierra...

que abortó antes de llegar á beldad lloviendo de las alturas las consecuencias del sexto no moler, un tacho de productos vejigales con insólitas substancias que

provocaron un rápido quite y movimiento de dedos á las narices.

— Y son del viejo, dijo uno.

— Orines de viejo no quitan prenda.

— ¡Eso no es para mí! exclamó Farra sacudiéndose las ropas.

— Quijote, director de la demostración tan mal apreciada, pudo, en aquel duro trance, decir ¡á mí no me tocó! Se produjo la retirada á través del rastrojo no sin antes disparar una sotnia de improperios á los motivantes de aquella corrida por vía húmeda.

Una noche en que *lucean le stelle* á cuatro grados, dando tregua al fatigoso estudio que habíamos hecho de las clasificaciones de Lapparent y Tschermak acerca de los minerales, nos sorprendió la visita de Quijote desfigurado con tiznes y postizos y una orquesta de ocho latas que formó en el zaguán. Bragheta retocaba en ese momento, un gato que le tenía de las narices hacía tiempo.

—Vengo, dijo, á que me acompañes con el instrumento.

Nos desvirutamos de risa y Bragheta puso una cara milodónica.

— Para una serenata á las de Bruno.

— ¿Otra vez serenatas? ¿Estás loco?

— No, hombre. Voy á desquitarme. ¿No ves que falta colorido musical? Necesito un instrumento de ambiente como el tuyo, para los matices.

— ¡Estás fresco! ¿Me has tomado por Juan Lanas? ¡El único bombardín de las colonias! Me denunciaría y pagaba el pato. ¡No! ¡Y no!

Considerando que un no á la segunda potencia equivalía á un sí á la primera, se fué derecho á la pared para descolgarlo, acto que no pudo consumarse porque Bragheta interpuso los buenos oficios de sus razones agresivas.

— Bueno: préstamelo, yo lo soplo.

— ¿Y tú crees que la cosa está en soplar? Toma, sopla.

Inflando los carrillos y redondeando los ojos Quijote sopló de tal manera y con tal ímpetu que el feroz mujido al promover una alborotada protesta deschicharó de frío á los circunstantes.

—Eh! basta, bárbaro, que lo deshaces.

—¿Bueno, me lo prestas?

—No, ché; vale 42 pesos.

—Los buenos compañeros ayudan. Préstamelo. Te prometo volverlo á tus manos en buen estado.

—No; no quiero que profanes de esa manera un instrumento que en las orquestas anuncia las cacerías de noble ralea. Mezclar el bombardín á las latas es una promiscuidad de gusto coya.

—Y ¿no dices que ciertas óperas recurren al sartén? Entre la lata y el sartén, la lata se parece más al tambor.

—No me toques el bombardín.

—Bueno, préstame el poncho.

—¿Eh? ¿Mi poncho? para que lo apestes?...

—No; si vamos á tocar desde el rastrojo.

—Bueno; pero si lo averías no te lo presto más.

Y Quijote salió con su banda, para el fortín de las de Bruno. Sus labios murmuraban, risueños, la venganza y reía á cuenta de mayores carcajadas por los efectos que produciría aquel batuque en las gráciles doncellas, lises primaverales destinadas por la caprichosa suerte, al ojal de Chistera. En el lecho del amor, todo es piara de Epicuro, se decía el héroe de aquella jornada protegido por las sombras de la noche bajo la advocación de Venus forjando, al recuerdo de Julietas y Romeos, habitantes del castillo de la loma, imágenes que inquietaban el egoísmo afrodisíaco del aventajado discípulo de Pan. Ya podía su señor padre orinar un siglo; sus aguas organolépticas no llegarían más á molestar su pituitaria, pues la distancia evitaría toda clase de contactos y desdenes.

En el claro azuloso de la noche veía, Quijote, los hados protectores de su empresa. Aquellas ocho latas

de venganza percutidas á un tiempo, producirían un horrísono unísono capaz de perturbar la beatitud del mismo cielo. Antes se tomaron precauciones de distancia para molestar con éxito el éxtasis de los amantes. El rastrojo sin alambrados, aseguraba las espaldas; se llegó al borde del corral utilizando la protección que ofrecían los naranjos, por si era necesario oponer impenetrables sombras entre ellos y ellas. Y, volviendo la trasera, miró á su bando y dijo uno, dos, tres y comenzó el espantoso batatán...

Hartos de tanto pegar, dieron tregua á sus manos y prepararon las gargantas para un ¡muera! Pero abrióse con estrépito una ventana de las altas, asomó un hombre, apuntó un fusil, sonó un tiro y patitas para que os quiero, abandonando los recipientes de petróleo hasta entonces útiles instrumentos de mortificación. ¡Salvajes! ¡Canallas! Parecían, por lo castizas, insultos de Chistera.

Llegaron en un abrir y cerrar, á lo de Father, Fiero y Cía. Quijote, satisfecho de la ruidosa patriada, volvía el poncho á Bragheta, sin otra novedad que los abrojos cogidos durante la huida y prometiendo otras y extraordinarias aventuras para las que se procuró un escudo blasonado: la cabeza de un gato sobre campo de tejas con este exergo casi latino: *Invictus Rocambolle.*

El duelo. — El serventesio de la noche siguiente, era el batatán de las latas que relegó á cuasi olvido el asunto Urpila y enterró para *vitæ me eternam* á los vales de Balujera. La latífona serenata exaltó los ánimos. Un buey corneta dijo á Chistera que el jefe de la expedición era Quijote y prometía, á voz en cuello, patadas tantas, como para convertir en guiñapo el trasero de un elefante.

Un movimiento de entradas y salidas á desusadas horas de la noche indicio era, no obstante el sigilo, de que las colonias estaban al habla por intermedio de sus más caracterizados representantes, acerca de una cues-

tión delicada. Chistera y Quijote vivían secuestrados entre amigos que se turnaban la guardia; temían, sobre todo, un encuentro en los patios de la escuela cuyas consecuencias el más previsor no hubiera medido.

Mientras la diplomacia tramitaba el asunto, Santa Elena, Machuca y Peito de Ferro, se encargaron de los papeles que justificasen la inasistencia de presos y vigilantes. Con este motivo, Cutiellos, falsificador de rúbricas galénicas, tuvo días de abrumada tarea porque, para no infundir sospechas, fué necesario imitar la firma de un médico sin vinculaciones con el elemento directivo de la escuela, letra que ofrecía en los ganchos y ojales rasgos de carácter irreproducible.

Transcurría el tiempo, atacado Cuestas de toda clase de irritaciones; se abrigaban temores por la integridad de las camas. La sed de venganza se transparentaba en el uso de un lenguaje que Farra condenaba en nombre de la pureza. Alguien pensó en el arbitraje, pero hubo inconciliables desacuerdos tocante á la persona que pudiera pronunciar el fallo á satisfacción de los interesados. Además el ofendido Chistera, en hablándole de aproximaciones pacíficas, se ponía como un puerco espín y en cuanto á Quijote, sostenía que el divertirse á su manera no era delito y que el escopetazo bien valía el batatán de las latas de petróleo; en consecuencia, no daría satisfacciones por la cencerrada del maizal y aguardaría tranquilo el momento de la pugna.

Era absurdo vencer con artificios retóricos aquella tenacidad férrica de los contendientes. Los falansterianos veían punzó; quien la luna roja; quien trifulcas gatunas en los techos de la casa de Lesbos; quien el ardid de que echó mano Urdemalas para vencer á su implacable enemigo Tragabombas.

Este gaspacho de golpes *for ever* visiones y sobresaltos había creado una situación instable; la espada de la responsabilidad pendía sobre las colonias que

guardaban á los felinos so pretexto de ataques á la vejiga y dermatosis pruriginosa. Era necesario acabar.

Damián Trejo propuso el duelo. El representante de Patagonia, Branly, el de la vaina, que respondía á la voz de Mister, preguntó si eso era un juguete. Father lo mandó, irritado, al diccionario de Campano. Hubo sustos, batatas y otras legumbres. Muchos calzones sufrieron averías. Iba á correr sangre y el solo pensar de que los dichos yacieran cadáveres, espeluznó á la asamblea en pleno, compuesta de delegados provinciales y territoriales. Mas, nadie osó replicar á Father; aquello debía concluir de un modo y el duelo era una forma expedita para volver con decoro la tranquilidad á los ánimos subvertidos.

Ahijados ya, se labró un acta cuyas resoluciones el secretario Peito comunicó en hoja de cuaderno á Quijote y Chistera. El Fiero, comisionado, consultó en la biblioteca á Larouse las reglas de esta andanza que del punto de vista doctrinario se consideró medioeval.

Concertóse el duelo á bastón por juzgarse empresa poco menos que imposible hallar dos espadas y ser el revólver arma peligrosa. (La paz volvió á los ánimos cuando se supo que los maderos eran de pino blanco). Debía realizarse á las 9 de la noche en la plaza del Hospital, no sin antes reducir á silencio los faroles para despistar á la policía. Chistera llegó media hora antes acompañado de sus padrinos Cochón y Fiero, el arma cuidadosamente oculta debajo del guardapolvo. A las 9 menos 5 el ojo avisor del Fiero columbró á treinta metros la patrulla de Quijote que á marchas forzadas, por el polvoriento callejón del Observatorio, venía hacia el lugar del encuentro.

¡Alto! gritó, á fin de que las indiscretas miradas de los combatientes no comprometieran las formalidades del acto. Quitado el jaquet (Chistera vestía levita y calzaba guantes) y los sombreros puestos, tras una breve conferencia entre Father, Santa Elena, Cochón y el

Fiero, el último midió la liza, colocó á los adversarios á diez pasos, puso en sus manos el arma y ¡bâtons vengez-moi!

Previno lo siguiente:

1º Cesar el combate á la voz de alto.

2º No recurrir á medios ilícitos como las interjecciones para ejercer dominio sobre el contrario.

3º No usar de las piernas para la zancadilla y de las manos para asir partes delicadas del cuerpo. Se oyeron dos palmadas, «en guardia», el *allez-messieurs* y comenzó la lucha.

A diez pasos, la obscuridad era un tanto densa para distinguir bultos, de modo que fué necesario dar de prisa la voz de pare, para que Chistera no aplicara un garrotazo á Bocaccio en tenida médica, tomado por Quijote, quien esperaba el ataque á pie firme. Otra vez en guardia, á la voz de *allez messieurs* comenzó el segundo asalto. Chistera, el palo arriba, de tres saltos estuvo casi sobre Quijote y describió una formidable advertencia que el contrario tomó en cuenta arqueado como un mimbre. Se produjo un á cuerpo y el alto fué de rigor. El tercer asalto comenzó en condiciones diversas. El uno hacia el otro á mitad del camino dirigieron sus armas hacia los flancos; los efectos se perdieron en el espacio gracias á una rápida y oportuna vuelta sobre los talones que dieron ambos á dos, para encontrarse de nuevo frente á frente.

Quijote amagó con puntazo á la cara y sacudió un palo al sobaco, región descubierta por el enemigo al defenderse de la finta.

— Touché — dijo el Fiero.

Los padrinos examinaron. Santa Elena exploró con los dedos y dijo que no sentía nada de notable.

Vueltos á la guardia comenzó el cuarto asalto con revoleos de bastón, saltos laterales y fintas al bajo vientre. Repuestos de la emoción, sereno el espíritu y más acostumbrada la vista, se tiró con arte, desarrollando un

juego de posiciones, avances, golpes, retrocesos y paradas que los testigos calificaron de brillante. Sonaban los pinos y jadeaban los contendientes, sin empero, darse reposo. Zumbaba el aire, relampagueaban los maderos con sin igual pujanza á diestra y siniestra, sin que

por largo tiempo llegaran á tocarse; Planes, director del asalto, creyó oportuno una tregua y dió la voz de alto.

Y se produjo el quinto. Un formidable bastonazo de través dirigido á los temporales de Quijote, apenas dió tiempo á bajar tres dedos la cabeza y arrasó con la galera.

—¡A la miel le han puesto arrope! — gritó Cochón que no pudo contener el gusto.

A pesar del incidente, se prosiguió con furor; pero al parar Chistera un golpe partió el arma en dos. ¡Alto! se ordenó. El percance no estaba previsto. Sin basto-

nes, la lid no podía continuar. Parlamentaron los padrinos y se propuso la reconciliación. Chistera sostenía que era á primera sangre y la sangre no había corrido. Father propuso entonces, substituir la trompada al bastón. Se aprobó tal temperamento y al *allez - messieurs,* los contrincantes se propinaron tan abundante lluvia de mojicones que no hubo en la cara y en el cuerpo lugar sin sus muestras de valor. En el momento más ardoroso de la lucha, Quijote estampó un puñetazo en la boca de Chistera. Saltaron dientes y corría sangre. La inferioridad del herido impedía la continuación del lance. Los circunstantes felicitaron á los combatientes por su bravura y noble comportamiento. Bocaccio volvió con su frasco de árnica porque era poca para friccionar ambos cuerpos.

Al día siguiente, ignoramos cómo, *El Entre Ríos* publicaba en «Novedades» esta noticia:

«Anoche, dos estudiantes que responden al apodo de Chistera y Quijote se tomaron á bastonazos y mojicones en el descampado del Hospital ante numerosa barra de curiosos. Diz que fué duelo. Fuera ó no, tales alborotos se repiten á menudo y convendría que la dirección tomara medidas para evitarlos. Como siempre, la policía brilló por su ausencia».

Se suspendieron á los querellantes por seis días, que ambos aprovecharon para curarse las magulladuras y desaprensarse los huesos. Y, como la vida es efímera, Chistera y Quijote fueron después, excelentes amigos.

La lección de Farra. — Nuestra colonia se daba al estudio. Un pizarrón entre dos camas favorecía el socialismo de estado y yo, entre ceja y ceja el espíritu de combatividad, á propósito de mis aspiraciones al título de matemático, me propuse adquirir fama acerca de lo que no entendía un rábano. Mi salvapuros, el lominhiesto Planes era una lanza ferrada. Mi carácter corto, era un escudo de Mambrino. De aquí que jurara

bastarme y rendir á mi altivez la del Fiero. Salvo estas disonancias, tal vez rumiadas en silencio, la armonía era festiva y risueña.

En asuntos léxicos nos sacaba poco de apuros Farra por su consuetudinaria inclinación al ocio; Boquicelli, mal amigo de la lectura, la vez que hablaba mentía. Bragheta, dedicado á la composición de motivos nacionales, nos destimpanaba de vez en cuando con la tromba. De modo que el as de la colonia era el Fiero, Larouse, como lo llamábamos, de nuestras consultas, pues Father, locuaz, por reflexión, nos dejaba en ayunas.

Aquella noche, noche hiberniza, disponíamos cada uno de un pedazo de mesa para escribir una composición acerca de lo que el erudito gramático que nos enseñaba, no nos había dado instrucciones. El estudiante ignora siempre el comienzo. Ortilla, convencido prosélito del branderismo, pregonaba la copia.

— ¡Qué tontos perder la chaveta para sacar nudos! Lo mejor es copiarse un artículo mal escrito de los diarios.

— Eso es — añadió Bocaccio — del *Asmodeo*.

— ¡Qué estúpido! — contestó Father — ¿crees que los profesores no leen el *Asmodeo?*

— No, — continuó Ortilla — no necesitamos del *Asmodeo;* recurramos á un diario de Salta, de Catamarca ó de San Luis. Yo tengo varios números de *El Chicote*. El gato se disimula anfibolizando los pensamientos.

— Es una porquería — dijo Farra.

— ¡Eh! — gritamos en coro — Más despacio Metastasio.

— Tiene razón Farra — dijo el Fiero, alzando la cabeza sumida hasta entonces en la lectura de salmos latinos. — Yo no copio... ni escribo tampoco. Escribiré mañana en la clase de Madame.

— Pero si todo puede arreglarse, — añadió Urpila — que nos dé algunas instrucciones Farra y así nos será fácil cumplir con nuestro deber.

Hubo silencio, se otorgaba la palabra.

— El tema es libre, no debemos sujetarnos á las es-

trecheces de un objeto; aconsejo títulos abstractos que dejen al escritor de prosa el horizonte necesario para remover en esa inagotable fuente de misterios y arcanos que se llama el corazón humano...

— ¡Arcano, humano! ¡Já, já! Versificante, Bibolini. — ¡Habló Séneca! La castidad de tus oídos no llega al pudor de los míos ¿sabes?

— ¡No seas mentecato!

Bragheta comenzó á tararear un ritornello eúskaro del Iru Dámacho:

Eta kriskitin kraskitin
Arrosa krabelin
Ardua, eraten obeki jostenki.

— ¡Bueno! — gritó Father, dando un puñetazo sobre la mesa que hizo pestañar á la lámpara — basta de monsergas; que siga Farra su elucubración. El título que cada cual lo busque como más le gustare; acerca de este punto no necesitamos instrucciones. No es historia de que uno sepa las cosas después de no necesitarlas. Al que no le plazca que se rasque, porque me llevo la luz cuyo continente es mío.

Hubo rezongos ventrales y ojos dispuestos á fulminar. Pero todo fué lenguaje mudo, de modo que los rostros asumían la beatitud de Carlos Borromeo orando por los condenados.

— Iba diciendo, misterios y arcanos que llenan el corazón humano. — El Fiero se levantó con ganas de soltarle los salmos. — El fondo no importa. Taine habla de las leyes concernientes á lo posible. Todo es posible. Lo que interesa es el culteranismo de la frase. Abundancia de palabras no oídas que encajen más ó menos; esto podría comprometer la propiedad del lenguaje; pero el significado en el ilimitado campo de las abstracciones es tan lato que á lo sumo resultaría una composición difusa. ¿Encontrarlas? cuesta poco. Abramos el diccionario de Campano... Plaste, gozque, coyunta,

centunviro, porrería, prelusión, quíjera, venadío, selvatiquez, supraspina, tejaroz, várice, zollipar, zarría, zurullo, un zoque de voces halladas al correr de los ojos.

— ¿Y si no pegan?

— Peguen ó no peguen. Milicua dice que nuestro vocabulario no alcanza á 800 palabras. Después evítense los sonsonetes, porque las terminaciones se relinchan, y mechen el discurso con hiatos lucidos como el ala aleve, la hora de la aurora de oro; el ruido del horrísono torrente que ruje; las altas montañas blancas; las nevadas faldas del Fusijama... Especie de adoquinado que hace de la composición una calle real si se la empiedra con mesura y sin colorinches. Por último leed una cosa que os emocione y escribiréis más que Voltaire.

A este punto las explicaciones, asoma por la puerta un rezongo asmado de la vieja Gabriela:

— Sois unos puercos. Os habéis hartado de maní y y está el zaguán que no se puede de cáscaras. ¡No hay quien os entre por la limpiedumbre!

— Eh, no se resbale. Mire, doña Santa Gabriela: en el cielo es otra cosa que acá; como allá no se come, tampoco se descome. Allí se luce sin escoba, como una patena. Y váyase á acostar si no quiere Vd. que Bragheta le toque el Güernikako Arbola en el bombardín.

— Divertidos estáis con vuestras chanzas. Que os aprovechen.

Bocaccio ó Boquicelli, fabricante de cigarros y á la vez encargado de la despensa, comunica la grave noticia de tener el mate pronto, pero sin azúcar ni bizcochos.

— Juguemos un tutti de cuatro, á ocho tantos, dijo una voz casi general. Se aceptó sobre el parche la moción de Ortilla, pero en dos partidas para distribuir el gasto. Mientras, en obsequio á la necesidad, se trajeron los comestibles; el almacén y la panadería estaban en la esquina, como quien dice, pared por medio. Father había marcado los ases con una imperceptible gota de mosca. Notado á tiempo por Bragheta, condenó el hecho con

una alusión metafórica: *La virtud anida en las ruinas,* y se cubrió de invectivas á un personaje imaginario de todos conocido, pero que ninguno nombraba; curioso espectáculo del valor lleno de cobardía. Pero la filípica se hizo tonante y papagayera mientras otras gotas de tinta reparaban la censurable estratagema del Presidente vitalicio. El juego, el mate y los bizcochos reconfortaron un tanto los espíritus freídos de frío y no hallando acomodo dentro de la heredad, las decadentes verbomanías de Farra, despachamos en media hora como pudimos, excepto Benicio Planes, que imperturbable continuaba, en el lecho ya, de cabeza sobre los salmos.

Al día siguiente. — La profesora de música, dama llena de exquisiteces, que dictaba el curso para satisfacer una pasión no una necesidad, estaba esos días atareadísima, preparando coros para la matinée de Julio, en conmemoración del aniversario que la escuela celebraba con esplendor desde el año de la fundación, pues no obstante la calidad española de Torres, alma trabajada en el severo crisol de los Pelayos, quería que el culto á la patria fuera un hecho. Las lecciones, á pesar de la buena voluntad de la señora, capaz de ejecutar la novena Sinfonía de Beethoven si la hubiésemos alguna vez pedido, dejaban muchos claros del punto de vista disciplinario. La música italiana ó tudesca, no se ha escrito para orejas indígenas, decía Bragheta en sus momentos avinagrados, cuando al probar la Musha en el bombardín, le cantaban en coro:

Para jardines Granada,
Para mujeres Madrid,
Para molernos Bragheta,
Cuando nos toca el....

(apellido de ilustre prosapia); allí abundaba la raza. De modo que en aquellas horas, una parte de mis com-

pañeros sometían á prueba su inventiva para impacientar á quien tan solícita era con nosotros. Farra, aproximándosele, so pretexto de que le dijera el significado de la doble barra, se permitía preguntarle por la salud de su señor esposo y de su sobrina, admirando de paso, los relieves de un medallón que contra á un nó seco de madame, atribuía al cincel del señor Benvenuto Cellini.

Cochón amenizaba los pianísimos con su escala marranesca de un efecto espeluznante. Se mayaba, se relinchaba, se gritaba en voz de falsete los apodos... Madame, roja de ira, echaba una raspa que producía la gravedad y el silencio, hasta el momento de darse vuelta. Algunos leían pacíficamente, oculto el libro tras la espaldera del banco, novelas de Haggard ó poesías de del Campo. Las mujeres, en los asientos de la derecha, si no hacían lo propio, estudiaban las lecciones ó se entregaban á un desenfrenado cuchicheo sobre batas y faldas.

Pero aquel día y los subsiguientes, tuvimos de guarnición al vice, catedrático de Pedagogía, que temíamos tanto como al director. De Madame, radiante de alegría, recibimos una lección digna de Fumagalli acerca de la *Gioconda,* escrita por Ponchielli, silbada por Ortilla y aplaudida por los técnicos de los continentes en que se divide el mundo, suponiendo que los chinos tuvieran también conservatorios. Bragheta, admirador por fuerza catálica de cuanto emparentara más ó menos con su bombardín, no respiraba de gusto para que las narices no aventaran el deleite de los oídos fascinados por aquella plática ilustrada con ejecuciones al piano.

Y todo con motivo de

La gaya canzone
Fa l'eco languir....

que preparábamos para el aniversario.

El tiempo de que disponíamos era poco, y Madame puso cortésmente su casa á nuestra disposición para ensayos nocturnos.

El Fiero, bajo la mirada inquisidora del que nos guardaba las espaldas, no pudo realizar el propósito de la víspera; quedó sin composición y con la verde esperanza de no ser interrogado. Pero, al comenzar la clase de Gramática, fué el primero.

Temblamos por él.... El prestigio de Milicua era tal, que dos gestos se consideraban suficientes para poner á cualquiera de patitas al fresco. El susto se trocó en asombro cuando le vimos levantarse, abrir el cuaderno y leer una composición que ante Dios hubiéramos jurado de no haberla escrito. *Está bien,* dijo el catedrático, tan remiso en alabanzas; equivalía á consagrarle escritor. Ya sentíamos en nuestro pecho efervescer la palabra cochino; no podía calificarse de otra manera su conducta de la víspera al decirnos francamente que no escribiría nada. No bien estuvimos afuera lo increpamos á una.

—¡Eh, estúpidos! nos contestó arrojándonos el cuaderno; no necesito perder el tiempo.

En efecto el Fiero no había escrito, ni leído, había improvisado.

La lección modelo. — Dos preocupaciones tenían mudo á Bragheta; un gato al que no podía escribir acompañamiento porque ignoraba, como él decía, la cuestión de los acordes y una clase de lectura al primer grado, como practicante de turno. Buscaba textos sin hallarlos. ¡Yo quiero textos! y blasfemaba contra la Pedagogía y los pedagogos, que no los habían escrito. Trató de eludir el compromiso simulando un dolor de muelas; ceñida la mandíbula con una faja, se apersonó al vice, con dignidad abatida, de este modo:

— Señor, con permiso. Dígame señor; hace dos días que no me deja el dolor de los dientes, mejor dicho, un diente de aquí. Yo creo señor, que es nervioso. Quisiera que me dijese qué es bueno para curarlo. Mire, señor, no puedo dormir ni puedo estudiar. Es una molestia

que da rabia. Le he puesto alcohol, cocaina, franelas y, nada.

— Hombre, hágaselo sacar.

— ¿Y qué dentista es bueno?

— Cualquiera.

— Vengo á pedirle permiso para faltar luego; puede ser que se me pase.

Aquella tarde Bragheta no dió lección, pero lo designaron para el otro sábado. No era posible hallar excusas. De modo que á un lado la timidez y días de tregua á la Musha, así era el título del gato, confeccionó la lección mediante este plan, de uso particular:

PRINCIPIO: Enseñanza de la palabra *ala* en 30 minutos.

I. *Educación estética.* — Entrada, posición, atención y manos sobre los pupitres, según la táctica del ritmo (para educar el ingenio y tener el juicio á raya porque todo está en todo dijo Jacotot). — Paroz. Historia de la Pedagogía, pág. 345.

II. *Educación científica.* — Breve explicación acerca de los animales volátiles. El pterodáctilo, la mosca y el murciélago. (Porque todo está en todo, Jacotot, obr. cit.).

III. *Educación moral. No hay que matar á los pajaritos.* — La juventud es cruel con los seres indefensos; respetemos á los animales, que comen bichos y cantan.

MEDIO I. Las ilustraciones ocultas hasta este momento, abundantes: alas de jilguero, de gallina, de lechuza y canario. En la pizarra giratoria, alas de un cóndor; primero el objeto después la figura, luego la idea y por último la palabra. *Nihil est in intellecto quod prius non fuerit in senso* dijo el príncipe de los filósofos. (Aristóteles).

II. Pronunciación de la palabra *ala;* piano, fuerte y á media voz individual y simultáneamente, hasta que los niños la emitan con dulzura. Si en alguien notara de-

fectos de dicción, lo tendré presente para ejercitarlos en su casa.

III. Escritura de la palabra y su reconocimiento en los carteles de Berra y otros de propia invención.

IV. Si el tiempo sobra les contaré la fábula del zorro y la garza.

FIN. — Preguntas sueltas.

Nota. — La palabra *ala* escrita con tiza roja se distinguirá de las demás escritas con tiza blanca.

Este bosquejo, que obtuvo la aprobación de Peito y Bocaccio, se consideró por su autor, como el primer fruto del terreno hasta entonces inexplorado y virgen de la Pedagogía. Seducido por aquel trabajo, indiscutible fruto de sus afanes, más que del mismo gato cuyos acordes le tenían caliente, le leía y releía, en los recreos, á la hora de comer, durante la noche, en todo momento que las obligaciones dejaban un claro, proponiéndose lo sucesivo, ser el salvapuros de cuantos, extraños á aquel arte, llegaran hasta él procurando ayuda. Unos poseían habilidades gramaticales, otros matemáticas; llenaban así cumplidamente los ineludibles deberes del compañerismo. ¿Por qué él no contribuiría á lo mismo con aquellas preciosas aptitudes, nacidas así de sopetón como quien dice, al meter de los dedos, que él se las ignoraba?

¡Cuando hablara del pterodáctilo, de los animales con alas sin ser aves! ¡Qué cara de zonzos no pondrían los pequeñuelos y qué interés, qué atención la de aquel grado tan difícil de tener manso á caricias y buenos tratos! *Poca favilla gran fiamma seconda.* En tres palabras daría idea de cosas extraordinarias y jamás pensadas por cabecitas adolescentes como las que iba á desmodorrar. Luego, las alas. Aquella colección de alas tan varias en color y tamaño! Las exhibiría en el momento preciso de iniciarse el aburrimiento. La sensación resultaría tan intensa que engarrotaría por un

cuarto de hora las miradas sin decir ¡quietos! una vez siquiera. No obstante el Fiero, la clasificaba de olla donde solo hervía un hueso.

Llegó el día, la hora y el momento. Cuarenta infantes formaron en dos filas sobre la tarima dispuestos á molestar. Lo primero no se cumplió; miss Amstrong, no quiso que se ocupasen los asientos, grandes para chicos de 6 años. La educación de los oídos fracasó. Se necesitaron cinco minutos de voces destempladas y y concurso de la regente para ordenar aquel resumen de la humanidad en período belicoso. Por los cuadernos de sus 39 compañeros corría el lápiz de la crítica que era una temeridad. Hubiérase dicho, esa vez, que el baile de San Víctor hormigueaba en la pulpa de los dedos.

Comenzó su discurso acerca de los pájaros recitando con frecuentes balbuceos el capítulo de Delafosse. Inmóvil como una estaca, llegó el fastidio antes de lo previsto. Por lo que, rápido como era de imaginación, gracias á sus hábitos filarmónicos, resolvió substituir la forma expositiva por el interrogatorio, dar por dadas la vida y costumbres del pterodáctilo (al fin era un animal perdido quien sabe en que vericueto geológico que poco tenía que ver con las alas de nuestra época) y acometer con vigor el medio utilizando lo de la caja para recuperar con un hábil movimiento de ilustraciones la atención desbandada.

—¿De qué están cubiertos los pajaritos?

—Yo señor, yo señor.

—No digan yo señor. Levanten la manito, no más. A ver Fidela.

—Los pajaritos están cubiertos de plumas. En casa hay una cotorrita de plumas verdes.

—Bah! En mi casa hay uno con cresta colorada.

—En casa había también uno que se escapó porque dejaron abierta la jaula.

—Bueno, no hablen ¿Con qué vuelan los pajaritos?

—Yo señor, yo señor.

— No digan yo señor! ¿con qué vuelan los pajaritos? Berduc?

— Con las alas.

— ¿Con qué, Coronado?

— Con las alas. El chimango se come los pollitos.

— No se salga de la baraja. Ahora presten atención á esta pregunta; no vayan á equivocarse.

— ¡Mire, Chapeuco! en cuanto vuelva á tirar el pelo, lo zumbo afuera....

— Señor, yo he visto poner huevos á la tortuga.

— Vamos á ver, ¿cómo es ese asunto de la tortuga? ¡Silencio! Os voy á clasificar con cero.

— La tortuga hace un agujerito con la patita, pone la colita y después los huevitos.

— Bueno; tratemos ahora de los pajaritos.

— ¿Qué no debemos hacer con los pajaritos? (Marcando las palabras con los dedos del rapé).

— ¡Yo, señor; yo, señor!

— ¡Chapeuco! ¿Vuelve á hacer lo mismo? ¡Insoportable! ¿Qué no debemos hacer con los pajaritos?

— No hay que matarlos.

— Digan: *No hay que matar á los pajaritos*. Todos:

— No hay que matar á los pajaritos.

— Otra vez.

— No hay que matar á los pajaritos.

— Muy bien. ¿A qué orden pertenecen los pajaritos?

— Al orden de los quebrados. (Un rumor de risas mal contenidas se produjo atrás, mientras los ojos de Bragheta sudaban una desesperación de náufrago casi muerto.

— ¿Cómo?

— Señor, ha dicho quebrados. No son quebrados, son invertebrados.

— Pero, ¿qué tienen las aves en el lomo?

— ¡Plumas!

— No; debajo de la piel, eso duro.

— Huesos, huesos.

— No son huesos, ¿cómo se llaman?.... ¡Se llaman

vértebras! Los pájaros son vertebrados. Digan: vertebrados.

— ¡Vertebrados!

— Ahora van á ver cosas muy bonitas; Chapeuco. Mire Chapeuco.... lo zumbo afuera! ¡Insufrible!.... ¿Qué contendrá esta caja? Mírenla bien. (Todos se sacuden la mano para responder; pero Bragheta, recordando que el maestro debe dar tiempo al alumno para pensar, nombra después de un largo intervalo, á varios que responden: una gallina, dulces, vertebrados, bolitas, alas).

— ¡Ah! alas. ¿Qué es esto? sacando el ala del buho.

— Es un ala.

— Es un ala de lechuza.

— ¿Y esto?

— Es otra ala. Un ala de pajarito.

— ¿Y esto?

— Es otra ala.

— ¿Y esto?

— Un ala de gallo.

— ¿Cuántas alas tengo?

— Usted tiene cuatro alas.

— Muy bien. Aquí hay otra. ¿La ven Vds.?

— Es un ala.

— Es claro. Ahora, ¿quién dibuja un ala?

— ¡Yo, señor! ¡Yo, señor!

— Nadie dibuja un ala. Van á leerla....

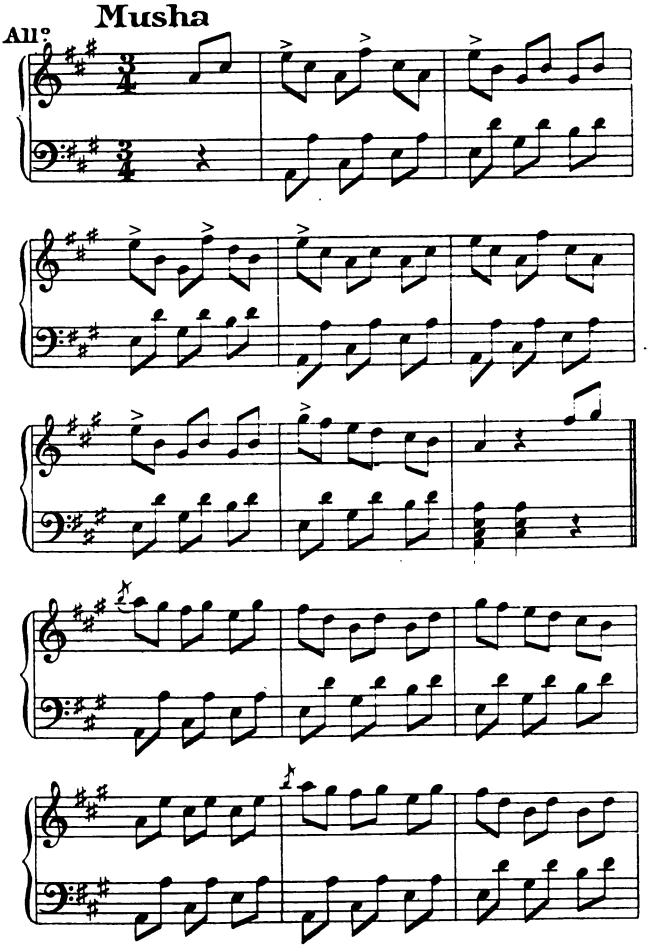
Pin, pin..... Eran los treinta minutos, con sorpresa del practicante que no había sino comenzado, cumpliéndose los vaticinios del Fiero. La crítica fué despiadada, hasta con los rasgos particulares de su

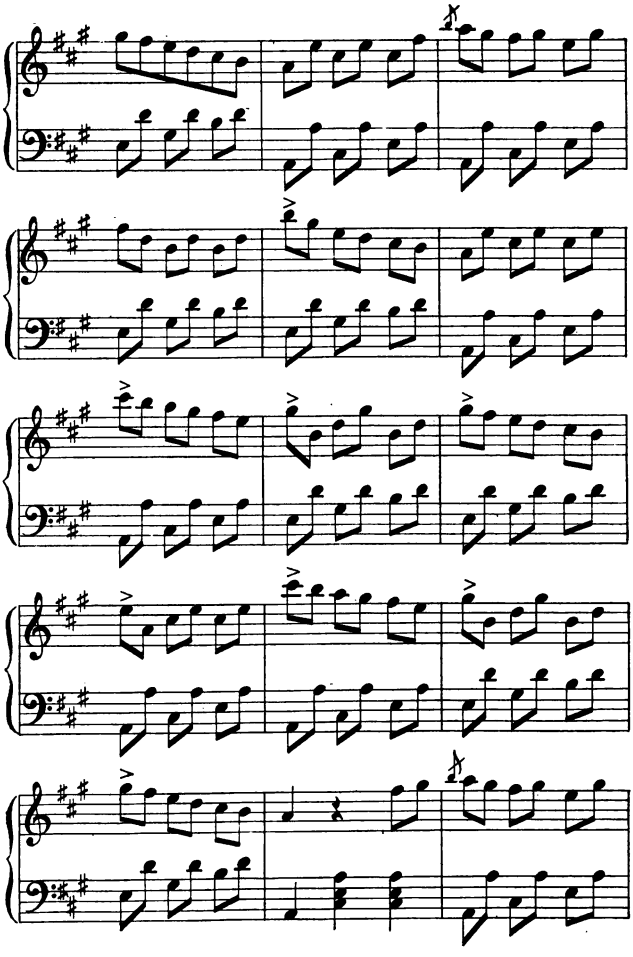
vestimenta, deplorando que tan nobles facciones se echaran á perder con tan injustificables descuidos, á punto de trocar el ascendiente en ridículo, porque para nadie era un misterio el apodo con que le conocían hasta los grados. Bragheta, entre verónico y lamido, se propuso, desde aquel día, ofrecer otra clase de indumentaria; lustrarse los botines, lavarse los pantalones, coserse las hormillas, usar galera, cuello limpio y corbata de cuatro reales. Además, no bien comenzaran los días de calor, iría todas las tardes á la costa para darse un reconfortante baño y masajes de arena, empleada como jabón, á fin de que la higiene para su cuerpo no fuera una fábula de Esopo.

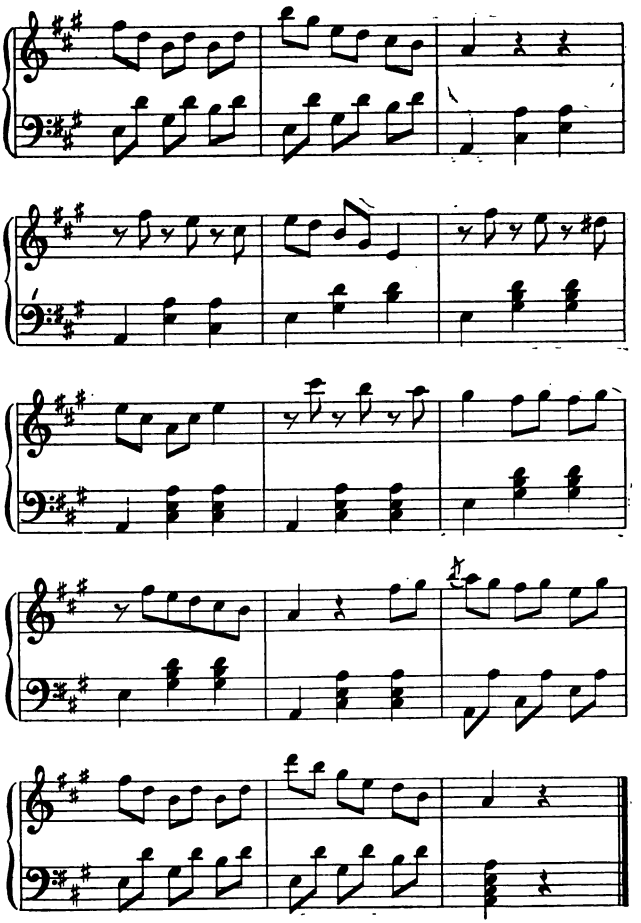
El lunes circulaba por el curso una caricatura en la que Bragheta mostraba el ala de la lechuza, con esta leyenda al pie: *No hay que matar á los pacaritos.* — Circule.

El piano. — Libre de la lección, «una pesadilla embromada», pudo Bragheta dedicar con ahinco sus esfuerzos á la Musha.

El canto distribuído en períodos de diez y seis compases, lo dió, después de tamizado á través de los criterios acústicos de Tucumán y Corrientes, por concluído. Plugo al tiempo respetar los lampos del genio en pañales y conseguí para estos apuntes, el fruto de aquellos desvelos que la doctísima curiosidad del lector pasará sin duda por alto.


Musha
All°





Pero el acompañamiento inejecutable al bombardín, le tenía cabizbajo y pensativo.

Echando mano de una astucia indiana consiguió la amistad del primer pistón de la banda de policía que, alemán de nacimiento é italiano de estómago, era bohemio de costumbres; así vino á sus manos el *Traité pratique de composition musicale* de J. C. Lobe.

¡ Tenía el cielo asido del rabo! La ardua tarea de escribir y borrar acordes comenzó con el entusiasmo de los monjes dedicados á la misión de convertir indios. Pero no era posible prescindir del piano; á cada momento topaba con esta cláusula de difícil resolución: L'elève jouera sur le piano, les accords et chercherá à reconnaître, par l'oreille la différence, resultant de ces position. Une fois par toutes, l'elève qui ne parvien drait pas à acquérir la finesse d'oreille par les différentes formes harmoniques ferait mieux de renoncer à ses études» que Bragheta se tradujo con el auxilio del Salvá de esta manera: «El alumno jugará sobre el piano á los acordes y buscará reconocer por las orejas la diferencia que resulta de estas posiciones. Una vez por todas, el alumno que no llega á adquirir la oreja delgada para las diferentes formas armónicas, hará bien de renunciar á sus estudios».

Guardando el secreto de sus propósitos, habló con Ortilla de la misión á ellos encomendada de buscar un piano para la cultura estética de la colonia. Con Ortilla, que apenas tenía memoria de este asunto, no obstante sus predisposiciones á alborotar los teclados que caían bajo sus uñas, salieron esa misma tarde en busca del clavicordio derechos á la casa de Rolandone; después de examinar, durante una hora, los seis de alquiler, de común, acordaron sus preferencia al Pleyel de poco úso que, aparte sus cualidades sonoras tenía, según Rolandone, el mérito incomparable de armonizar mejor que los de otra marca, por lo que parando la oreja Bragheta, decidió por él á su compañero.

El arriendo era de 20 $ anticipados, suma abultada vista de cerca pero que repartida entre ocho resultaba á 2 $ con cincuenta centavos por barba, no difíciles de regatear al tabaco, al kerosene y á la yerba. Valía la pena; nuestros corazones expuestos á morir de consunción no podrían hallar tónico más reconstituyente que un poquito de música. Con estas razones mascaban entrambos el discurso irrefutable que soltarían á la colonia para asegurar los veinte. El asunto se consideró urgente pues la impaciencia para probar, atenaceaba á Bragheta tanto como á Ortilla para refocilar sus dedos ya duros de no ejercitarlos sino en los ratos perdidos de la ocasión. A las 8 estábamos en nuestra casa.

Los pianistas pidieron asamblea, y cinco minutos después asumíamos el aspecto grave de un cuerpo legislativo bajo la presidencia de Father. La sesión fué corta y las resoluciones imperativas.

—¡Compañeros!—dijo Bragheta: hemos encontrado un piano...

—¡Bravo, bravo! gritamos á una. Aquel buen ánimo abrió de par en par las puertas de la esperanza y el discurso pasó de patético á familiar.

—Sí, dijo Ortilla; nada menos que un Pleyel casi nuevo.

—Armoniza muy bien, que lo diga Ortilla. ¡Unas voces! La vez que toque el Miserere vamos á ver.

—¡Que se traiga! dijimos todos.

—Nos piden 20 $ de alquiler, 2.50 al mes cada uno y nos parece barato, continuó Bragheta.

—¡Que no se traiga! dijimos todos.

—Pero son 2.50 por cabeza, arguyeron los músicos que pueden ahorrarse en el mate, los cigarrillos y el kerosene.

—¡No se embromen Vds! exclamó el sausier.

—Me parece que vale la pena sacrificar la yerba y el tabaco, al fin vicios, á un poco de buena música.

—Y ¿no estás tú para tocarnos la tromba? agregó el Fiero.

—Bueno; se va á votar, dijo Father.

—Un momento, dije yo. En efecto no podemos disponer de veinte pesos. Pero que se busque uno más barato.

—Eso es, añadió temporizando, Urpila. La verdad es que nos aburrimos. No hay un momento de solaz para nuestro espíritu agobiado por las tareas de la escuela. Y no tenemos la fortuna, todos, de una casa donde entretenernos un par de noches á la semana. Pido que se autorice á la comisión á invertir hasta la suma de cinco pesos mensuales en el alquiler de un piano.

Aquella hendedura, más conforme con los recursos financieros de la casa, fué tolerada.

—Ni matracas alquilan por cinco pesos, dijo Ortilla.

Bragheta que, juzgando las cosas desde otro punto de vista, notaba una procesión de noes poco que se forzara, de lo peor lo mejor pensó y haciendo uso de la palabra, dijo:

—Puede ser que encontremos. Acepto la moción de Urpila. Ocho votos autorizaron el gasto y Bragheta, que á toda costa deseaba un teclado, visitó el día después, á su amigo el pistón, que soltó una risa en duda gorda, cuando supo que por tan diminuta suma pretendía nada menos que...

—¡Ah! dijo; aguarde. Ya recuerdo; una vieja me encargó de buscarle comprador á uno de mesa. Pero es de cinco octavas, bastante desafinado y un docena de cuerdas rotas, más ó menos.

—Vamos á verlo, dijo Bragheta, iluminado otra vez por la esperanza. El alemán se caló un pajizo hasta las jertas y salió con él en busca de la anciana cuyo domicilio recordaba mal y cuyo nombre sabía á medias: doña Pepa.

Llegaron al arrabal conocido por el Bajo de las Tunas, y preguntando por doña Pepa la del piano, inmediatamente anoticiaron la vivienda. Entraron. La vieja, yacía sus setenta en cama, atacada de un fuerte

constipado con el que respiraba fatigosamente. Una negra, única compañera de aquella encina caída, la cuidaba con solícito cariño.

—Venimos, dijo el alemán, á ver el piano.

—¿Lo quiere Vd. alquilar?

—Ah! mi piano, dijo doña Pepa. Es una reliquia, la historia de mi juventud, de mi marido y de mis hijos, que Dios los tenga en su santo abrigo. En él toqué cuando era chica los primero minuets que se bailaron en Concepción. Don Justo me decía «andá tocá, Pepita», porque nadie como yo les daba aquel aire que tanto gustaba á la sociedad de aquellos tiempos. ¡Entonces había sociedad! Eramos como de la familia, desde don Justo abajo, sin tantos retintines.

—Dígame señora, ¿conserva Vd. alguno de aquellos minuets? Preguntó Bragheta.

—¿Tiene Vd. interés en ellos?

—Señora, soy aficionado á la música, toco algunos instrumentos, sin jactancia...

—¿Qué instrumentos toca Vd?

—Toco el bombardín.

—¿El?—El bombardín...—algún instrumento de viento. Sí, don Justo trató dos en Buenos Aires para preparar algunos jóvenes distinguidos; el día que llegaron fué un acontecimiento.

—Nosotros, señora, deseamos alquilar su piano. ¿Nos permite Vd. verlo? Parece del tiempo de Calígula.

—Pueden Vds. verlo sin cuidado.

Lo abrimos de acuerdo con las recomendaciones y á los primeros teclazos de Bragheta, el alemán se llevó las manos á los bolsillos. Piano de vapor.

—Ya ven Vds. cómo se conserva, dijo doña Pepa.

Bragheta arrugó el ceño nazarénico delante de aquel catarro.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo afinan? Sin exagerar.

—Ah, mi piano, joven, nunca necesitó eso.

—Bueno, dijo Bragheta; de algún modo lo afinaremos.

—¿Cuánto pide Vd. por mes, señora?

—Ese piano ganó siempre cuatro fuertes y medio. Pero deme Vd. cuatro y llévelo. Ya mis dedos están duros.

Se orinó de gusto Bragheta y se hizo el grande prometiendo contestar. No había transcurrido una hora cuando tres falansterianos, alzando con él en un carro á bueyes, le trajeron poco menos que á caballo y lo instalaron en la pieza de Ortilla, Farra y Bocaccio, encargándose el alemán de las clavijas para dejarlo en condiciones tocables.

Los amigos de la danza. —El clavicordio castigado sin intervalos apreciables por Ortilla, nimbaba á nuestro falansterio, de un halo perenne de alegría. Por esta causa ennoblecimos, al sentirnos casi con sala. Tan fausto era el acontecimiento, que durante las noches de un mes entero, fuimos importunados por las bataholas del hato estudiantil con gran perjuicio de la despensa por lo que de motu propio, Boquicelli resolvió cebar mate amargo, medida tan acertada que de una vez, puso doce bocas fuera de combate.

Doña Gabriela con aquella innovación corruptora de nuestras costumbres hasta entonces austeras, trilaba espiando el momento de conversarnos á solas para soltarnos á roso y velloso, una andanada de consejos y mandingas á fin de que economizáramos esos pesos de *el música* que comprometía nuestros estudios. Juzgó, además, indecentes las continuas idas y venidas al excusado de jóvenes de afuera, por delante de la puerta de su pieza, excocina, explorándola con oteos que en sus treinta años de América nunca había sentido tan puntudos.

Por otra parte, Cochón, Quijote y Peito de Ferro, organizaban sin escrúpulos ni miramientos una sociedad «Los amigos de la Danza» con el propósito de

evocar tiempos pánidas y mover con elegancia el cuerpo. Tan nobles aspiraciones eran calculadas sobre la base de nuestro piano, nuestra pieza y nuestro Ortilla, á disposición los tres del ineluctable deseo que en nombre de la amistad, no osábamos encañutarlo con un redoble de noes.

El mal humor, la rabia y las protestas, tenían á Bragheta hinchado como una gaita. «Después de tanto, no era uno dueño de lo suyo». Aquellos beduinos se retiraban á las once; hora molesta para comenzar el ensayo de los acordes no por él, sino por los que dormían. En medio mes dispuso del piano sólo tres horas aprovechadas pero insuficientes para habituar el oído á las armonías del gato y corregir éstas según las reglas del tratado.

Por tantas razones surgidas de tan fortuitas circunstancias, un voto unánime resolvió sesión á puerta cerrada. Boccacio arrojó un discurso violentísimo contra aquellos insulsos seres que con la bombilla en la boca no conocían la palabra basta. El era el mucamo de esos fascinerosos vividores que hasta se permitían el lujo de ordeñarlo con irreverentes motes alusivos al defecto que por un lapsus paterno, tenía la desgracia de no poder ocultar. Y prometió despellejarles la lengua.

Bragheta más impetuoso que su predecesor, en el momento de hablar, fué acometido por un ataque de paralalia que descoyuntó de risa á la asamblea.

—Pe... pe... pe... pedantes! Perace que no se dan cuenta que melostan; como si los, las, los pagaran ellos los pasos que nos cuesta el pian... piano. Hay que pi... pa... poner fin á este te abuso que amanece nuestra tranquilidad y ve vida belicosa; que vayan á freir ñubuelos en la quesa de su abuela! Y los, las, los insolentes quieren que toque el bimbardón! No tengo datos o... oratorios, sino los reeviento aaaaa... á sopipopapos. Era de las pólvoras que los técnicos llaman explosivas.

Urpila más discreto como menos interesado, dijo que echarlos no era prudente. Que se arreglaran de manera que frecuentasen la casa una vez por semana, los sábados por ejemplo y que la yerba y el azúcar se hubiese á escote en el momento que las visitas comenzaran el baile. Aquel temperamento plugo y Father cerró con su firma el acto.

En una tapa de cuaderno, Farra caligrafió este aviso que debía colgarse en la parte más alumbrada del zaguán:

Considerando que las visitas molestan,
Los de la colonia por mayoría
decretan:
Farra y fandango
Los sábados solamente

FARRA
Secretario.

P. D. — *Bebidas y comestibles á discreción*
Con la plata del consumidor.

En petit comité se convino pegar al frasco del coñac, esta etiqueta precaucional: Bebiba antisifilítica — Por gotas — Veneno.

La paz fué con nosotros. Así pudo Bragheta parir, tras vigilias y sinapismos á la nuca, más la eficaz ayuda de Ortilla, su peludo gato en seis por ocho con introducción y coda que humildemente dedicaba al gobernador de la provincia, el ilustrísimo general don Eduardo Racedo, para que de él hiciere S. E. lo que á él pluguiere; pero su propósito inconfesado era metalizar la Musha. No obstante la fe que se tenía y la absoluta seguridad que de la composición daba Ortilla, quiso el veredicto de otras personas y acudió á madame cuyos ofrecimientos recordó en circunstancia muy oportuna.

Antes se acondicionó. El peluquero bajando las púas que aquí y acullá tan irregulares nacían en sus cachetes, hizo de él un Adonis. Se quitó el mánchester que solía vestir. Aseguró las hormillas, anudó la corbata, lustró los botines, vistió lo más limpio y planchado de su baúl y con la galera de los aniversarios patrios salió, el bastón en la izquierda (porque era zurdo) y la décima quinta de las copias en la derecha, hacia el palacio de la profesora, calle Urquiza Nº...

En casa de madame. —Eran las 3, día Domingo y mes de Agosto. No sin cortedad y recelo oprimió la muesca del timbre, examinándose el tocado desde la corbata hasta los botones, estación hecha en el lugar donde se ensañaba la crítica pueril de la gente vana.

Mariette, preguntó qué se le ofrecía.

—Señorita, ¿está la señora?

—Sí está; ¿quién es Vd?

—Soy Mateo Teruzzio. La señora ya me conoce.

—Pase adelante.

Y los crujidores del sinfonista se hundieron hasta los elásticos en el tripe de Bruselas,mientras extraviados sus ojos en aquel suntuoso confort, pensaba del porvenir que el caprichoso destino depara al hijo del hombre. Arte y perfumes, vistosos arazzos, gobelinos, pinturas, marcos de oro mate, jarrones de mayólica, espejos biselados, bronces de Barbedienne, cojines de seda Liverty, cortinajes Luis XV con bandas de felpa; una piel de tigre frente al sofá, un tapiz Moquet en el centro; delicadísimos recamos en los divanes, vis á vis, sillas y sillones... produjeron en Bragheta, tal extraña armonía, que optó por aguardar como el romano, de pie.

Madame, llegó, ataviada como la reina de la leyenda Asiria é indicó, con amable sonrisa, el sofá á su interlocutor.

—¿Cómo está Vd. señor Teruzzio? ¿Qué motivos traen á Vd. á mi casa? Tiene Vd. muy bonita voz; si

Vd. la cultivara, llegaría á ser un barítono de esperanza. ¡Mariette! sirva té.

—Señora Vd. perdone esta pequeña molestia.

—¿Por qué molestia? Me gusta ostentar á mis alumnos...

—Pero Vd. tiene que salir.

—No, señor Teruzzio. Es traje de casa.

—No, señora; no era por... es decir, me pareció que salía Vd... He compuesto un gatito.

—¿Cómo un gatito?

—No señora; no es un gatito; es una Musha. Es decir, es una pieza.

—¡Ah! Un gato. Muy bien; debe ser curioso.

—Creo que sí. Puse mi empeño. Los gatos tienen un tiempo agradable.

—¿Oh? ¿Sabe Vd. armonía? Me felicito de tener un discípulo tan aventajado.

—Señora, á fuerza de estudio y con el auxilio del piano, he conseguido dominar casi....

—¿Toca Vd. el piano?

—Yo no; pero un compañero mío casi hermano. Yo toco otra cosa. Quisiera que Vd. lo examinase por si se nos hubiese escapado algún error.

—Pero con sumo placer Teruzzio. Ahora mismo. Démelo Vd.

—Eso quisiera. Ahora mismo.

—Dedicado al general Racedo; noble idea. Sus hijas tocan de un modo admirable. Seguramente responde Vd. á las atenciones que de él ha recibido.

—No, señora; yo no lo conozco.

—Más plausible, entonces, su intención, porque es desinteresada.

Mientras, la una y el otro se aproximaban á un magnífico Pleyel de cola que produjo una sonora emoción en los hipocondrios del compositor, madame, le abrió, se sentó y se dispuso á tocar.

—Estos pianos armonizan muy bien, dijo Teruzzio.

— Ah, ¿Vd. también los conoce? Pero los hay de sonidos más pastosos.

Y sus dedos, para probarse, danzaron arrancando escalas y acordes que arrugaron de asombro la tersa cara del joven músico, evocando en ese instante, el extraordinario sueño de la sala roja y del cancán macábrico.

Abrió, madame, el pliego y tocó fácilmente no obstante algunos inexplicables tropezones, aquello que se compuso con tanto trabajo. La obstinada señora recomenzó la ejecución compás por compás, repitiendo los acordes y frotándose los oídos.

— Este bajo debe estar mal copiado, dijo, al 2° compás. Es un *la* no un *si*.

— Es posible señora. Lo he copiado quince veces. Aquí hay un lápiz. Si me hace el bien de corregir.

Y continuó.

— ¡Oh! Una octava oculta, una quinta prohibida! dijo, al cuarto compás. ¿Cómo, no se ha fijado Vd. en esto? Oiga... ¡Cómo disuena!

Bragheta con argumentaciones anfibológicas, demostraba el derecho que tenía á ocupar un puesto en las páginas de la Historia Natural junto á la zebra.

— Es verdad, pero Wagner se permite esos recursos....

— Wagner no ha escrito gatos.

— Voy á corregir señora, si tiene Vd. la bondad de indicarme las notas.

En el quinto compás trepidó un momento.

— Sí, dijo, aunque hubiera Vd. hecho mejor tomando sobre la quinta, así el pasaje resultaba menos áspero.

— Si no es para Vd. molesto, señora, ponga la quinta.

— ¡Oh! Un acorde de séptima dominante invertido. Y acaba Vd. de resolver la fundamental. ¡Qué horrible! ¿Oye Vd.? Mientras machacaba seis teclas con las dos manos. Bragheta enmudeció; no entendía un zorro de séptimas invertidas.

La cadencia, señor Teruzzio, la constituyen tres acordes principales, el de tónica, el de subdominante y el de dominante enlazados por otros que preparan las resoluciones.

— Sí, señora; es la fórmula de cadencia.

— Por supuesto; entonces ¿cómo se explica esta inversión?

Y madame, siguió tocando, ya segura de que el estudiante dominaba la armonía como un perro el canto.

— ¡Octavas reales y quintas ocultas! Una, dos, tres.

— ¿Dónde están ocultas, señora?

— Y esto no concluye en tónica. Otra. Oh! Muchas disonancias. Corrija Vd. y vuelva á verme señor Teruzzio.

Bragheta acollonado y confundida su vanidad de compositor, balbuceó una despedida que madame retribuyó con la sonrisa de sus irreprochables labios y partió más desconcertado que Atahualpa en presencia de Pizarro y sus godos.

Por el camino topó con Machuca.

— Eh, trastornado ¿qué andas haciendo?

— Capando gatos, cretino.

Llegó á casa, tan bravo que abrió el baúl, sepultó la Musha y juró no escribir, en adelante, un solo compás que fuera obra de su caletre.

— Este mundo es un desastre. Ningún filósofo dijo más verdades que ese Nietzsche. Sí; todo es falso, falso, falsísimo.

— En verdad dijo Farra, al oir tan, al parecer, inmotivados apóstrofes, que de noche al mirarme de arriba á abajo dudo de mi existencia.

Tan asido quedó Bragheta de aquellos defectos que insultaba á las campanas de San Miguel por sus acordes de quinta cuando no resolvían otro pasaje que el del sol por el meridiano.

Ad majorem Dei Gloriam. — La vida es breve y la juventud pasa. Imitemos al monje de los rábanos, decía Ortilla desde la cama, mientras apestaba con el humo de su pipa casi turca y leía en tono ciceroniano á *Mis Montañas* que después de cada página y previa una interjección digna de Anastasio el Pollo, calificaba de obra maestra del bien decir. Mimado de los salones que poseían una matraca, debajo del cojín, había siempre una esquelita oliente á agua de Colonia falsificada que decía: « Me complazco en invitar á Vd. á la tertulia de carácter familiar que tendrá lugar en mi casa, esta noche ». Por este motivo, se le notaban pujos de Chistera, vivía contento y se declaraba discípulo de Schopenhauer tocante á clasificaciones *no soy nada.* Alardeaba de cínico y desafiaba á Fechner que probase la ley en sus nervios, siempre tranquilos á pesar de los unos.

Bragheta usando una Pedagogía menos avanzada y más prudente, se había llamado á sosiego. Dormía de 8 á 8 y agregaba las siestas. Urpila leía á Homero tan apasionadamente que redactaba composiciones de historia en estilo heroico. Farra, fabricaba versos para el *Asmodeo,* semanario puntual en la cobranza y sin día para las salidas. Imitaba á Musset, gustaba á Becquer y destrozaba á Andrade. Tanto esfuerzo y fecundidad, era por ellas, por las que visitaba, por Dora, por Rita, por Mecha, por Zaida. En bastardilla, á la

derecha del título, siempre este subtítulo: *A Fulana.* El Fiero, domesticado por un romadizo que le tenía con la boca abierta, comentaba el silencio con la nariz gracias al uso indecente de los dedos para no agrandar la cuenta de la lavandera. Ortilla, indignado por aquel acto desdoroso, pero temiendo enzainar al Fiero, le canturreaba, toda vez que aquello sucedía, una indirecta sobre motivos de la Musha. Santa Elena, mentaba con ardor inextirpable todas las proclamas de Napoleón, desatándose, á menudo, en improperios contra Villeneuve. Conocía un costal de anécdotas y crecía dos palmos con el *merde* de Cambronne. Bocaccio, amo de llaves, del falansterio, pretendía el dominio teórico de la léxica desde un 7 que extrajo á la pluma avara de Milicua. De modo que el fuego, el agua y la tierra de su vanidad, eran el mate, la caja de tabaco y la gramática de don Andrés Bello que se permitía vulnerar tal y cual vez.

Father solía perderse, por el Antoñico. Ojos indiscretos lo habían seguido hasta la necrópolis; pero más allá, la noche interponía su densa cortina de misterios. La historia le tenía de bruces sobre los tomos de Cantú y cada mes presentaba, como original, una composición cuya lectura exigía la hora, y varios picos con gran contento de los trasnochadores y las niñas.

Yo regularicé mis horas. A la Bajada los domingos para no perder mis costumbres serranas y poblar mi cerebro de imágenes verdes; una ración por día de Buchner para curar de la encefalitis bíblica; un plantón crepuscular cada martes para satisfacer el hambre de mi corazón y la sed de mis ojos condenados al platonismo. Con todo, cuidaba mis estudios decentemente.

Eran las 12. Entregados á nuestros hábitos, parpadeábamos una siesta panza arriba. Cochón, incorporado el día antes á la colonia, rompió el silencio con un bostezo perruno, y Ortilla con un apóstrofe al profesor de Dibujo, que no conocía más cifras que el cero

y la unidad. Lo que motivó una tanda joco-parnasiana de frasesillas puntudas, cuajadas en el magín de Farra.

—El italiano nace artista. L'onda ci empie la bocca... Cómo se les pone cuando dicen Bocaccio !

—¡Pucha, el Austerlitz, que es diablo ! Exclamó taimado, el ofendido.

— Y qué música : *Le campanelle delle pecore.*

— *I campanacci dei buoi.... nacci dei buoi !* Qué gordos y qué hondos, el *be* ligero de la oveja, el *mu* profundo del buey.

— Apis. Es tener tantas conchas como un galápago, dijo el Fiero, descargando la carabina.

— *El pobre lo tira, el rico lo guarda ;* canturreó el pianista.

— Por un nudo es la vida una tempestad de riñas. Dios hizo al hombre y á la mujer abiertos. Para concluir, los probó ; y dijo : cósanse, y dió á cada uno un tiento. La mujer más prolija, dió puntadas cortas y no concluyó. El hombre dió puntadas largas y le sobró ; para satisfacer la voluntad divina, en el extremo hizo un nudo. Desde entonces el hombre trabaja. Por estas fútiles diferencias murió en la cruz Jesucristo.

— «No me hagas reir, Venancio, que tengo el labio partido», dijo la voz de Farra.

— Anoche soñé que era melón maduro y que Vds. me olían.... En aquel momento el llamador anuncia una llegada, la del naranjero.

— ¡Avanti! gritó un coro destemplado de voces.

— Aprovechá mama, dijo Farra en voz baja. Entreténganlo. El naranjero entró. Ortilla y Farra salieron, uno á la calle, el otro al cuarto vecino. La colonia se levantó á una para colmar de atenciones al huésped.

— Caro amico, tomate esta silla e asediátevi, dijo Cochón. — Pegósele al alma el envite.

— Ché, Bocaccio, servile mate, agregó Father.

— E ¿cuánto válino cueste naranque?

— Eh, signori, non vi incomodate; sono barate, barate; due reali la duzena.

— ¡E per Bacco! dátemene chincue chentavi.

— Sírvase Vd. un cigarrillo.... — Tome fósforos.

— ¡Eh, signori! non vi incomodate. Siete molto bravi.

— Non fachiamo complimenti. ¡Qué achidenti!

— A propósito; ho una ragazzeta di 13 anni che voglio mettere nella scuola.

— ¡Chidémboli! Portátela cui.

— Nos encargamos nosotros de ella.

— Grazie, bravi giovvani.

— Aquí tiene Vd. un altro ico de la perra e si quiama Cacaseno. Es napolitano, toca il trombone e mangia macarroni cuando puede.

— Bueno, gentilizzimi giovvani; io me ne vado perche debo vendere molte naranche ancora.

— Ma siñor naranquiero, aspetate ancora un po; prendete un altro mate e poi volate.

— ¡Dio, cuanta incomoditá!

Ortilla y Farra entran tarareando «Las muchachas que hay allí no las veo por aquí....» Si todos los dedos pudieran contar su historia ¡qué sucia sería la historia de los dedos!

— ¿E non vendete figue?

— ¡Madonna! Non e ancora il tempo.

— ¿E durani?

— Ma, non vendiamo altro che naranche.

— ¿Quiere otro mate? Dice il proverbio : che chi g'volta el cuu á Milan ghel volta al pan.

— No, tánte grazie; me ne vado. Vi riverisco, signori.

— Addio, naranquiero amico; in cuesta casa, siete voi il padrone e noi comandiamo.

— Se non ci vedemmo chiú, fa bonna morte, uí.

El vendedor de frutas partió contento como una primavera de aquellas atenciones insospechadas y los estudiantes saltaron como mandriles sobre las cien naranjas llovidas de una manera tan providencial y á hora tan oportuna para ablandarles el intestino que tenían duro como un palo de gimnasia, de tanto queso, que en la fiambrería de Risuagli olían.

Doña Gabriela cargó con las cáscaras para infusiones cuando la colonia anduviera mal de la barriga.

El perjudicado, por el camino, supo la broma y mesándose el pelo, juró asarse como San Lorenzo antes que volver entre aquellos «sin vergüenzas de estudiantes que lo habían pitato».

Media vuelta. — Vuelto el piano á la contemporánea de Urquiza por moción de Bragheta, la colonia había resuelto problemas de vital importancia para el estudio tocante á formalidad, trabajo y distribución de luz.

Las disputas pueriles disolvían las horas como el agua á la sal y los caracteres, en el campo abstruso de las ideas, se unificaban rápidamente en un *tutti* con gran perjuicio de los boletines que ofrecían el aspecto de un Waterloo perdido. Menudeaban los unos y los ceros. Solamente Benicio Planes era inexpugnable, no obstante su empeño en ser reprobado. Un desaliento letal se condensaba en torno nuestro anunciando derrumbes que darían con nosotros aguas abajo, para nuestras casas.

Reaccionamos. Reaccionamos con una violencia desconocida en los matraces del laboratorio escolar.

El deseo de recuperar tiempos perdidos, latió fuer-

temente en nuestros corazones, llenando de nueva vida aquel rincón extraviado de los suburbios paranaenses. Aligeramos nuestra carga de tonteras y nos sentimos como rejuvenecidos por el hálito de nuevos afanes. Estábamos en primavera. Saltábamos del lecho, casi vestidos por el guardapolvo y escogitábamos á la sombra reparadora de una toronja estéril como doña Gabriela. Las mañanas de un azul intenso, nos envolvían en sus vaporosas oleadas de juventud. Nunca nos sentimos tan dispuestos á embestir la muerte. Propusímonos saturarnos de cosas sanas y potentes. Olvidamos novias, amigos y domingos. Las barajas pasaron al colchón de nuestra casera y dueña con la severísima consigna de hacer fuego con sus cualidades vascas cuando se tratara de emblandecer su corazón para volver á la smarita vía.

A las ocho, dentro, so pena de irse á dormir al hotel de la Belle Etoile. Father, se adjudicó el derecho de echar cerrojo á la puerta de calle. Cochón, Farra y Quijote que aprovechaba el tiempo con nosotros, de procurarnos otra mesa, lámparas y kerosene á discreción. No había horas que perder; la urgencia reclamaba actividad, la miseria talento. El cometido tenía sus cuestas y penas. Pero, para Quijote, el ingenio no tenía vallas. Procuró á su asistente un gorro de vigilante, cubrió con un poncho su folke-lore civil, puso en sus manos un ruginoso caño de escopeta y él, de comisario, esa misma noche salieron en busca de dinero. Eran las 10 $^1/_2$ cuando por un callejón obscuro advirtieron un grupo de italianos que hacia ellos venía cantando la Marianina. Cogieron la ocasión.

— ¡Alto ahí! Gritó Quijote soy el comisario. Sargento llévese á esta gente.

— Ma, siñor comisario, siamo trabacadori del fierocarril e non molestiamo á nadie.

— ¿No saben Vds. que non si po cantare?

— Ma nosotros non sabiamos nada.

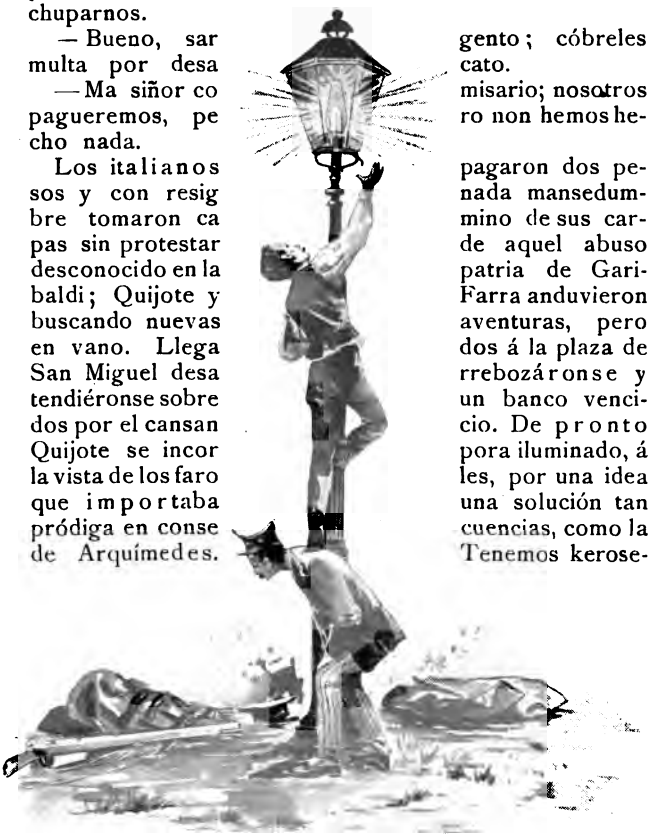
— Andan Vds. chupados y perturbando la tranquilidad del vecino.

— Qué chupado, siñor comisario; hemos bebido un poco de barbera amábile, ma sin chuparnos.

— Bueno, sar gento; cóbreles multa por desa cato.

— Ma siñor comisario; nosotros pagueremos, pero non hemos hecho nada.

Los italianos pagaron dos pesos y con resignada mansedumbre tomaron camino de sus carpas sin protestar de aquel abuso desconocido en la patria de Garibaldi; Quijote y Farra anduvieron buscando nuevas aventuras, pero en vano. Llegados á la plaza de San Miguel desarrebozáronse y tendiéronse sobre un banco vencidos por el cansancio. De pronto Quijote se incorpora iluminado, á la vista de los faroles, por una idea que importaba una solución tan pródiga en consecuencias, como la de Arquímedes. Tenemos kerose-



ne! Y sin otras consideraciones, Farra puso las espaldas junto á un farol y su compañero, prendiéndose al poste llegó hasta la lámpara que, después de apagarla bajó rápidamente. El poncho cubrió el rapto y los cachas partieron paso de temerario hacia la colonia. El Sr. Quijote, que desde el letrero á su escudo, andaba hornagueado de latines, depuso el botín de la correría con la trucidante frase de Breno: Vœ victis.

A la tercera noche, tres lámparas bañaban de luz el aposento estudiantil; el petróleo se obtenía por el método de la reducción á la unidad común. Designado el punto — apartado por supuesto — dos falansterianos, de 9 á 10 de la noche, contrabandeaban recipientes, sirviendo el predicho poncho de encubridor. Otro, de esquinero, anunciaba el peligro silbando el alfabeto de don Prudencio Villadiego.

Para cubrir el costo de la mesa, pues se expuso sin éxito durante una semana las espaldas, se convino por voto casi unánime, dejarse crecer las barbas un mes, lo que si poco importaba al Fiero, porque era superlativamente lampiño, hizo refunfuñar á Urpila que por virtud de sus años y su casta se le ponían como mata de paja brava.

Preparándonos. — La cosa era pasar: obtener un dos decía Ortilla á quien las cuatro edades del mundo le parecían cortas para vivir. Bragheta ambicionaba seis, siete, un diez.

Mi amor por Aída crecía de una manera alarmante. Pero hasta entonces no cruzábamos sino miradas en la iglesia, desde las aceras y en la plaza durante las noches de retreta. Su hogar era una fortaleza difícil para los mequetrefes de la horda estudiantil. Tales dificultades ferraron de virtudes mi conducta con gran provecho del estudio. Apartándome de pueriles andanzas, me arrojé sobre el libro, cariñoso refugio de penas discretamente disimuladas por mi modo de ser taciturno.

No temía, pues, al examen. Estaba seguro de la prueba y mis aspiraciones iban más allá de la simple nota de pase; hervía en mí el ansia de saber, no trabajaba por el título, convencido de que era el escudo con que se defendían las nulidades y disponía de una voluntad que sin esfuerzo hubiera deshecho un cerro á uñadas.

Ortilla, Farra y Quijote no acostumbrados á las torturas del estudio ni á los placeres del madrugón, atacados de aprosesia crónica, se resarcían con siestas que subrayaban grandes blancos en el programa. Boquicelli combatía la modorra poniendo pez á las sienes y las manos en agua caliente ó entre ladrillos á la temperatura idem. Varias colonias y no pocas condiscípulas, solicitaban al Fiero, hasta entonces misógino, con lo que se nos perdía el as del falansterio á disgusto de Father que considerando á Planes cosa propia, daba al cejo, los quince tonos del mal humor.

Habíamos dejado la Aritmética, primera asignatura del examen, para los últimos días. Las 70 bolillas nos tomaron ojerosos, fatigados, ictéricos, abúlicos y amnésicos. Santa Elena decía que estábamos con la sangre envenenada. En los momentos del almuerzo y de la cena nos preguntábamos las bolillas de Gramática, de Historia, de Mineralogía, de Pedagogía, y con asombro comprobábamos una ofuscación acompañada de disfasia, rayana en lo inverosímil; la anemia produjo en un riojano que presentía la catástrofe de su soñado porvenir, una cacotimia febriciente que lo devoraba gramo á gramo. Bragheta, conocedor de la palabra *surmenage,* afirmaba que todo aquello no era sino la consecuencia de la falta de baño.

Yo conozco uno (el tiro era á Machuca cuyo olor á queso daba bascas al músico) que no sabe lo que es bañadera.

Cochón, previo un masaje con ripio en el Padre de la Mar, pregonaba el poder reconstituyente del caldo de gallina y las virtudes digestivas de la fruta, lo que motivó una descarga de ¡Oh! ¡Eh! Allí nadie era estítico. Así será, dijo, y cerró el debate con tres gruñidos diatónicos. Pero de todos modos era necesario un mitin de protesta en *Las Horas Pasan,* porque don Pietro, dándonos platos de agua caliente con dos ojos de grasa, pretendía conjurar todos los peligros echándonos sus inconquistables hijas. Era necesario,.de una vez, que supiera que íbamos á comer y no á ver. Además, la limpieza era allí un mito. Ortilla, en nombre de la higiene, olía el plato y lo repasaba con el pañuelo por no inspirar confianza la servilleta.

La pieza en tenida matemática, era un tizal. Polvo en todas partes con perjuicio de los pulmones decía Belville, de la ropa enmendada Farra. Impusimos nuestras razones al Fiero y por aquella vez, envainando su lunática bravura, conseguimos que nos sirviera su difícil benevolencia. Con el Cortázar en la mano, papel y lápiz, seguíamos tutelados por la atención ladradora de Father, la demostración de los teoremas y la fácil verbosidad de Planes salvaba nuestras dudas como quien pasa á zancos arroyos tucumanos.

Las camas, convertidas en canapés, sin consentimiento de los propietarios, nos obligaron á enroscar el colchón para evitar notas discordantes en aquella severa armonía del trabajo en que se suprimían los apodos. Narcotizados por el calor unos, no obstante una vida casi desnuda que nos permitía economizar en la ropa y el lavado é hiperestesiados otros por excesos que no tenían antecedentes en la historia de los banquetes, llegamos al día de la prueba, más adustos que un membrillar en otoño, comentando las mil y una de la probabilidad.

Las vísperas. — La prueba era escrita. Quijote echaba sus cálculos para orientarse. Los profesores no ven los exámenes, decía. No son sujetos de leerse 400 hojas de papel. Clasifican por pálpito.

Peito de Ferro asentía. Diez minutos por hoja son cuatro mil minutos ó sesenta y seis horas; treinta días. ¡Pa los pabos! Si te perdís chiflame! y sacudía los dedos con aire de infinito.

—No hagas conjeturas alegres. Lo que es Carbó, Milicua y Herrera, si metes macanas, te soplan ceros.

— Acuérdate lo que nos contaba Ortiz el otro día. Sacó ocho en un examen donde decía que el cerebro es una glándula de 400 gramos que rige los movimientos peristálticos del hígado.

— Será el doctor Soler.

—El doctor Soler, don Pedro, Macotta, Herrera, Carbó, todos. ¿A que saco seis en Mineralogía y más de cinco en idioma?

Pero tales consideraciones no mordían en el magín de Ortilla y las mujeres participaban de las mismas prudencias.

Lo mejor es ser precavido, ceceó Machuca, con lo que aludía al sistema por él usado contra el peligro; escribirse el resumen de las bolillas en otras tantas tiras de papel, arrolladas y distribuidas en once bolsillos, del revólver inclúsive, para facilitar la extracción en el momento necesario.

Además, no despreciaba el secante, los puños y las uñas para las cifras, nombres geográficos y palabras técnicas á la negligé, pero escritas con una paciencia de mortero y una proligidad china.

El espacio era oro é invertía los días con sus noches para aprovecharlo con un talento, por sus complicaciones y detalles, digno de Berruguete.

Ortilla, enfibrado por aquel ejemplo, hizo lo propio en las asignaturas que se sentía espárrago copiando lo más peludo. El Fiero calificaba de puercos aque-

llos manejos; pero tentaban á Father, Santa Elena y Bocaccio. Estos artificios se gastaban para exámenes con determinados profesores. Otros, los que sentados se aburrían mirando el techo, las ventanas, la mosca que volaba, el garabato que escribían, no eran motivo de tantos sudores; se copiaba sin ascos del libro por el tragaluz del pupitre. En historia se hubiese transcripto á Cantú. Pero don Pedro era la piedra del Tandil para clasificar exámenes y reprobaba la osadía de escribir lo que no se supo recitar. Una vez Peito, seguro de su *ad pedem litterae,* refunfuñaba sobre la mezquindad, reclamando un dos por lo menos.

—Sí, hombre; has escrito mucho, eres un joven meritorio. Anda con Dios, mientras el lápiz estampaba una mal intencionada O.

El sexo débil con sus polleras, era un Sebastopol. Sentado en el extremo, dejaba media tabla en descubierto, abría el libro y copiaba *sans peurs* oteando las hojas por la ancha abertura del encorve del brazo izquierdo. A movimiento sospechoso, un frou frou de faldas indicaba ventilación. Tales ardides, sin embargo, no surtían en las clases del doctor Soler á quien el examen le tenía más despreocupado que un poste de telégrafo. Mega infaliblemente aplazado (era compatriota de Joaquín V. ¡Oh inexplicable vida!) cada vez que abría su boca, por su obesidad, juraba besando la cruz, patearlo en una calle obscura. El viejo cirujano glosaba en sus barbas, el poder misógino del sebo. Y no pudiendo objetivar sus coces, se vengó empostándole el día de los inocentes, un anónimo con insultos elegidos en el diccionario y firmado con tinta intestinal para satisfacer la dicha de cuatro palabras que resiste el decoro.

Horas antes de la cena se supo que en la colonia de Cutiellos, el falsificador de firmas galénicas, una mesa de tres patas movida bajo el flujo magnético, adivinaba los años, las fechas, las palabras y el pensamiento; que por la noche se interrogaría el número de

las bolillas. Se dudaba; mas, necesitaba escape el ansia indomable de aquellas horas; por otra parte, ¿por qué no podía ser cierto? Bragheta, recordando lecturas en García Ramón, estiraba las tragaderas diciendo que Mesmer era el apóstol de una ciencia nonata. En todo caso fiscalizaría con sus ojos por si se urdía una broma. Las niñas, llenas de fe en las revelaciones sibílicas del velador anímico, cubrieron de tarjetas el escritorio del pitoniso y lo acosaron á pedidos. El zorrón de Cutiellos prometía contestar si los espíritus se dignaban responder á sus invocaciones.

Chez Cutiellos. — A las 8 la pieza un tanto amplia de Cutiellos, que ofrecía en sus cornisamientos florones de extinguidas alcurnias, estaba llena de falansterianos. Curiosos por la leche que habían mamado, acudieron de todos los orientes atraídos por la aguda punta de lo invisible. Las sillas eran trece, número cabalístico de estas taumaturgias que evocaban lecciones mal aprendidas de la Historia Caldea. Father hablaba del tiempo de Isis y las consultas que se hacían á los sacerdotes de Menfis después de dormidos. Apolonio curaba el mal con cuatro palabras dirigidas al paciente después de magnetizado. «Valor, muerte al tirano». Asclepiades de Prusia amodorraba á los frenasténicos con un ojo; Roberto Fludd sabía los acontecimientos dos años antes por comunicaciones que recibía del planeta Marte en un castillo deshabitado de la alcaldía de Hull. Santa Elena habló de Crookes y de los fenómenos extraordinarios de Hades. El ambiente se magnetizaba y predisponía á la fe mientras el calor y el humo de los cigarros sofocaban de tal manera que fué de rigor despojarse del saco y abrir las ventanas, mal gustare á las ánimas, para no vahear. La mesa, redonda y grave, ocupaba el centro. Farra comprobó que no tenía clavos.

—A sentarse, dijo Cutiellos. Los que formen la cadena deben ser individuos de una moralidad apostólica.

Quijote y Machuca fueron los primeros en sentarse; después Father, Bocaccio, Ortilla, Cochón, Mister, Chistera y cuatro más de la colonia Sin Patria. Branly confióse á tres medios de suero comprados mentalmente al pastor del templo evangélico donde un letrero decía: «La sangre de Cristo limpia de todo pecado».

—Las manos extendidas. Contacto de los pulgares y meñiques Piensen en la cosa, no hagan movimientos, silencio, mucha fe y esperen.

—¿Qué vamos á preguntar? Dijo Ortilla.

—Primero, si el espíritu está dispuesto.

—Designemos primero al espíritu.

—Yo propongo á Thales.

—Habla en griego.

—Los espíritus son políglotas.

—Propongo á Bocaccio, dijo Farra.

Rompió el silencio una carcajada trompicada de toses, que irritó sobremanera á Cutiellos y á Bragheta que tomaba la cosa en serio.

—Si dividimos nuestras simpatías no vendrán. ¿Les gusta Galileo?

—¡Apoyado! rumoraron veintiocho bocas.

—Bueno; atención que empieza. *Oh genio grande y poderoso de Galileo: te invocamos. Dígnate bajar á nosotros y revélanos los misterios que no nos es dado saber.* Si puedes, da dos golpes. Si no puedes, uno.

Contenida la respiración, inmóviles los ojos, tieso el costillar, se oía distintamente el roer de la polilla en los marcos. Pasaron cuatro minutos y como el fenómeno no se produjera, Cutiellos, con voz más sacerdotal, redijo la invocación.

— *Oh genio grande y poderoso de Galileo: te invocamos. Dígnate bajar á nosotros y revélanos los misterios que no nos es dado saber.* Si puedes, da dos golpes; si no puedes, uno solo. Branly, no pudo substraerse al cosquilleo de aquellas palabras y contra toda su vo-

luntad, estalló en una risa que aspersió de saliva el chaleco de Father.

—¡La gran perra con el inglés! aulló la prenda por boca de su dueño.

—¡Que salga el inglés! tronaron todos y un estornudo de Peito hizo temblar la cadena magnética, volviendo todo á su anterior reposo.... Se esperó.

¡Un crujido! Redóblase la atención, frúncense las bocas; apenas se respira. El momento es gordo. Otro crujido, el espíritu llega, se levanta una pata ; un golpe, dos golpes.... Ya está. La curiosidad con sus ojos de patacón trazó un haz de curvas en la cara de los Galileos. Cutiellos, acostumbrado á tales prácticas, celebraba los golpes con imperturbable gravedad.

—Preguntemos, preguntemos, cuchicheó el rebaño. Preguntemos las bolillas.

—No; vamos á ratificar, dijo Bragheta. A ver si es cierto. ¿Qué día es hoy?

La mesa dió treinta golpes.

—¿Cuántos años tengo?

La mesa dió diez y ocho golpes.

Sin embargo, la certeza no entraba familiarmente por las puertas de su credulidad. A él no se la daban.

—¿Qué clasificación tuve en música el mes pasado? La mesa tardó un poco en manifestarse. La estás cansando — murmuró Ortilla. No; está clasificando la Musha – dijo Farra. Pero, después, dió ocho golpes y media pata alzada que algunos interpretaron como un punto más. Bragheta aclaró diciendo que tenía ocho.

—Voy á arriesgar una prueba definitiva, dijo. A ver ¿qué número he pensado?

—Andate al...zonzo de...¿Vas á tenernos de pavos toda la noche?—exclamó Father, enfurecido hasta la calva. Y no se habló más.

Con aquellas pruebas que hacían crecer las esperanzas como un abeto en el alma serena de Urpila, dijo éste: preguntemos las bolillas.

318801B

—La de Historia.

—La de Geografía.

—Qué Historia ni qué Geografía. La de Aritmética.

Unificadas las opiniones, se puso á prueba el meollo de Galileo para penetrar las cosas del señor Carbó no sin antes una loa á las leyes del péndulo que Peito enunció con desgracia porque no las recordaba, para interesar el amor propio del ilustre toscano.

—*Oh genio grande y poderoso de Galileo que en este momento presides; apelamos á tu soberana bondad para que digas la bolilla de Aritmética que mañana nos tocará.*

—Bocaccio, en voz baja, observó que faltaba decir número de....

—No hace falta, dijo Father.

Y la pata dió 22 golpes.

—Los logaritmos! gritaron todos. Y todos abandonaron los asientos buscando aire en las ramas de un albaricoque que dejaron poco menos que descascarado.

—Ché, deja de fregar; vos movés la mesa, dijo Quijote á Cutiellos.

—Si, voy á poder con la mesa! ¿No estuviste á mi lado?

—Son macanas. ¿A que no sale?

—¿A que no sale?...

Los falansterianos después de pisar con agua los albaricoques comidos, salieron zurriando y prometiendo la fiaccola *sotto il moggio* si salía cierto lo de Galileo.

El examen. —Los logaritmos fueron tragados esa noche. Nunca se mascó á Briggs con más hambre. Soñamos con Queipo, mantisas y dieces. Una tormenta de pavorosos truenos que nos soltó una granizada de pedruzcos como cebollas, pacificó la inquietud de nuestros nervios y dormimos con esa placidez bisulca que desde un mes atrás no conocíamos. Despertamos al toque de campana. El Fiero, contento en las horas

difíciles, palmeaba socarronamente los bolsillos de Machuca.

— Y ¿cómo va esa cosecha? ¿cuántos papelitos? ¿dónde, ché? ¿Aquí? ¡Qué bulto, ché! No se te vaya á desgranar. ¡Vé si sabe Tacuarita?...

Chistera se jactaba de una preparación que hubiera desconcertado á los siete sabios, más Buda y Pico de la Mirandola. Era un ejemplo de hipérbole que Farra juzgó digno del texto de Gramática. Llegó la hora, el momento, el profesor y los papeles. Voltejeó la urna. La atención como la de momentos iguales. Cayó una bolilla; 38, dijo el profesor. Ochenta ojos dejaron á Cutiellos como carbón.

— ¡No te dije! murmuró Quijote, disparándole por los ojos las entrañas.

— ¡Qué es eso! dijo sonoramente el profesor.

Sin obligaciones ya con Galileo, nos entregamos á la suerte de aquella hora que volaría como tantas...

En los dedos de Machuca comenzó á desovillarse, con la precaución ratuna que acostumbraba, el papel que tenía escritas las reglas del interés compuesto y sus casos. Algunas niñas acomodaron las faldas, buscaron posición al abanico y frustraban una sorpresa con la vista al parecer extraviada, pero enfocando de soslayo al profesor. Farra, protegido por las espaldas de Cochón, agachaba la cabeza é interrogaba con la vista al Fiero que se entretenía en no contestarle. Ortilla, había escrito el título y daba su abstracción, pruebas de sagacidad; pero sus dedos no la vertían á caracteres tangibles que era lo que importaba.

El catedrático, un tomo de metafísica, con lo que quedaba atrás de su astucia la nuestra, tradujo en pocos segundos el movimiento, la mirada y las carrasperas; apuntaló sus rodillas contra el banco de Machuca y echó sus ojos adelante, antes que pudieran formalizarse ideas para un uno. La cosa no tenía vuelta. Para colmo, atenuaba esa mañana con antipa-

rras verdes, las molestias de una conjuntivitis. Machuca desdobló el pañuelo varias veces y se sopló las narices que no exigían aquella atención. Una niña se sopló también las narices que no exigían aquella atención. La inmovilidad del catedrático y el guerguer de las plumas, daban al silencio un aire de solecismo en género. ¡Qué hubiera dicho Amenophis!... Un golpe como de bofetón conmueve de pronto el aula y altera el ritmo de la circulación. Machuca acaba de matar un mosquito con un palmazo capaz de despachurrar una vaca. Luego, más entero que una copla, clavó los ojos al cadáver satisfecho del éxito alcanzado por su izquierda y las desazones que el destino depara á los seres que viven de savia ajena. En su corazón no cabía otro dolor que el del perro que ve engullir y la consiguiente debilidad de no creer en la fuerza descretinizadora del estudio. Por eso le tenían fuera de quicio las clasificaciones de Bragheta á quien llamaba gringo jarabe de cardo. Observaba con pena el ir y venir de sus compañeros en busca de más papel sin explicarse cómo bajo los ojos del profesor, se desmandaban tanto algunas mujeres que no habían contestado sino jumentadas todo el año. En ese momento los mariposeos de su cerebro llevaron el pensamiento á la ballena que tragó á Jonás volviéndolo sano y fuerte sobre la costa después de tenerlo siete días junto á un garrote, una piedra y un pichicho que no ladraba al verse acompañado de utensilios que en el otro mundo hubiera juzgado peligrosos. Campo tan extraño á la matemática, produjo el éxtasis y Machuca bostezó olvidado del sitio en que estaba.

—¡Oh! ¡Qué es eso! ¿Dónde tiene la vergüenza? ¿Ignora que estamos en clase ó está Vd. alelado?

—Señor, dijo, poniéndose de pie, es que se me escapó...

—No pretenda Vd. escaparse. ¡Escriba!...

El tañido de la campana rubricó la hora. Libres de

aquel peso que significaba un cerro al cuello, se respiró, desperezándose algunos, bebiendo otros á grandes bocadas el aire del patio. Cutiellos recibió á quema ropa una descarga de invectivas con palabras fuertes, que encontraron á su vanidad tan insensible como un adoquín de Sierra Chica.

—¡Pf! Natural, lógico, evidente... La absoluta moralidad de los trece santitos. Machuca, Quijote, Chistera... ¡Qué fichas!

Etcétera. — Las clasificaciones ratificaron definitivamente mis aptitudes para el estudio. No temía al porvenir y el horizonte se abría ante mis ojos, lleno de incitaciones.

En el plenilunio ya de la duda, una feliz circunstancia puso fin á la crisis, una indicación de don Pedro, inadvertida por mis compañeros, pero por mí reparada.

—Lean á Büchner, —dijo un día, es un buen librito.

—¿Quién?—preguntó la turba destinada á ser guijarro.

—¡Büchner! B, u, ch, n, e, r, Fuerza y Materia. Un buen libro. ¡Lean y vayan con Dios!

Y yo leí. Una lectura apasionada, felina. Lectura digerida equivale á cien lecciones de nuestra educación homeopática. Eran las primicias del jugo que extraía al catedrático de Historia. Se equivoca quien desde el banco pretende despesar las sombras. Rutas, caminos, tal vez métodos... la brújula no lleva, orienta. Desde el hemiciclo la charla, trasoída, ofusca ó enmaraña; las ideas piden un peinador: el libro. En dos horas se leen veinte páginas, la conferencia hebdomadaria. Se comprenden noventa en una semana, escrutadas larguitendido en la *chaise* ó sobre el pasto. Mi espíritu, al beber el zumo nuevo, escapaba á las redes mortíferas de la dialéctica. Pero se imponía esta pregunta. ¿Por qué el hombre miente? ¿Por qué ese dogma del embuste difundido con tanto afán contra la fuerza, la razón y la evidencia? Artificios de la vida que la historia, á la luz fulgurante de

Comte, Darwin, Spencer, tan vulgares como eternos, explicó más tarde. El librito de Büchner fué *l'eau de jouvance*. Dispuse de un arma formidable, el método; y de un escudo inabatible, el criterio.

Al revés de las de Fiero y Farra, aquél una interjección adversativa en el exergo de su erudición; éste, un contencioso á la violeta en el exergo de sus veleidades, mis discusiones eran prudentes con tendencia á la formalidad y el silencio, en cuyos dominios la vida en común exhala los delicados perfumes de la paz. Libre de teosóficos embarazos, hacia la razón que demuestra y el hecho que confirma, había en mí una salud reaccionaria contra la sotana que supo, sobando mi inocencia, engañarme como al conejo de Goethe. Ya no temía al fuego, al castigo, á las iras y al diablo. Admiraba el Apocalipsis, pero como un prodigio de imaginación.

Iba á la iglesia para ver á Aída. Librábamos con la mirada escaramuzas cuyo éxito comentábamos jocosamente. Sólo cuando se anunciaba un sermón del padre Viñas, confesor de doña Gabriela, con lo que la vieja no cabía en sus calzones, íbamos á misa ubicando las orejas y no los ojos. Porque Viñas, aspersiando las temeridades católicas con paganerías helénicas, era un Bossuet, magüer sus anteojos, del bien pensar.

Mi temperamento, si de verdad no era de brega, ni de pendencias, ni de cizañas, era de varón cuidado; absteniame de revolver caldos en los que podía salir cocido y pontificar con las agallas de don Simplezas ó don Metido; díme al libro que tenía halagos para esta sed, no siempre estival pero de buen estómago. Resucitaron así, muchos muertos y murieron muchos vivos.

III

Yo y ella. — Oh amor! Había, él, quebrado el ritual de mis costumbres tan vegetativas el año anterior junto al plácido Rastelli desconsideradamente abandonado por aquella vanidad que nos infla y trueca la amistad por una levita. Sentía palpitar á Aida en todas las fibras de mi sér; constituía una visión preponderante que no me abandonaba aquí, allá, adonde pretendía liudar la distracción y el reposo. El estudio era un abrigo, contra esta despiadada persecución. Amar es sufrir. El amor en la soledad, crece como la hiedra á la sombra. Y yo compartía mi amor, con Aída, la Soledad y el Silencio. Sentía así, la voz, la mirada, el soplo, la caricia, los besos de quien había domado mis expansiones orientando mi vida hacia la tristeza. Intenté visitarla con aquella magnanimidad del primer afecto educado en una religión de la que no comprendía más que su grandeza; el respeto era para mí un culto. La impureza cabía sólo dentro de mi repugnancia. Intenté visitarla. Pero faltaban motivos; la situación vino á agravarse cuando los padres se apercibieron de mis pasadas y plantones. Interrogaron y aconsejaron. Yo era un adolescente, sin porvenir, pobre y quien sabe de qué padres. Mi calidad de estudiante me condenaba al ostracismo. Al fin de mi carrera sería un maestrito. Tales razones tuvieron la virtud de encender más el corazón de Aída. Compadecido, era idolatrado. La mujer ama el dolor, la fuerza y el genio. Para los amantes no hay secretos; ella me comunicaba estas lides íntimas de su hogar. Una de sus cartas, extensa como la de

todos los que llevan el alma sitiada por el sér que se adora, concluía en esta reconstituyente declaración de sentimientos: «Te ruego mantengas esa fe así como yo alimento este amor que por nada del mundo dejará de ser tuyo. Soy mujer y tengo mis sueños; pero están todos en el círculo de tus afectos. No me será posible verlos realizados en ningún otro hombre; si ellos no han de realizarse jamás, no importa; quiero que mueran pero que mueran en tu corazón. Juré dedicar mis días á tu vida, no importa si feliz ó desgraciada; sé que no debo sino amarte y que me es agradable así la vida».

Aída, educada en el ambiente de un hogar austero y sin exigencias, sentía el éxtasis de su destino. Raro espíritu de sacrificio y de consecuencia, su alma virgen se debatía en una conciliación imposible; la obediencia á sus padres, el amor á mí. Un frenesí de alto orgullo arrebolaba y fortalecía la pureza de nuestras aspiraciones. Esta vida así, transfiguraba mi espíritu. Pero mi corazón no estaba hecho de carne estoica; las grandes resoluciones reñían con las grandes resignaciones; violencias de tempestad desolaban mis afectos y relámpagos de duda perfilaban extrañas visiones en mi cerebro. Hay goces que martirizan! A veces solía rematar en una carcajada que volviendo mis ojos á Quijote señalaba la *joie de vivre*. Pero una tristeza inexcrutable como un destino invadía siempre mi corazón alentado ciertos días, por una dicha tierna, infinita, llena de consuelos y promesas, como esas portadas que la esperanza abre á los sufrientes. Su imagen candorosa impregnada de esa bondad melancólica que ennoblecía sus facciones de Fornarina, tenía un altar en mi pecho. Esperaba con emoción sus cartas que cubría yo de besos cual si fueran amuletos en manos de un creyente copto. Las guardaba con sus flores cuidadosamente disecadas, con su retrato y un rizo de su áurea cabellera en un cofrecillo escondido bajo libros y camisas, en un rincón de mi baúl que llamé tabernáculo de la fe jurada. ¡El futuro! El futuro indes-

cifrable pesaba sobre mí como una montaña de hielo. Yo sentía entonces cansancio, fatiga; el libro era un refugio, se alzaba por sobre el vacío de mi alma, disipaba las brumas de la duda y, llegando á ella forjaba esperanzas más allá del dolor, más allá del sueño, cruzando una mar sin tempestades, sin desilusiones. ¿Por qué á mi paso surgía ese lirio, encarnando todos mis deseos, todos mis anhelos?

De mis amigos, enterados de aquel afecto, solía al principio recibir un graneado fuego de indirectas y chuscadas. Ellos tenían un alma distinta á la mía. Amaban como Quijote: por higiene. Yo no; amaba un destino.

Acostumbrados á querer con los sentidos como la bestia, consideraban á la mujer un mueble que después de usado, era necesario tirar al altillo. Esos tenorios empenachados de sentimentalidades frívolas; esos presuntuosos héroes de las esquinas; esos jactanciosos predestinados á la farsa ruidosa y grotesca, no comprendían aquel cariño elevado; no comprendían la substancialidad del néctar que el cáliz oculta bajo los pétalos; atraídos por el perfume y los colores arrojaban la flor no bien marchitaba, asesinada por sus propios dedos.

Mi pertinaz hosquedad al tratar aquel asunto produjo una aureola de respeto que nadie osó prostituir. Se los llamaban los amores de Abelardo y Eloísa.

A veces me sentía enloquecer. Un ataque de celos prometía noches de insomnio. A esa hora la imaginación todo lo agiganta. Me levantaba después de las doce, á las dos, á las tres, un pretexto fútil servía de motivo, y vagando como un sonámbulo por las calles semiobscuras, allegaba mis oídos á la puerta de calle, espiaba las ventanas pretendiendo descubrir en la imperturbable tranquilidad de la mansión, lo que sólo podía suponer un momento de desvarío. La seguía en sus paseos, al templo, exigía cuenta de sus horas, estudiaba sus miradas. ¡Oh! yo era un verdugo. Nada, sin embargo, menguó un átomo su amor jurado.

Y volvía á levantarse como un astro. La imaginaba á mi lado, abría sus ojos á mis ojos, aspiraba en mis brazos el perfume de la pradera encantada, tendía sus labios vírgenes al vino nuevo del beso no probado; en mi cuello ardían sus mejillas mientras cándidas visiones cruzaban el horizonte elíseo como una bandada de garzas del daimío. El himno de la pasión, como un incienso cerúleo, arrobaba nuestras dos almas, una y gimiente. Su carta, al despedirme, abría los tesoros de su alma:

«Tuya ó de nadie. Un amor grande que alimento sin condiciones, me liga á tí como la rama al árbol. ¿Comprendes? Te amo porque sufres; te amo porque eres solo. Adoro tu bondad, tu silencio, tus tristezas. Pienso en tí, beso en tu retrato la grandeza de tus ojos azules. Orno de flores tu imagen y de noche, sentada en el patio de mi casa, miro las Tres Marías, esas eternas compañeras de los amantes, segura de encontrar allí tu alma, el alma de tus ojos. He nacido para vos, soy tuya. Ordena, mándame, yo obedezco. ¿Será tu corazón fuerte como el mío? ¿Serás tú constante como esta mujer que siente la vanidad de confundir su afecto con lo que tú quieras darle, fuera tan solo la miga de pan que arrojas, para entretenerte, á los pájaros? ¡Ah! mi alma.

«En la gloria, en la adversidad, cerca de tí ó lejos, aun cuando llegare más que el olvido, el odio, este corazón latirá siempre por tí, no cesará de amarte, será tuyo, sólo tuyo, más allá de la vida misma. Ven por él cuando quieras. Si este voto fuera un día sacrificio, este sacrificio será una redención como lo era el martirio para las santas mujeres. Tuya ó de nadie».

¿Por qué?

Yo era el objeto único de sus afanes, de sus alegrías, de sus sacrificios. Así florecía en mi alma, se arraigaba en mi corazón como una camelia eternamente abierta, insensible á la ráfaga que marchita y seca.

¡Oh! ¡Aída, Aída!

A la aldea. — Habíamos asegurado la vía de nuestras comunicaciones. El amor es una fuerza incontenible en el pecho de una mujer: vence á todo. Aída, no sé cómo, estaba en el muelle, venía á despedirme sin que sus padres lo supieran. Su mano apretó la mía y dos lágrimas surcaron sus mejillas. Al separarnos me dijo: te espero. Sus ojos siguieron mis pasos hasta la cubierta. El barco alzó el ancla. Ya lejos, sentía su mirada como un rayo de luz.

Al día siguiente entraba en mi casa por la tranquera y mi madre me recibió en sus brazos sollozando.

—¿Qué tienes? — me dijo sobresaltada — ¿Te han robado?

— Nada, la dije. — Necesitaba aquel desahogo, aquel corazón lleno de simplicidad donde podía verter mi dolor como en un ánfora antigua.

Ya repuesto de la emoción en que se mezclaban tantos sentimientos, cumplidos mis deberes de hijo y de hermano, mi primer visita fué á don Bernardo, mi ex maestro aquel que humanizándonos, con el puntapié á veces, á veces con la punzada de sus retos, siempre con la sincera vehemencia de sus palabras, supo indicarnos un rumbo después de excitar nuestras actividades en el ambiente de la más severa virtud y del más puro entusiasmo. Nos entraba la letra á palmetazos; la cimarra era una póliza que saldaba á mojicones. Pero al dejar la escuela queríamos ser marinos, médicos, profesores, comprábamos libros, leíamos, satisfacíamos todas las curiosidades que dentro de un marco noble dan al desheredado, esa fuerza de voluntad que iguala á la fuerza del dinero.

— Don Bernardo! Aquí me tiene Vd. ¿ menos salvaje, no es así? Mis estudios marchan. La vida es allí más novedosa que por acá. No nos dan de pescozones. Pero nos agitamos en una lucha casi violenta. Fuerza de voluntad. Sistema yanqui. Ni se nos estudia, ni se nos amonesta, ni se averigua la paternidad de nuestros ins-

tintos. El timbre maneja la multitud. Ojos, por todas partes ojos. A 40 metros mis Amstrong pára con el dedo á los alumnos. Difícil es resistir un sistema regularizado por la costumbre, 800 niños y 50 profesores. La masa arrastra. La masa domestica. La masa aniquila toda manifestación que pretende perturbar el ritmo del engranaje. La tarjeta, en su muda elocuencia, nos advierte lo que valemos, lo que de nosotros piensan, qué debemos hacer. Por último, el cuadro general de clasificaciones economiza el trabajo de preguntar. Ahí está el reglamento. El reprobado se va á su casa. El aprobado vuelve en Marzo. Esta severidad de relaciones, esta falta de estímulo y dirección á viva voz, esa insalvable distancia del escritorio al banco, don Bernardo, le aseguro que es mortificante. Después de todo, mientras la selección que allí hace el cero, no deja lo servible, se justifica. ¡ Hay cada sujeto, hay cada entraña, llega cada tipo! ¡ Si el corazón fuera uno ! Felizmente nos agrupamos y la unidad de tendencias constituye una fuerza que nos preserva del contagio.

— Hijo, eres serio y ya sabes que siempre tuve particular afecto por tí. Comprendo que la Pedagogía avanza y mis procedimientos valen poco; no conozco una escuela normal. Pero sabes bien que hice cuanto pude para hacerlos gente. Y si les dí un coscorrón no ha sido de gusto. He tratado de enseñarles lo que sabía con ese interés que se tiene cuando uno quiere que sus alumnos adelanten. Y ¡qué diablos! á mí siempre me ha gustado el estudio y no podría dejar de hacérselo sentir á los muchachos. Cuando uno estudia siente aquí un peso; necesita decir para aliviarse. Y yo creo que esa satisfacción con que uno comunica es lo que da resultados.

— Sí, don Bernardo ; de sus dictados poco aprovecharon nuestros sesos. Pero Vd. hizo el deseo de aprender ¿ cómo ? Sermoneándonos paternalmente ; contándonos la historia de los Palissy ; hablándonos de vicisitudes vencidas á fuerza de voluntad; leyéndonos este libro y

aquél, los ojos puestos en nuestro más allá, amándonos, excitándonos, viviendo en nosotros dentro y fuera de la escuela, sirviendo una falta para malhumorarse un día, en fin, olvidando el asunto de sus lecciones para hablarnos de nuestros destinos. Sé que con todo eso no cumplía Vd. sus obligaciones, pero con todo eso en germinación soy hombre porque amo la virtud y amo el trabajo. Yo rindo el homenaje de mi gratitud al maestro de aldea que roturó mi espíritu y puso en él la primera semilla de las grandes aspiraciones.

— Hijo, no he cumplido más que con mi deber; pero tus palabras me inundan de felicidad; tú serás hombre, yo viejo; cuando las canas anuncien el fatal otoño de mi vida, esos recuerdos esmaltarán de flores mis tristezas.

Sus hijas Lucía, Matilde y Luisa, me despidieron tan ruidosamente como solían recibirme y, ya en casa, mi pensamiento voló. Cubrí de besos su retrato, el rizo, las flores... aquel rizo era de ella, allí estaba su corazón, allí su alma, un alma tierna y melancólica que solloza allá lejos, huésped de la aflicción por el afecto. ¡Oh Aída!.. Yo siento que me llamas, que me atraes y tiendes tus brazos hacia mí. Delante de aquellos objetos tomé la pluma.

« Inolvidable Aída:

Necesito desahogarme y no puedo. Hay un nudo en mi garganta hecho de recuerdos que sólo tú desharás. ¿Por qué amo? ¿Por qué? El dolor no deja penas tan grandes. Sé que esta inquietud cesará en tus brazos. ¡Oh! tus brazos suaves y cariñosos, blancos como el candor de tu alma. ¡Ah! que nunca llegue la maldad á vejar la grandeza de ese espíritu que siento alado y tenue como una resurrección cerca de mí, de mi pobre alma de combate sin costa donde reposar sus agitaciones. La obsesión de tu bondad me arrastra y me enloquece.

«¡Cometo el crimen de querer! ¡Oh Destino, no quiero apostrofar tus injusticias! Tú creas el deseo, tu nim-

bas de bellezas sus misterios, tú buscas y tú juntas los corazones que se aman y tú los partes brutalmente contra los riscos del interés mezquino. Amor, dolor, pero nunca, jamás olvido; hay un imposible: arrancarte de mi corazón. Allí tienes un altar, allí vives, en el tabernáculo de mis puros afectos. Yo quiero que sepas que lo que nació grande al soplo de quien sabe qué desconocidas afinidades, grande vive sin que los años, la adversidad ni las desazones, si ellas interpusieran su insalvable dique, mengüen un átomo la fuerza de este amor, que sagrado, te juré para siempre. No me importa qué dirán de mí. Sobra en tu pecho nobleza, conoces demasiado mi alma, para que tú te sientas desfallecer en ella. Piensa en ella. Ella te salvará á costa del sacrificio mismo. No te arrepientas de amar si tu amor es sincero. Repudio la hipocresía. El ojal de mis sentimientos jamás ostentará sus flores.

«Tus evasivas y recatos sembraron alguna vez la duda en mi espíritu; pero las ansias en una contención de penosa ausencia, dan al afecto relieve de montaña, es más fuerte que la muerte.

SCANAVECCHIA».

En la brecha, otra vez. — Las vacaciones pasaron delitescentes y aburridas. Atenué los efectos entregado ocho horas al día á la solución de problemas, lo que me puso más bravo que Aquiles para arremeter con éxito el Algebra, *dure étau des ames*. Puesto que todo pasa, al comenzar los cursos me estrené con un gesto que dejó tras sí estelas de asombro. Había resuelto el 11 de sustitución, fama secular de incoercible para todo esfuerzo que no fuera hijo de un palanqueo más que discreto. Desde entonces nadie discutió mis aptitudes. Tuve quien me envidiara, pero ninguno que me aplastara. El riacho de los amorfos desvió su cauce, algo atufado el amor propio del Fiero y las noches de matemática me

tuvieron en casa de Fulana y de Zutana, raras veces en el cenáculo falansteriano lo que preocupaba poco á Father y mis compañeros. Aquel éxito que llenó la escuela de cuchicheos y comentarios, disipó las dudas acerca de mi capacidad y más inflado que una gaita, sentía el coro de las adulaciones con la imperturbable vanidad del rey desnudo. Estaba soberbiamente anciano. Las mujeres amaban el pedazo de prodigio de mi persona y yo me deshacía los sesos para satisfacer sus mil y una impertinencias, requerido á todas horas y de todas partes. Yo era entonces la castidad del bíblico José; ajeno á las astucias mujeriles, no comprendía sino la faz algebraica de sus preguntas y miradas. Del corazón, Aída era dueña; única dueña; santuario improfanable. No había intermeses ni chacotas. Soltaba la tiza para tomar el sombrero. Los labios no se atrevían á una sonrisa.

Así inicié las relaciones con mis compañeras. Admirador innato de las proezas del cerebro, podía nadar las aguas sin peligro. ¿Cómo ligar mis afectos á aquellas cabezas áridas y torpes. Torpes que no comprendían una valorización de incógnitas? ¡Ay! Nada desencanta como la rudeza. Nada aleja tanto del sexo como el sentirse superior. Yo concebía á Aída con más luz que un Kohinoor. Por eso la amaba. Su frente, un field, contenía para mí ideas tan profundas como sus afectos. Por eso la amaba. Vigorosa la fe, me tenían sin cuidado el porvenir y sus eventualidades. A pecho mis aptitudes matemáticas lubrificadas por Monzón, á mí sus deferencias, olvidé Quevedo y Larra substituídos por Tombeck, Bertrand y Morf. Pero daba de cuando en cuando un lugarcillo á Núñez de Arce, Esquilo y al indigerible Descartes.

La Historia era ya tan así como un guiso de vanidades. Composiciones no hacíamos. La práctica... La práctica, era un plato de pepinos después de una compota; tenía momentos de indignación. Enseñando

lectura al 2º grado, los chicuelos al toser, me llamaban zapallo, palabra cuyo significado me es duro. Cruzaba el patio, zapallo; entraba al grado, zapallo; salía á la calle, zapallo; iba al excusado, zapallo; donde quiera tropezaban mis oidos con la cucurbitácea. Ensayé todas las disciplinas, desde el consejo al pescozón para concluir con aquel desmán de la boca que tenía maltrecha mi dignidad de maestro... Inútil. Un día dije á Bavio, señor: mándeme, se lo ruego, á un departamento donde no me atosiguen más esos muchachos. Mi espíritu encontró la tranquilidad enseñando la escritura como Sartori el dibujo: escriban...

En un momento de duda, fosforescieron estos versos:

La imagen

Tristeza atroz ¡oh! de la carne inmunda
Cuando la llama del ansia, en el hielo
Del disgusto se apaga y ningún velo
De amor, la inerte desnudez circunda.

(Y tú miras, tú siempre miras oh bella
Imagen, pura como la nieve; alojas
Melancolías de otoñales hojas
En tus ojos, azules como estrella).

Tristeza inmensa de la carne insana
Cuando en el pecho el corazón no bate
Y el amor es una palabra vana.

(Bella imagen de blonda cabellera
Tu alma adorable y cándida no late,
Mi alma ardorosa é inquieta desespera).

que al pisparlos Farra, dijo plagio. Yo, lleno de gozo, no me atreví á contradecirle.

A la luna. — Muerto el Asmodeo por exceso de abonados que no pagaban, Farra que no podía contener su bravía fecundidad, y menos exponer á los vaivenes del futuro su pletórico cajón de manuscritos, decidió la fundación de *El Aspirante,* semanario político, literario, noticioso y comercial. Con este encabezamiento pretendía extender el radio de la subscripción al partido laurencenista y meter la mano en los almacenes y tiendas de la vecindad. No tenemos ni precisamos, decía al salir el primer número, la pluma cáustica del satírico contundente, que cuando está al servicio de la buena causa, de sus puntos sólo sale el licor negro para dar forma corpórea á la idea que ridiculizando, mata al vicio encumbrado en cualquier esfera social; nos bastan el sentimiento del bien público y la perseverancia para obtener iguales resultados, es decir, destronar la corrupción política que infesta nuestra argentina patria.

La perseverancia es como la gota de agua que con el andar del tiempo horada la piedra. Siendo así, no abandonaremos el campo de la lucha noble y generosa por la que Lavalle derramó su última gota de sangre; porque nosotros, como el héroe de Ituzaingó, no queremos, no consentimos tiranos ni tiranueles y no nos humillarán aún cuando sus bayonetas se asesten á nuestros pechos. No desmayaremos hasta que ese monstruo del incondicialismo no espire de indigestión producida por la absorción de los derechos proclamados por la Constitución...

Bragheta, un tanto olvidado de la Musha y sus consecuencias, instigado por su compañero que necesitaba redactores y variedad para la hoja, se entregó de lleno á la literatura. Aquella noche, deseoso de ver la estampa de su primer artículo, no había dormido. El insomnio bordó sus ojos de cárdenas ojeras y no bien la luz matinal atravesó los cristales, estuvo de pie, idas y venidas á la puerta de calle esperando al repartidor. El repartidor llegó con atraso, motivando una bri-

llante filípica que el damnificado espetó al causante; temiendo infundir sospechas, se fué al pie de la toronja, tomó asiento en un ñandubay, desplegó la hoja y leyó *sotto voce* (porque era audo-motor) su trabajo para sus orejas, ¡oh grata sorpresa! más sonoro que el manuscrito, lamentando el pseudónimo con que se reconocía padre, por un exceso injustificado de prudencia y felicitándose de no haberlo comenzado en estilo decadente como se lo aconsejaba el director, redactor en jefe y administrador porque, sea como fuere, le disonaba aquello de «corcovean las nubes, relinchan los truenos, patean los relámpagos...»

La luna

¡Oh! hermosa luna que caminas presurosa por el insondable espacio acompañando al astro que nos da la existencia, girando en fraternidad con el planeta que habitamos. Luz misteriosa que alientas con tu colorido al pobre que en el día no ha llenado sus afanes, dejando para continuar con tu luz clara y resplandeciente.

Tú eres el astro que ocultas en tu seno lo más bello y noble para las investigaciones de la ciencia del hombre; tú el ángel que iluminas en el espacio las sendas de nuestro planeta. Has sido estudiado por inteligencias vastas y por largo tiempo y hasta ahora, nada hemos llegado á saber con seguridad de ese cúmulo de maravillas que nos da en noches plácidas y serenas la luz misteriosa que es la menos á propósito para contemplar la naturaleza, cuando nos encontramos solos y en medio de tu claridad para los pensamientos y recuerdos que abruman nuestra imaginación.

Cuántas veces en mi infancia me entretenía con mis compañeros á la luz de tus pálidos reflejos, sin que sospechara que eres tú la que alumbrabas, habilitándome la noche para mis inocentes juegos.

He creído adorarte porque para mí tienes un no sé qué de melancólico y misterioso. Gozo cuando te contemplo en las noches primaverales, mi vista no se aparta de tí, tendido en el suelo cerca del agua escudriñando mi imaginación para traer los recuerdos de las aventuras pasadas. ¡A cuántos le

he oído lo mismo! ¿Quién es la deseada por el caminante en lúgubres noches? ¿Quién es la que alumbra la triste choza lejana del labrador cuando fatigado por el trabajo se retira á descansar con su mujer? Si lo preguntara me dirían: la reina de la noche.

Cuando los poetas visitan muros de monumentos antiguos se inspiran más cuando están alumbrados por tí, que cuando no lo están. Y tienen razón. Porque nunca espectáculo más triste que ver los muros de ciudades como Palmira, que fueron vida y movimiento, mezclados á las sombras pavorosas de la noche.

Eres la Diosa de la noche, testigo de secretos amorosos que tus rayos alumbran contribuyendo así á que sean más dulces y poéticos. Tu has presenciado escenas propias de la sombra y tus rayos las revestían de mayor misterio. ¡Oh luna, qué bien haces en callar!

Josepi.

La sección noticias traía este suelto que enardeció el amor propio de Josepi y le indujo á embaular la hoja para venderla más tarde á caro precio.

A la luna. — Con este título, publicamos en otro lugar una preciosa composición de un aventajado estudiante que ya ha dado pruebas de excelentes aptitudes en el arte de Beethoven.

Montaba el potro de la satisfacción.

Bartolito. — Llegó de incógnito. La noticia, no obstante, circuló rápida por las colonias y la de Buenos Aires se adjudicó el monopolio de una manifestación al compatriota. Bartolito era un nombre que nos sonaba á inmortalidad y se le concebía con los prestigios del padre en traje de falansteriano. Nos halagaban su modestia y bonhomía. Los hijos de patricios, exclamaba Urpila, cargan una tonelada de humo; pero Bartolito, por cuyas venas corre sangre del que venció en Pavón y organizó á la república, que desde entonces es una é indivisible, es como uno de nosotros. ¡Así es el diamante, hermano, sobrino del carbón! dijo con

cierta vehemencia el que daba lecciones de gramática. Farra aprovechó aquel momento para despolvar una de sus composiciones predilectas y declamó *El mendigo* á todo pulmón, lo cual no produjo asombro en doña Gabriela, acostumbrada á aquel altisonante verborreo, para ella menos agradable que una cacareada en coro de sus gallinas. Había que andar de priesa. Recordad al reloj de la Universidad de Oxford dijo Urpila, y decidieron asamblea extraordinaria, ahí no más, fieros como estaban. La presidencia apologó los méritos y mediante un hábil cubileteo de palabras que pocos advirtieron, pasó de Bartolito á Bartolomé é hizo la biografía de Mitre, proclamándolo candidato á la presidencia de la República. La asamblea que estaba sentada, se puso de pie y aclamó con gestos y gritos que asordaron las paredes, el nombre del futuro presidente. Cuchi en aquel arrebato de entusiasmo, propuso la adquisición de un retrato que se colgaría en parte visible; Boticelli protestó contra los ídolos; con el talento digno de un alcalde de Aragón, demostró la conveniencia de aplazar la compra hasta que la opinión pública se manifestara de una manera más ostensible. En ese momento, por último, se trataba del hijo y no del padre.

Farra, interesado en redactar un documento que lo perpetuara en la biblioteca del General, propuso la entrega de un pergamino con la firma de todos los falansterianos sin excluir las polleras. Bocaccio notando en sus compañeros una impulsión incontenible á gastar, observó con una sensatez insospechada, que el objeto era un saludo al ilustre huésped; los pergaminos conmemoraban hechos de cierta índole no el desembarco accidental de una persona. En consecuencia, su opinión era que se designase á Father, el más representativo de la Asamblea, (el Fiero mostró los dientes y Farra tosió) para que en un discurso á nombre de las colonias, diera la bienvenida á Bartolomé Mitre y Vedia.....

—¡Iremos solos! murmuró Bragheta, algo picado por aquellos favorecimientos que hubiera deseado para sí á costa de un fiasco que nos hubiera metido en un cuero á todos. Porque nos escocían las derrotas.

—No; vamos todos.

La última frase disipó la atmósfera de atufamientos que se condensaba en la calva de Father y se convino anunciar la manifestación para las 8 $^1/_2$ del día siguiente. Santa Elena, Peito y Ortilla tomaron sobre sí la tarea de conmover las colmenas que debían concurrir enjambradas como en tiempo de elecciones para que la manifestación fuera digna del renombre de la escuela que no echaba en bolsas horras los sentimientos patrióticos.

Aquella noche (la Bevilacqua cantaba «Aída») Ortilla y Bragheta escalaron el paraíso para verlo, echando la cabeza afuera de la baranda. Vestía traje negro; saco y chamberguito. Ocupaba una silla allá, en la platea, entre la multitud, sólo, incógnito. ¡Nadie le conocía! Sí; su estatura, sus bigotes, su aspecto tenían poco de notable; ni bastón, ni guantes, una ropa que no conocía la plancha y una cara que manoseaba poco el barbero. ¡No parece hijo de Mitre! decía con asombro Ortilla. Tales hábitos en un hombre como Bartolito, ponían fuera de quicio la admiración de Bragheta á punto de estallar en una interjección que lo señalara al público de aquellos palcos tan engalerados. «¡Eh, plutócratas!». Pero se contuvo. ¿Dónde estaba el humor de aquel taciturno y triste? De donde indujo que no todo sale á la cara.

La manifestación.—Las catorce provincias y un territorio, 180 evangelistas de color, tamaño y pelaje vario, desplazaban á las 8, de dos en fondo, por la calle Urquiza y entraban, rato después, al ancho patio del France, encabezados por Father y Bocaccio, ambos en tenida patria, es decir, de pava, levita y corbata blanca.

Aquella noche ensayaban el alumbrado eléctrico; al paso de los manifestantes se prendió un arco. Vistos de aquella manera parecían un ejército de selenitas, lo que dejó á Father tan satisfecho como á Jerjes cuando cruzó el Helesponto.

Un movimiento de curiosidad se produjo en los comedores. Hubo risas sin dientes y visajes de bellaco. Bartolito, acostumbrado por concomitancia á tales manifestaciones de simpatía, asumió el gesto de su padre arqueando las cejas y mirando como un ajusticiado al suelo. Father, á quien en estos casos, la emoción se le iba á las manos, comenzó el discurso con ánimo tranquilo y espíritu sereno. Si la memoria era á su edad un poco frágil, la entereza tenía, en cambio, fémures de hierro.

—Señor Bartolomé Mitre y Vedia: Claudio Caballero vive en nosotros, es un pedazo de nuestro corazón que late al ritmo de su pluma cuando narra las cuitas de la zozobra, las fanfarronadas del iluso ó las peripecias de una aventura. Ubérrima pluma, lector excelso, alma expansiva, franqueza y modestia sin las capciosidades de la hipocresía; conceptuosa videncia de los hechos, analizador profundo de los actos y criterio reposado para juzgarlos, ha hecho de *La Nación* una entidad, la cuarta fuerza, el coloso de Sur América, el baluarte de las ideas que no conocen lodo. Señor Bartolomé Mitre y Vedia: etcétera.

Se aplaudió sin economía.

Bartolito alzó los ojos, ojos fríos, ojos tranquilos, ojos nazarénicos para quien ignorara que tras aquellas pupilas irisadas de azul, ardía un alma latina como la de todos los que viven en el mundo un ideal, y contestó sencillamente fácil al discurso de Father.

—Mis amigos: No esperaba, debo confesarlo, tan complaciente manifestación de aprecio. Excede mis méritos y los límites del afecto; excede los límites de la bienvenida. Estos actos espontáneos y animados de un sentimiento colectivo inesperado, dejan una vibración

de gratitud inextinguible. Las agitaciones de la vida, sus tristezas y sus ilusiones, carecen todavía de la fuerza para velar la imagen de momentos gratos como este, cuando éste sea recuerdo. Los recuerdos ocupan siempre un lugar de preferencia en el corazón manchego, fantasista por temperamento, pero cuerdo y sin dobleces cuando lucha en la arena de los principios. Hé ahí la vida. Mi palabra, modestia á un lado, tiene la virtud de no encender el entusiasmo; mas la juventud, que sois vosotros, es en estos momentos la esperanza, á vosotros convergen las miradas. Y calculo, pensando con reposo, que el país renacerá al calor de vuestra sinceridad y entusiasmo. La paciencia es envidiable en los chinos. Pero si fuerais chinos, en estos momentos de prueba, me imagino, á todos los imperios iríais menos al de la resignación que lleváis escrita en la bandera de vuestra misión de maestros, noble y regeneradora, cuando la paz no lleva en sus entrañas las abominaciones de ese incondicionalismo que emponzoña, enerva y pudre. Historiar la institución que os forma es, para este instante, un asunto grave. Ofreciéndose á propios y extraños tan digna, sería absurdo dudar del porvenir. Aspero es el camino y rudas sus fatigas. La transición de la república posible en las actuales circunstancias, á la república verdadera, sol de libertad, de igualdad y de justicia se hará, no lo dudéis, por la acción modesta, grande, silenciosa y constante de la escuela, cuando en ella trabajen elementos preparados como los de la casa que goza de justo renombre. Los resultados alcanzados son indicio del resultado final. Si el terreno es todavía abrojos y bajíos se ve ya surgir en él por todas partes, la planta sana y robusta que ha de transformar á la corta ó á la larga, todo, según sean los hados más ó menos propicios... Lo dicho está bueno. Pero yo no lo estoy tanto como quisiera con vuestra amable cortesía en un punto que no es el de mi gravedad, para responderos con la atención que las circunstancias exigen...

La inconclusa perífrasis, ilustrada con ademanes que indicaban la puerta, nos decía: no tomaréis cerveza. Aplaudimos y esperamos... que *La Nación* hablara de nosotros.

Una voz dijo: ¡Que hable Teruzzio!

La horda hizo eco. Father, que estaba á su lado, dijo: abstente. Pero Bragheta advirtió de mal talante el consejo y juzgó ominosa la obediencia al egoísmo de que daba pruebas el presidente para figurar solo en las crónicas Y sintiéndose capaz de coger al toro por las astas, echó las prudencias á la barriga y dijo:

—Señores: ya que á hablar se me compromete...— el orador, trabada la lengua, sentía en la garganta un nudo grande como un coco.—Señores,—volvió á repetir—ya que á hablar se me compromete...

—¡Tomá, metete!—gruñó con incontenida satisfacción Father. El asunto no era soplar. Ahí chamuscado el coraje, Bragheta enrojeció como un rábano viendo lejos la esperanza de exprimir las uvas de la celebridad por vía oratoria.

Trabajo sin fruto.—Farra, practicante de Geometría en 5º, dirigido por Petrona López, no extraía, á pesar del estro y su cariño á las musas, sino ceros de la presuntuosa pluma de Petrona. La mostaza le empepinaba las narices; á cada instante vertía un morral de improperios contra las solteronas que, excediendo los 35, pesaban más de ochenta y cuatro, sin que por eso, le merecieran otras consideraciones las flacas. La mujer ignora el justo medio. Petrona tiene blandos los sesos; confunde circunferencia con círculo y radio con apotema. No se conciben dislates de ese volumen, sino como exigencias de comezones secretas. La mujer pasada es una zebra. ¡Ay Petrona, que no haya quien te coma! No quiero verte y me llamas ¡ay! para recriminar mi infrecuencia y reconvenir la situación de mis botones. Después de esta descortesía

al chaleco, la sonrisa borda tus labios y una aurora otoñal tiñe grandezas de tiempos que pasaron y volverán ¡ay! tristes, en sus recuerdos. — Te aseguro que hago esfuerzos de elefante para no parecer carnero.

Casi estoy por creer, Benicio, que no hay mujer como la negra. Su corazón es una gama de sinceridad tan variada como sus colores que desde el ébano y el chocolate hasta la arena roja de las pampas pasan por la naranja de Pernambuco y el café molido de la brasileña, sin menoscabo de la fidelidad. Una negra se parece á otra negra por la fidelidad; Petrona es una cogijosa petulante dedicada á la literatura heteroclita que se le debe mandar al membrudo soneto de Villegas, corregido y aumentado; escribe un libro que verá la luz cuando las canas hayan ferrado su sensibilidad por lo que *potes contingere*. La megalomanía es un achaque de las viejas y no hartadas.

— A mí me importa un rábano, dijo el Fiero.

— De las histéricas, agregó Cochón.

— De las ninfómanas...

— De las insatisfechas.

— A mí me importa un rábano (que los hubiera comido).

— Les viene el ansia de morder...

— De agarrar, dije, acordándome de Robustiana.

— Se enconan, buscan una resistencia.

— Se androginizan; no han sido vencidas, necesitan vencer.

— Pero como esa proyección masculina no llega hasta el estudio que entiesa, se vuelven impertinentes, irritadas y domonas.

— Denigran, ofenden, hieden.

— Se elevan, nos hunden.

— La emprenden contra todo lo que es punta.

— Aman ú odian. Esclava ó reina. Petrona es una mujer hermosa como una osa.

—De una mirada, un cuento; de un sueño, una historia. ¡Exorbitantes! Necesitan un masaje ginecológico.

— Bocaccio, presta la boca para ladrarlas.

—¡Amables hienas!! cantó Ortilla. Ortilla respiraba por huracos que con empeñosa diligencia ocultaba.

—Dile á Petronita que tome baños de asiento y lea las pastorales de Longo en un corral de chivos donde pueda admirar las barbas del ponderado cornígero de los matorrales y seductor de ninfas. Si no cede, que visite á Lemos el boticario y se haga poner el rótulo del correntino. En aquel momento, el llamador anuncia un candidato que pregunta por Otamendi. Interrumpida la conversación, Farra se interna con el recién llegado en la pieza que solía servir de fumadero.

—Vengo á que me haga un servicio Vd. que es joven de avería.

Farra, á quien sonaba mal eso de *á que me haga,* embalijó sus escrúpulos al advertir un canastillo de preciosas naranjas y entregó el alma al hombre.

—Mi mujer ha tenido ayer un rorro...

Farra abrió los ojos como una foca y más rápido que el pensamiento evocó el pasado y calculó la fecha de sus descuidos...

—¿Se sorprende Vd? Pues es cosa tan natural que mi mujer tenga un hijo gordo, lindo, parecido á mí; y quisiera que lo supiese mi hija que no vive acá; toma campo en la Tosca. Pero es todavía niña; y quisiera que lo supiese con cierto disimulo. Quisiera, además, darle un nombre. El interesado, cuyo genio daba en la manía de buscarlos, dijo á Farra que sus gustos eran griegos, un nombre que significara belleza, tul, flor, ojo, sangre. Farra, cogido en camisón por el simbolismo, aceptó la coyuntura de voznar en una obra á cubierto de críticas y escribió, después de pedir antecedentes

Querida hija:

Ayer llegaba á las 4 de la tarde—hora matinal en el viejo continente—de los cielos una colodra (por eso cuando vengas hallarás tres tinas una más de las que teníamos) con Callos de Narké; cuando tengas más edad y comprendas á Esquilo (porque serás escritora, tu frente es ancha) sabrás que quiere decir belleza soporífera, (no leas callos porque huele á tu tío Donato). Por una fácil prestidigitación de ideas, de sopor, se llega á negro para no desmentir la paternidad.

Te escribo así porque eres inteligente y formal como tu padre. La hoja traía cinco kilos de carne con gordura, de donde induzco que Dios se regala con novillos de la cabaña del príncipe de Gales. Además, ocultos bajo el discreto pámpano, dos duraznos cuyo tamaño sorprendió á tu madre, que es mucho decirte. Cuando cuentes estas maravillas del aire á la corte en que vives, lo harás en tono trágico; pero si notares exclamaciones y risas, baja al común y narras la historia con la elocuencia que acostumbras.

Tu padre—*Urbano.*

—Tome, don Urbano; á través de estas páginas no se trasluce ningún nacimiento.

Don Urbano tomó la carta, dió las gracias y se fué con las naranjas, acto que dejó salivando al poeta.

Aventura de las naranjas.—Branly soñaba todas las noches una caída; pero antes de dar las narices en las piedras, echaba más alas que un cóndor y transmutado en ángel cerníase en una atmósfera de rojo y gualda, deliciosamente tibia. Ortilla se soñaba cogido por un toro ó en las barbas de un asesino de los que no podía huir, ya porque las piernas se le acalambraban, ó ya por-

que no conseguía cabalgar un cerco para tirarse al otro lado. Por último, acudía al revólver, pero no salían las balas. Con un cerote fenomenal recibía la cornada entre las piernas y se despertaba sin más averías que el pulso agitado. Los sueños de Bocaccio con el otro sexo, son fiestas de guardar. Amanecía con los ojos turbios, la boca seca y las manos doloridas. Los míos me daban temblores por la suerte de este libro, que parece pintar á veces mucho, á veces nada. Sigamos.

Eran las 12. El Fiero, desvestido, preludiaba la siesta; un avance en alta voz de doña Gabriela, puso en són de guerra la boca del falansteriano que la llamó vieja impertinente. Tal galanteo no tomó desprevenida á la vasca y trenzadas, se arrojaban las lenguas feroces calificativos que daban siempre en el blanco. El calor de la verborización competía con la del sol; «negro estúpida» gritó la casera. La verdad, escociendo, puso de pie al latinista, que consumía un jabón cada domingo para blanquear sus cachetes. Teniéndose con la izquierda los calzoncillos y blandiendo en la diestra un revólver, corrió á la adversaria hasta la cocina, donde, mediante el concurso eficaz de una escoba, el perseguidor volvió grupas, escaló una tapia y apareció en el techo desde donde, bajo los rayos calcinadores de Febo, fulminó á doña Gabriela con un sermón que ella no pudo vengar sino con esta frase: «Alzate calzoncillos que tenés caídos».

Mientras tal escena ponía en aprietos á las virtudes, Bragheta escribía á un amigo de la bella Italia, esta carta:

Boun Pin:

Merlasin casté de legnu
Quei de Pró ghe stan a segnu.

A le za tant'ani ca n' t' vegu! In t'ista fea ca pa una rousa ca n'ferma mai, de vote i rumpan a bussa, e ou sgua u qêu, ma us drêuba i êuggi e us vega pu in la da scioghenda. U pa una mussa. ¡Ma! I sarveghi n'ghen; us vena dande ou n'se cougnessa pulenta ne scarpe rutte. Us mangia figasse d'gran e fette d'mansu! A sounnu a troumba! Sa fusse là a spaventu: una giacca fin á e zunegge; braghe nêuve e ben cusie; camisa dùa coumme una toa; ún anné d'óo in tu dio e ceo senza stupein. To pae l'stó un osé.

U moundu n'lé paeggiu in tútte e parte, ou disé bounanma de to msé. U pé dilo forte. Csi chei où lampesa e trounna per tútti. I diné i s'guagnan a scorbé s'un s'e orbi e ciule. Eh! A Mérica á a óo e ae per chi n'vêu.

T'salúta

Teruzzio.

Como para no olvidar la *terra* que asomaba con frecuencia á sus ojos licuada en gotas de rocío salado.

Y del frente, el perfume de un arrayán en flor excitaba los nervios de la pereza vagabunda. Además, una temperatura, una atmósfera, un sol primaverile, *spazii ceruli, linguaggio d'amore* que exigían una aventura para poblar de verde la inconmensurable pampa del cerebro estenuada por involuntarios ayunos y tostada por lámparas municipales al servicio doméstico del álgebra. Era la 1. Llegó Quíjote y dijo: vamos á comer naranjas. Mientras, con la varita señalaba el infinito. Electrización de deseos. Bocaccio apagó el fuego y los diez salimos formalmente comprometidos á no ventilar ecuaciones. Se abriría apetito buscando analogías entre la alfalfa y el cielo y be-

biendo el aire filtrado por los cercos. Bragheta replicó que para hambre, bastaba la fonda donde no se comía sino yuyo cocido; él se hubiera contentado con pan. ¡Pan! Pero ni pan ; de modo que para abrir, mejor era quedarse. « Las Horas Pasan » no encontró defensores, mas sí, un coro de estómagos condenados á digerir las miradas de las dos inconquistables hijas.

Después de veinte minutos de marcha, entramos á un callejón de pendiente que dividía en dos una quinta cercada de cactus y añapinday, pero con portillos á través de los que nuestros ojos advirtieron naranjos con el fruto de sus calaveradas en plena madurez. El gozo bordó arabescos en nuestras juveniles caras y Urpila alcanzó, en un momento de expansión estival, á oir el coyuyo. Así que nos alejamos cien metros de la casa, el verde de una planicie decía tírense. ¡ Alto ! dijo Quijote. Aquí es. Sin cuidado muchachos. Los caballos andan sueltos y las lanzas clavadas. Son los campos elíseos. Entrad, coged, traed y comed. Seguridades de hombre tan corrido, desparalizó las piernas y todos, incluso Urpila, entramos á descolgar media docena de las frutas de oro. En verdad, dijo Bragheta, está esto cerrado con tanto descuido, que parece cosa del diablo. Y prometía á los árboles un diezmo cada domingo. En pocos minutos quedó la planicie cubierta de cáscaras sagradas. Sin respetos á la prudencia, la conversación se hizo jovial y papagayera. Entramos de nuevo ya sin agacharnos y silbando motivos de óperas diversas mientras llenábamos, con un tino calabrés, cuanto bolsillo ocupable tenían nuestras ropas. Peito tendió el pañuelo á cuadros con que enjugaba las lágrimas después de un estornudo. Santa Elena recordó *in cuei fieri momenti,* una historia de su bisabuelo, cabo de Napoleón en Bailén, cuando cogía higos en España á la luna de Valencia. Farra se dió el gusto de elegirlas mientras á pulmón abierto declamaba la epístola á Horacio :

..... Recorrer contigo
Quiero las calles de la Antigua Roma ;
Con Damasipo conversar y Daro
Reirme de epicúreos y de estoicos,
Viajar á Brindis, escuchar á Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo á los Pisones.
Vengan dáctilos, yambos y pirriquios
Caldeados.....

—¡ Sin vergüenzas!

Una voz cortó el endecasílabo ; era del dueño cuya boca vomitaba un torrente de estrofas inquietantes. Farra dió vuelta; al verse en las barbas competidor de elocuencia tan insospechado, dijo saudades y con una velocidad desconocida en el gamo llegó minutos después á la falda opuesta con otros ocho discípulos de Bargossi.

Urpila, tres naranjas en cada mano pretendía, con argumentos de una sutilidad cartesiana, justificar aquel acto libertario y persuadir al enfurecido genovés de que no dijera tanta *madona porca.*

— Oiga, se las pagaremos. No tiene Vd. porqué enfadarse. Díganos cuánto valen.

—¡Ladrones, sin vergüenzas! ¡A un pobre hombre con hijos...!

— Mire Vd. que nos ofende...

— ¡ Canallas !

— Pero, señor, díganos cuánto valen...

— Se lo diré á la policía *e poi veremo!*

— Si no quiere Vd. decirnos cuanto valen me voy.

Corridos y jadeantes llegaron Farra y Quijote á la vera del café de las Bolas de Oro y aprovecharon las sillas que harto necesitaban de descanso sus piernas.

—¿ Qué desean tomar ?

— Hemos tomado. Las de Villadiego.

— Están Vds. chichones.

— ¿ Dónde chichones ?

— Bueno ; digan qué van á tomar.

— Bueno ; ¿ hay cerveza negra extranjera marca cerdo ?

— Marca Chancho.

— Mejor es zarzaparilla, dijo Farra.

— No ; denos bolita.

— Bolita no vendemos ; eso es para allá, para los carreros.

— Entonces tráigase dos copas de H^2 O.

Esa bebida no la conocemos y vayan Vds. á fastidiar á su abuela.

—Dentro de un momento don Policarpo. Tráigase agua que la pagaremos al precio que Vd. guste.

La visita.—Qué lindo es á la mañana
¿Ana?
A orillas del mar bravío
¡Dío!
Ver lejos hender las olas,
¿Sola?
La barca del pescador
¡Ooh!

El tiempo prometía una tempestad.

¿ Qué te parecen Alighieri estos ecos? Piso los umbrales de un descubrimiento, dijo Farra, que aprovechaba el tiempo con la esterilidad de un crítico.

—Esos versos son cojos.

—Cojos? No me los agravies, porque me empiedras la musa de mendrugos.

—Tú eres feliz porque no conoces más que un amor, el medular. Yo, en cambio.... sufro, apetezco la soledad, la prefiero....

—La realidad es dolor y el ideal es sueño (Fausto). Pero ¿cómo te enamoraste?

—Me vió. La ví. Nos miramos. La plaza; después la calle, después la esquina, después el poste.

—¿Pero no fué en lo de las de Bruno?

—Sí. En todas partes. Nos escribimos. Un abismo nos separa. Y nos amamos como las flores de un mismo gajo.

—Infinita bondad de lo increado. Voy á corregir el último eco. La causa de todos los males son las orejas y los ojos. Humo y cañón á las retinas y caracoles.

¿Por qué amar? me dije: ¿por qué esa fiebre torturadora que enloquece? Ante lo imposible me desesperaba. Tú, Aída, eres culpable; tú me sedujiste, tus miradas, tus ojos, tu frente, tu bondad, tu corazón demasiado grande. Encendiste en mí una hoguera y naufrago sumadas en mí todas las incapacidades: la de olvidar, la de vencer, la de amar otra que no seas tú. Después de besarla en su retrato, apostrofaba sus ojos, ojos de bondad, ojos de tempestad. ¿Por qué el destino llena tan cruelmente mi pasión de infortunios? Era mi alma una desolación. Las crisis torturaban mi espíritu con frecuencia y las calmaba el llanto, ese discreto refugio de los que sufren. Su imagen estaba aquí, fija, intensa, luminosa, tenaz, guerrera, triunfando de cuántas pretendían imponerse. «Soy tuya, contra todos los vientos, contra todas las fuerzas, contra el concierto de todas las voluntades que pretendieran romper este afecto que te he jurado. Espera y no desesperes» escribía en sus cartas llenas de una emoción idálica que fortalecía como el perfume de una flor. La mujer es capaz de recursos insoñados por el hombre, cuando en su pecho la llama de sus profundos sentimientos arde. Aída no ignoraba mis éxitos; esa arma esgrimiría contra lo incoercible. Doblaría la voluntad de sus padres. Con aquel instinto propio á su sexo, veía claro mi porvenir. Ella no amaría jamás á otro, moriría estéril si no había de vivir para mi gloria, para reflejar en mis creaciones su rostro

de nobles serenidades; eran dolorosos y tiernos mis días. «Si me olvidaras corazón mío, como yo te he querido, desengáñate, así no te querrán!...»

Era la tarde del paraíso desolada por la garúa; á punto de comenzar mis compañeros un *tutti*, el cartero trajo un sobre. Letra de Aída. No me estremecí. Acostumbraba á recibirlos, dentro, con la carta, un alelí, fidelidad, en el lenguaje de Aída. Le rompí, extraje la tarjeta y leí. Mis ojos se nublaron. Sentí en todo mi sér un extraño despertar de energías que me obligaban á caminar, á salir, á tararear sin contralor conveniente, incontables motivos de romanzas y tangos.

—Doña Gabriela, ¿se imagina usted lo que dice aquí? Cree Vd. en Dios y hay ángeles en la tierra; blandas estrellas, glaucos decorados, arpegios de los soles! ¿Qué le parece la noche para dormir en la toronja? A su edad, doña Gabriela, ni un hijo que la fastidie!

La pobre vieja dejó el rosario, arrugó el ceño y me miró con cautela.

¿Qué estás vos diciendo muchacho?

—*To be or not to be. Credo in un Dio possente* y diafanizado por las etéreas ondas del infinito. Oh señora disonante. *A domani, oh cara.* ¿A qué no sabe lo que dice aquí?

La lectura produjo en mí un estado ambulativo que hubieran envidiado todos los hemiplégicos de la tierra.

«Federico: esta noche te espero. Ven á visitarnos».

Tu *Aída.*

No podía ser más elocuente, lacónico é imprevisto. «Ven á visitarnos». De manera que sus padres cedían después de tres años de inductibilidad, amenazas y prohibiciones.

Y, ¿Qué dice la Beatrice, Alighieri? interrogó Planes al verme tan movedizo con aquel sobre entre los dedos.

—Belle nouvelle!

— Sí, ché ¿cuál, ché? á ver cuenta.

— Esta noche voy. *Vado á farmi un bel viso.* Tomé el sombrero y partí para la barbería.

Hecho un Adonis, apenas comí, porque, no había que comer para aquel estreno donde era necesario solicitar permiso al Tacto para no echarlo todo al arroyo. El reloj de la catedral de la que no quedaban sino las torres, dió las 8 y atravesando las calles con mucha precaución para no salpicar los charoles, llegué á la puerta que tanto habían hurtado mis ojos, al umbral que nunca habían hollado mis pies. Oh, qué grande la emoción del primer encuentro con los padres. Hallaba la noche llena de encantos; la llovizna polvo de plata, una fantasía feérica la calle con las luces reflejadas en los charcos. Dos golpes casi tímidos del llamador, me anunciaron.

Se produjo un rápido haldeo y ella me recibió yo tomando su mano con las mías, mientras un nudo en la garganta nos ahogaba. Entré. Aquella sala me era desconocida. Pero todo estaba dispuesto por alguien que había trabajado con afán la tarde. Un piano, dos espejos; un juego de retratos; sobre la consola el mío y el de ella. Una araña de cinco luces al iluminar la alfombra bañaba de reflejos salmones las paredes salpicadas de cuadros, porque ella pintaba, sobre todo, flores. Ninguno de los dos atinábamos á hablar.

Ella comenzó.

—Estás aquí. Un sueño ¿verdad?

— Sí Aída, un sueño ¿Y tus padres?

— ¡Ah, mis padres! ... Vendrán; un momento más, y los conocerás.

— Entonces...

— Entonces, ¿por qué dudabas, por qué eras celoso?

— Aída, no sé lo que es una mujer. Sé que te amo con locura y nada más. Tomé su mano y la besé; beso tierno, beso largo, beso lleno de todas las virtudes de que es capaz el corazón del hombre cuando ama. *Le baisé*

le point rose mis sur l'i du verbe aimer. Mis lágrimas corrieron.

—No seas tonto, me dijo. Tuya, ¿oyes?

—Pero, este enigma, y tus padres?

—Vas á conocerlos....

— Basta de chanzas.

¿Cómo se explica un consentimiento...?

— No preguntes. He convencido, he vencido. El porvenir te sonríe, nos sonríe. Eres simpático. Te quisieran rico. Pero demostré que la riqueza. .... Bueno; lo sabrás después. Además, les dije: con él ó con nadie. Pensadlo. Lo pensaron. Y era ya tiempo porque, seguro, me hubieras olvidado ¿eh?

— Olvidarte, Aída?

— La mujer es más constante que el hombre.

— Yo no soy ese hombre; pero qué guerreadora que estás.

— Sí, tengo ganas de pelearte para que no vuelvas á dudar; mi sexo no engaña.

— Así no piensa Quijote.

— ¿Quién?

— El héroe de Cervantes, un libro que aletarga... á las niñas.

—¿Crees acaso que no lo he leído? Lo tengo con figuras, figuras enormes.

— Ah, sí, lo has leído con figuras.

— Psh! Ahí viene mamá ....

— Mamá, Federico.

Se abrió una puerta y la madre de Aída apretó sonriente mi mano é interrogó mil cosas á las que contestaba con la mayor solicitud. Hablamos, hablamos mucho; lo que se habla en salas; asuntos que no interesaban á los tres, que á los tres aburrían, que de muy lejos comentaban lo que realmente vivía en nuestros corazones. Las pupilas de Aída, las mías eran los extremos de un haz tan denso de miradas que podía sostener el peso de todas las desdichas. La prudencia exigía tacto. No

bien tomé el té, me despedí hasta el domingo. Ella me acompañó hasta la puerta. Apretó mi mano con toda la intensidad de su cariño y apenas nos digimos adiós. Al llegar á casa, dí en la puerta con Quijote que al favor de aquella misma tempestad con que Otello volvía al Orfano vencedor, él volvía con dos gallinas bajo el poncho.

Ad Gloriam Vitae.—Pasamos, incluso Machuca y Tita aplazada en matemática todos los Diciembres. Cochón era el único diez del año, en inglés porque leyendo «We are told that the Sultan Mahmound» remedaba con tal gracejo á mister Goldney, á quien faltaban incisivos para mordernos, que mister Goldney se permitió llamarle, un día en que estallábamos de risa debajo de los pupitres, el Rosberry de la dicción. — El acontecimiento exigía una celebración báquica para la que encontramos, sin esfuerzo, adherentes en todas las colonias y cursos.

Elegimos una quinta, ocho cuadras al oeste del observatorio. Las seis de la mañana, marcaban las agujas de mi reloj cuando despojándonos de nuestras camisas, tendíamos campamento, cien estudiantes (más ó menos) á orillas de un arroyito guarnecido de sauces coposos aunque parezca mal decirlo. La hora exigía una libación; tres porrones de ginebra tostaron la lengua á más de cuatro que no la habían probado sino con los ojos y á otros tantos puso en babia. Observé con recelo desusadas familiaridades con los cuchillos... Circularon los mates.

Sobre la verde yerba, á guisa de tapetes los sacos, se organizaron grupos de jugadores á las barajas. Otros, después de limpiar el suelo, formaron para la taba. Otros, se perdieron en los montes con rifles de montecristo. Otros, ensayaban la puntería en tirar bolitas de papel mascado. Otros, con el revólver apuntaban sobre blancos imprevistos, al pájaro, á la flor, á la rama al

terrón; otros se disponían sacar todo el provecho á la sombra de los árboles, que maldijo Carducci Los estudiantes tienen diversiones extrañas cuando salen á tomar aire. Juzgamos poco tranquilizador aquel florecimiento de solaces atávicos que creíamos definitivamente muertos por la acción antinómade de la escuela. El carro de vituallas fué recibido con gritos que recordaron á Namuncurá. Encendiéronse los fogones y seis falansterianos tomaron sobre sí la tarea de asar los cuartos mientras las punzadas del hambre y la sed anticiparon una acometida al pan, al salame y á las damajuanas lo que motivó la protesta de Urpila anheloso del respeto al vientre de los que pescaban, cazaban y conjugaban otros verbos por el monte. Una bala perdida cayó sobre el as de bastos que acababa de tirar Bocaccio, esta vez, sin funciones culinarias, lo que produjo un ¡Eh! de pánico y aprovechó Father para prohibir con el asentimiento de los jugadores, el uso de armas de fuego en un radio menor de cinco cuadras. Serenados los ánimos se reanudaron los *trucos*. Un correntino puso á disposición de las hueste un fajo de cigarros que de Caa-Catí le enviaba la tía, hechos por su misma mano. Santa Elena, juzgándolos del punto de vista económico, decía que para ahuyentar mosquitos eran tan eficaces como la leña de oveja.

Machuca, que generalizaba siempre los casos — así, decía: nadie supo la lección por yo no la supe ó los profesores son unos brutos por yo soy un rudo — no podía explicarse porqué el Fiero obtenía clasificaciones altas en Canto y Zoología y se permitió chanzas que esta vez no irritaron al interrogado.

— Ché, Fiero, cómo es que el hombre desciende del mono?

— ¡Hi, Han! Pregúntaselo á Soler. El asno acababa de dar cuatro vueltas al establo y luego que roznara, tuvo la bizarra idea de elevar los ojos al cielo como un hombre y descubrió en el techo de su cabaña un anima-

lito cuyos ojos brillaban vivamente, mientras con una mano se mesaba los pelos blancos de su mentón.—Es el director del Jardín Zoológico, dijo el asno. Buen día Señor.

—Yo no soy señor, yo soy un anthropopithecus calvus.

—¡Diantre! Y agachando sus clásicas orejas, volvió el hocico al suelo.

—¡Psh! chistó el del techo.

—¿Eh? Es curioso tu parecido con el doctor.

—Los ignorantes me llaman mono. Pero si os place, en la intimidad seré Ki-Ki.

—Como gustes, dijo el juez de Orfeo, cuyos lomos la mano de Hugo habían sobado.

—Dime ¿Cómo explicas tú, dijo el filósofo de los alfalfares, eso que dicen por ahí de que el hombre desciende del mono?

—No debiera contestaros desde que me confundisteis con el director. Pero gozáis de una fama harto apetecida (por vuestra especie) que obliga mi respeto; justo es que exponga entonces sabia y honestamente los principios á que aludís. Pero antes, si sois complaciente, prestadme vuestro lomo por unos instantes.

—Gustoso, señor Calvus ¿pero con qué fin?

—Para sentarme. Me encuentro muy fatigado. ¡Oh, oh, oh! ¡Qué abundancia de apófisis!

—¿De qué?

—De apófosis. Vuestra columna vertebral produce en el traste la sensación de una navaja.

Ki-Ki tiró de las orejas al asno con sus manos posteriores y con las anteriores se rascó la cabeza.

Y bien, dijo, la explicación es simple. Admitid que nos separen de mi nieto 300 mil años, un tiro de arcabuz en el infinito de los tiempos.

—¡Hi, han!

—No me interrumpáis. ¿Creéis posible que mi hijo nazca con 30 pelos menos que los que yo cargo?

—¡Hi, han!

—Bien. ¿Creéis posible que el hijo de mi hijo nazca con 30 pelos menos que su padre?

—¡Hi, han!

—Pues, seguid quitando pelos y llegaréis á Machuca en cueros.

La inesperada genealogía hizo cecear á Machuca unos cuantos ¡zonzos! que dejaron al Fiero más tranquilo que á la pirámide de Cheops.

El pan, el vino y el tufillo de los costillares que el fuego doraba, fustigó la flaqueza de cada cual. Cochón se propasó guañando como un animal de raza, mientras Peito calculando la hora, miraba el cielo y estornudaba llamando la atención; Farra agotó el respeto á sus poesías que en aquel entonces sumaban un gordo volumen inédito bajo el título de *Mis primeros volidos* y el Fiero, desde que conocía las dos maneras de pasar inodoro á las narices de la muchedumbre, bajar ó elevarse de espaldas en el pasto, se atajaba con el chambergo el indiscreto rayo de sol que filtrándose por entre las ramas hería las adyacencias y gustaba la *Imitación de Nuestro Señor Jesucristo* del padre Kempis. Leyendo al diablo pensó en el sueño de Cuvier: «Tú tienes cuernos, por consiguiente no comes carne y no te tengo miedo». Ortilla, pulsando la vihuela, tenía boquiabiertos á dos mendocinos que le escuchaban en cuclillas, aires nacionales. Bragheta, jugaba á las imágenes con estudiantes de primer año y los trataba de borricos.

—A ver. Yo digo: *blanca* y *tenue*... completad la frase.

—Leche... papel... cal.

—Leche tenue... Sois animales cretinos! Blanca y tenue como la pluma del cisne. ¿Lo véis? A ver otra.

La gloria es... completad la frase

—Sublime... la corona de los grandes... incómoda.

—Vaya. Vais mejorando. Pero si decís: «como el

vino, embriaga un momento» resulta una frase digna de Gargantúa, el autor de *Montaigne*. Ejercitaos porque la imagen es la vida de las composiciones, la dan colorido y mérito como las piedras preciosas al tocado de una dama. No digáis lo que primero se os ocurra porque seréis vulgares. Pensad y haced la frase como inesperadamente, espiritualizando lo material, materializando lo espiritual, así: el terrible mal se abre en el fondo de su corazón como una flor que sudara sangre. El epitafio se extiende sobre el muerto como un silencio sobre otro silencio... Id, melones, que en Valencia no los hay mejores.

— Lárguese otra, gritaban los mendocinos á Ortilla, que era siempre la pepa de musicales alborozos.

— Allá va, hijitos de mis entrañas.

Una vieja seca seca
Seca seca se casó
Y un viejo seco seco
Seco seco se quedó.

— ¡Ah tigre!

— Que te aproveche desde la boca hasta el 6º no exagerar.

Presta Bocaccio tu boca,
Cantar desolado quiero
Pesares míos y tuyos
Y los de Planes el Fiero.

En efecto, de las incursiones didascálicas el Fiero salió mal ferido de amor por la seráfica Zoe, antípoda, porque era rubia, capaz de derretir á un toro de Fages. Aquella evocación malhumoró á Planes y extrajo un apóstrofe que Ortilla replicó más veloz que Ezeiza:

Quereme como te quiero
Como te quiero quereme
Matame como te mato
Como te mato matame.

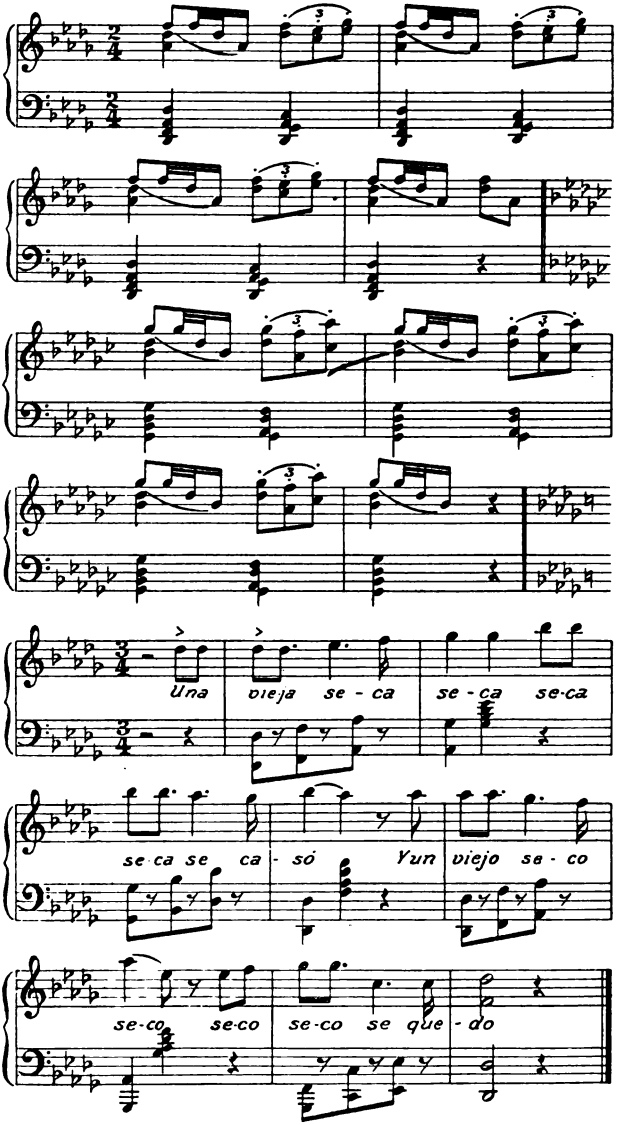
que puso fuera de quicio á los insaciables cuyanos.

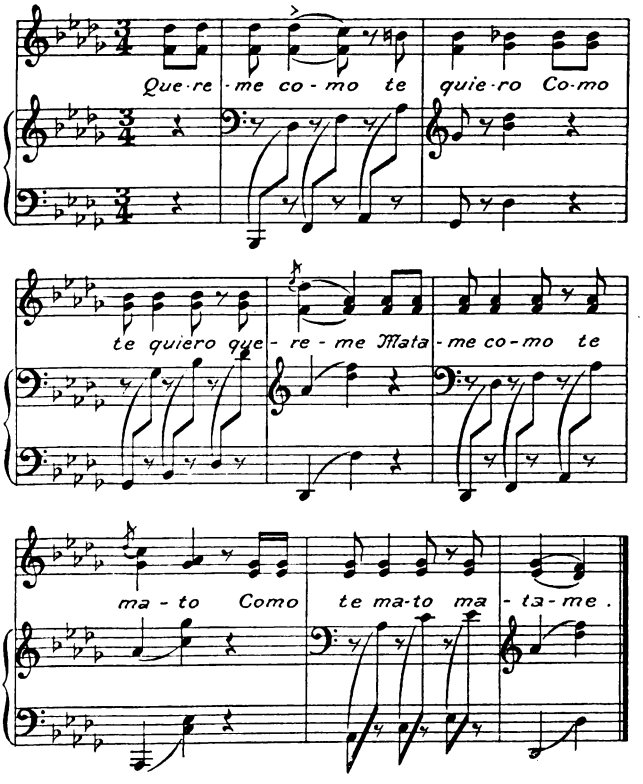
— Lárguese otra, gritaron á un tiempo.

— La chala no es maíz pisado. Con la cosa del estudio andan matreros los versos. ¿Han creído Vds. que soy ubre de vaca?

— Esos aires en estos aires entusiasman, dijo Bragheta, y quebrando juramentos que el tiempo ya tenía aflojados, pidió á Ortilla los tocara en casa para escribirlos; era una lástima que se perdiera tan poética melodización de la pampa hirsuta.

Dos días después los pentagramaba así:


Una vieja se - ca se - ca se-ca
se ca se ca - só Yun viejo se - co
se-co se-co se-co se que - do



— *Aprés tout* la hazaña de Wáshington el negro no es cosa de negros. — Dijo, estirándose, Machuca, el despachurrador de mosquitos, que concluía de ganar un *tutti* en que no se jugó nada. — Yo tengo un perro muy inteligente para correr á la gente. Un día arrinconó un

gringo en la rama de un sauce y lo asusta si no se cae. Figúrense, un mastín, un perro de orejas cortas, alto, casi un lobo, que mira como los granaderos; hay solteronas que se parecen al mastín en la manera de coger la presa y mostrar los dientes.

—Los dientes de Machuca buscan de comer—dijo Branly.

—Quiero comer. Quiero comer. Sí, quiero comer; son las 11.

Cochón hizo de una caja tambor y tocó llamada. Ortilla, aprovechando el compás de marcha, inició un coro de Giacomelli, *Las glorias de la Patria,* que á poco se hizo general y rabioso mientras los *chefs* clavaban en lugar aparente los asadores y cada uno se proveía de pan, tenedor y cuchillo para emprender la fuga en hambre mayor de Mangioni. La pradera verde, la florida y perfumada alfalfa del campo vecino mecida por esa brisa que el pulmón no se cansa de aspirar, ofrecían á nuestros ojos un mágico panorama sobre el que parecía cernirse el espíritu intenso de Falstaff.

Nuestra voracidad perdonó á los huesos su oficio de entretener á los perros, y en menos de una hora yacían por el campo trozos de pan, cascos de botella, fémures, damajuanas, asadores, papeles y estudiantes en plácida digestión porcina. Un grupo se dispuso á pescar ranas en el arroyo y otro á tomar derechos de posesión en un maizal vecino. De pronto, los alaridos y gesticulaciones de un joven que solía pasar inadvertido por su intelectualidad modesta como la de Altamirano y en el que no conocíamos sino dos habilidades truncas: las del caballo y del billar, puso de pie al campamento. Está borracho, decían los unos; le ha dado el mal, decían los otros. Su furia sin motivos no dejaba lugar á dudas.

—Al que raye; á mí no me pisa el poncho ningún tano sotreta. ¡Qué se han creído!

Desafío que puso los pelos de punta á Bragheta, pues

desforrando un cuchillo de la cintura cosió á puntazos el tronco de un aguaribay.

—¡Mamita mía! —y tirándose la barriga comenzó á rascar y llorar.

Abrigábamos serios temores por la integridad de nuestros cueros; era imposible acercarse y peligrábamos. Hizo de la camisa una bandera gloriosa, echando por la boca espuma. Bocaccio lo juzgó loco; el Fiero un ataque de epilepsia absurda. El sentido común de la mayoría diagnosticó un soberano peludo, recetando agua caliente, azotes y café amargo. Un segundo ataque lo puso de pie. Cuesta arriba era aproximarse, esgrimiendo aquel arcángel templado en malas intenciones. Ortilla tomaba á chacota la escena, juzgándola digna de Aristófanes. *Il etait tranquilement gris* y sentía incontenibles deseos de estar alegre.

—Ché, Juan, no seas loco; dame el fillingo y no bufes que te vas á marear.

—¡Hermanito! ¡Quién jugara como vos á la carambola!

—Bueno, Juan, no seas loco, dame el cuchillo.

—Hermanito, porque sos vos...

El cuchillo se hizo humo.

—Y últimamente, me zurro en Bocaccio, el Fiero y toda su casta. —Y cazándole el mate y la yerbera los estrelló contra el suelo.

—Agarren á ese tipo y ténganlo entre cuatro —gritó Father irritado como una cucumaria.

Obedecida la orden, Juan, tendido de espaldas, hacía esfuerzos de león para desasirse de los chilenos, sacudiendo patadas á daca y daca. De un puñetazo estiró el carrillo á Peito.

—¡Ahí cayó! —dijo Juan. Peito lo volvió en la misma moneda. Se trajo agua caliente y se le dió á beber. Rato después volvía un pedazo de nalga, el vino y la ginebra á nuestra madre naturaleza y se entregaba á un sueño profundo. El incidente había indigestado;

ya no se pensaba en entretenciones y de bastante mal humor dispusimos el retorno. Acomodamos las piltrafas, se cargó el carro y Juan se despertó.

— Ché, ¿ qué es lo que ha pasado?

— Nada — contestó Peito — salvaje del cuerno.

— Caramba, he perdido mi cuchillo.

Las gallinas que con tanto afán rapiñara Quijote á Bruno, cuyas hijas ya no tenían intereses con Chistera, dándoles de comer granos de maíz alcoholizado ó pescándolas á través de los cercos con anzuelo, volvían á los falansterios para regalarse los estómagos siempre tiburonianos de los Cutiellos, los Bragheta, los Cochones después de abrir apetencia con agua fresca y pasto en «Las Horas Pasan».

IV

El motín. — ¡A qué horas!

— Vengo bien comido.

— Como no sea de piojos.

— De la casa de un amigo, contestó Farra, cebado á cuerpo de rey; me han nombrado maestro de la escuela de cárceles y tengo la panza llena de logaritmos como Lauría.

— De $P^2 + K^2$, agregó Mega, el amigo del Dr. Soler.

— ¿Cómo escribiríais 34 con cuatro cifras iguales? No lo sabéis ¿eh? Pues $33\,^3/_3$.

— No necesitabas orines para juntar ese fósforo.

— ¿A que no sabes de cuántos bocados se come un pastel?

— A que no sabes este problema: un cazador recibe 100 $ por 100 piezas; ¿cuánto debe dar de liebres, perdices y pajaritos, las primeras á 5 $; las otras á 1 $, los últimos á 5 cts?

— Psh, $x + y + z = 100.$

$5x + y + 0.05\,z = 100.$

$$x - 5x + z - 0.05\,z = 0$$
$$0.95\,z - 4\,x = 0$$
$$19\,z - 80\,x = 0$$
$$80\,x = 19\,z$$

19 veces los pajaritos son 80 veces las liebres.

Pajaritos 80, liebres 19, (. . . .) y la perdiz.

—Qué gracioso.

—El mundo es una comedia, ché.

—Lindo país es el de Chinchón, allí no hace frío.

—Ni ladran los perros.

—Ni hay maridos.

—Ni dulces de morondanga. Pero solteronas de alto bordo y mucha popa que gruñen, aúllan, mugen, graznan, según sean hienas, toras, harpías ó chatas; y sopas de San Jerónimo adonde hay frailes como capones (nunca pudo saberse qué quiso decir con esto Quevedo).

Después de todo, éramos felices. El señor Cochón, admirador incondicional de los pelos que como pasto crecían sobre su cuerpo, destinaba parte del ocio á abrillantárselos con friolina, á domárselos con el peine y á humanizárselos con rosiris, sofranor, trefle, azurea, para parecer un oso hermoso. Soplaba en la colonia una brisa tórrida de inconfesables propósitos. Nunca los libros del Director se vieron en una cerrazón tan compacta de invectivas. El primer rezongo lo disparó Ortilla. A medida que el trabajo llegaba á su término, las protestas se metabolizaban en caprofonías alarmantes para la integridad del curso. Father había llenado de letra menuda una sábana de papel y faltaba la colcha. Fiero, después de garabatear media página, encajó la lapicera detrás de la oreja para leer á *Plauto y su Siglo.*

—Ya no hay Escipiones.

—No seas loco; concluye tu trabajo.

—Que no jorobe; yo no resumo tantas sandeces. Tengo 20 años, es sábado, conjugo tres verbos y mañana voy á la estancia de Racedo.

—Te acompaño.

—Te acompañamos. Ciento cincuenta páginas..... *¡farfalla che svolazzi nel mio cervello!*

— — · — · · — · — —

Father protestó por las sandeces.

—No estamos para arroces; la Pedagogía nos seca el quilo. ¡La Pedagogía!

— No hagamos nada.

— ¡No hagamos nada! Se nos desalienta la voluntad, ese tren que lleva sin dobleces de mejilla, á la conquista de las escarpadas.... (aquí no supo que decir).

—¡Nada! dijo un coro de ecos.

— — - — - - — - — —

— Y compelidos á una explicación ¿qué argüiríamos? preguntó cachazudamente despreocupado Farra, mientras tiraba de un tincazo la colilla de un cigarro.

—Bien, mal, como, cual, así, tanto ó nada, la daríamos.

—Con un adverbio preventivo.

—Y una galleta en perspectiva.

—¡No pueden echarnos!

—A todos.

— — - — - - — - — —

—Todos! todos!

—¡El que no está conmigo es mi enemigo; lo trucidamos!

—No hagamos nada. Y, últimamente, se olvidó de darnos papel.

— Sí; se olvidó de darnos papel.

—No hagamos nada. Si el señor Carbó las tiene de plomo, nosotros las colgamos de fierro. ¡Qué pucha! Tú te encargas de tu rubia; tú de la de las antiparras, y tú de las que indigestaste el año pasado con ecuaciones. Y la que no entre la declaramos huérfana de nuestras miradas. — Y nos echamos sobre nuestros sofás domésticos, ya duros como cuero de hipopótamo.

Ortilla de espaldas, silbaba en el alfabeto Morse esta frase: *No te metas.*

—La Energía y la Vanidad mueren las primeras, la, la, la, la, la.

Bajan sus alas sin advertir, la gallina y la perdiz, la, la, la, la, la.

Una nota guerrera rompe la marcha de la disparada, lo, lo, lo, lo, lo.

El hombre es perverso y cola de cerdo, lo, lo, lo, lo, lo.

Nunca quieras á la cadena que te ahorca. Extasíate en tí mismo. Quien dice mundo dice ingratitud. La garra del fuerte es trágica. *Qui bene amat, bene castigat. Sint ut sunt, aut non sint.* Caballeros: envirutemos. El sermón mítico de Ortilla, incubado al parecer bajo el ala del miedo, hizo impresión sobre los débiles. Pero el Fiero, con la espuela en los ijares, se desmandó á la Robespierre, trajo las cosas de nuevo á su lugar y no se escribió, con satisfacción de las barajas que desde el primer día de clase, más acariciadas que una primavera, eran sobre el escritorio, el blanco de nuestros deseos....

Los diez minutos de asueto tuvieron silenciosamente recogido á Machuca; Peito no estornudaba; Santa Elena comentaba la temperatura que nada ofrecía de particular; Chistera mascaba un cigarrillo sin echar de menos el fuego. Bragheta estaba asombrado. La Zingeunerweisen de Zarazate lo había enmudecido la noche antes. Bocaccio, enojándose á cuenta de lo que iba á suceder por culpa de otros, decía á un alumno de tercer año: «Pero no seas bruto; hiperbatón, es poner al revés las palabras, como *el tiempo tranquilo está.* ¿No ves?» Los cien y tantos que recorrían el patio de norte á sur, por lo demás, no advertían aquella mar de fondo.

Las niñas, en otro, cotorreaban bajo el extendido ramaje de una araucalia pichona, esperando el toque de la segunda. Quijote hizo por la primera vez el favor á los aparatos de Física de contemplarlos á tra-

vés de los cristales, observando con ceño displicente la máquina de Atwood; ante el aparato de Morin enmudeció como un lagarto. Father, de hombros contra una columna por caerse no pensaba nada. « Aquel sainete, era sencillamente una estúpida germinación en la desequilibrada bocha del Fiero, rumiador de salmos latinos y exégesis agustinianas ». El matón. ¡Y doña Gabriela de un escobazo lo mandaba al techo!» Yo no las tenía muy seguras. Aquel motín me parecía injusto y poco edificante en alumnos de 5º año. Pero el mal goza de simpatías que el bien no alcanza. Se alababa nuestra actitud resuelta y de todas partes llovían salvas alentadoras. Al exponernos, la multitud nos consagraba nazarenos.

La hora. Subimos, las niñas antes, tras ellas nosotros, tras nosotros Carbó, con menos pisoteo del acostumbrado. Anticipábamos una satisfacción.

El silencio, las posturas, la respiración, toses y composturas, miradas á hurtadillas, eran síntomas de un acto que nuestra conciencia condenaba.

—¡Sus deberes! El catedrático se dirigió á la punta y nombró á Ortilla.

—Se me olvidó, señor.

—Vaya Vd. á buscarlo.

—Señorita Zoe.

—No pude hacerlo. Tenía enfermos en mi casa.

—Nunca debe ser una causa para no cumplir sus obligaciones. En una semana tenía Vd. tiempo suficiente.

—Señor Trejo.

—No lo hice.

—Oh, ¿qué significa? Señor Planes.

—No lo hice; no tenía papel.

—¡Cómo! De pie los que han traído el deber....

La sentada produjo viva impresión y julepe. Pero *alea jacta est*, tirada está la suerte.

—Salgan todos afuera!

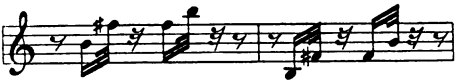
.....

Ed ecco per l'aer fin allor si muto, flebili si udirono gli accordi de nuestros tacos por la escalera, rumbo á nuestras casas.

Suspendidos. — Ahora si que vamos á bailar — gargarizó Bragheta.

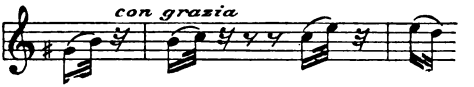
—La danza de las horas, agregó Ortilla.

Primer acto :



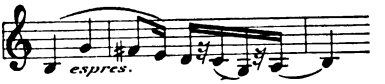
Sale Carbó y nos echa una raspa.

Segundo acto :



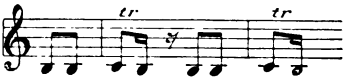
Las doce; salimos nosotros y tomamos la calle, al trote.

Tercer acto :



Entran los profesores y forman consejo á la funerala. Nos deschalan.

Cuarto acto :

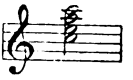


¡Dulce agonía!

La dirección, grave el asunto, al ministro consulta.

Quinto acto :

El ministro prudente en sus actos, la nota encarpeta.

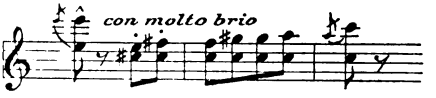


Sexto acto :

Calmados los ánimos y de esperar cansados, nos vemos llamados.

Séptimo acto :

Tras paternal filípica aderezada de consejos, volvemos arrepentidos al regazo tutelar.



Octavo acto:

Fraternal abrazo de Quijote y Chistera.

Nos tenía pensativos. Por una bagatela, perder cuatro años de estudio, largarnos por ahí sin título suspiraba Bragheta. Eres maestro; tienes cuatro años. Sobre la cabeza de Fiero cerníase una condorada de maldiciones que las bocas no osaban proferir. El loco abusa de nuestro destino! exclamaba Santa Elena con la cara afeitada, al techo los ojos y disipando las horas en su cachimba casi turca que tenía la virtud de aherrojar las impaciencias é inmunizarnos de la tuberculosis. Y como nada se parece más á una perra que una perra, los cuentos droláticos del señor Balzac se pitaban los días que los pícaros apaches se procuraron con un ardid eficaz como imprevisto. Malévolos ni rufianes, pero entretenidos. Escapan así á la nostalgia, efecto complejo de factores que el vulgo defraudado en sus previsiones, llama injus-

ticias. Nó. El mundo, como Dios, no cambia. Es á nosotros que la vanidad nos acatarata la vista. Aparecíamos temprano en los postes con nuestro mejor indumento y una flor de malvón en el ojal. Se nos conocía de lejos. Pero en Santa Fe se nos tomó por gente y pudimos, cuatro días después del suceso, colarnos ocho en el baile del senador Languía y economizar de esa manera, los gastos del hotel que hubieran importado una fuerte dentellada á nuestros bolsillos.

Todo pasa y el tiempo borra. Concluimos por no acordarnos de la suspensión, pareciéndonos de Jauja aquella vida que solazábamos pensando en casa de quién y cómo. Incomodábamos desde las ocho de la mañana en todos los bar jugando partidas de casino á dos mil tantos. El pífano de la alegría inundaba de sonoros sones las viviendas. Urpila aprendió la guitarra y Branly, á costa de unos cuantos reznos, el arte de amar, haciéndose la tórtola. Con las lecciones de Ortilla, abriendo ancho cauce en su continencia, echó las timideces á popa y puso la proa á una chinita de 15 abriles que conquistó, como los de su raza, de una embestida. Cierto es que nunca supo decir si la niña por primera vez navegaba. Pero la duda le tenía más tranquilo que una palmera. Nunca había explorado aquel mundo y entusiasmado por sus maravillas, no se cansaba de sentirse satisfecho.

—¡Saldrá un Nelson! decía formalmente Ortilla.

—No; hijo, no quiero.

—Bueno, así sea Branly. Pero puede suceder. El diablo mete la pata en donde Dios no quiere que tu metas la mano. Preocupaba un poco á Mister, de cómo podría saberse si aquello sucedería. Ortilla aprovechaba una conversación tejida de embustes, para fumarle un cigarrillo cada seis minutos. Peito ensayaba con Jovita el arte de tirar la flecha. «¡Oh Jovita! Singular encanto de mis ojos. Cabellos lúcidos, finos, negros, abundantes, que abren sobre tus hombros como un manto ondeado de azabache. Frente lisa, tersa, diáfana, en la que te reflejas airosa, virginal, honesta, púdica, cándida, dulce. Ojos espléndidos, fúlgidos, fascinadores, profundos, negros, lucientes, expresivos, sentimentales, que hablan, que viven, que extasían, que tortolean. Nariz pequeña, graciosa, gentil, fina, perfecta, digna de la brocha de Rafael ó del cincel de Fidias. Boca. ¡Ah, tu boca donde florecen todos los carmines! Boca de amor donde la sonrisa se muestra, huye y renace como mi esperanza. Mejillas inocentes, redondas, suaves, pálido-sentimentales con dos hoyuelos que los besos del mundo no alcanzarían á llenar. Mejillas que atraen la mirada, que fijan los ojos, recatadas, pundonorosas, seductoras, enloquecedoras, que intranquilizan el espíritu . . . »

Un día que, después de cantos alegres, cake-wal, zarabandas, gritos, asaltos, músicas y clamores que dejaron las vigas temblando y bizca á doña Gabriela, dormíamos plácidamente la siesta en nuestro acostumbrado traje, tres terroríficos aldabazos nos pusieron como los pelos de una gata fula, preguntándonos qué sería. Bocaccio, sobrecogido de pavor, no se fijó que mostraba el Manzanares.

—¡Caballeros! Qué vidurria os pasáis en esta casa y qué sin vergüenzas que sois.

—Eh, Farrujo; Calvento, Gedeón, Chorizo, Choto. Quién te manda bajar la puerta?

—Dice el señor Carbó que vayáis esta tarde.

—¿Eh?

—Ja, já! os asustáis. Oído fino, que no haréis más fechorías. De esta hecha vais todos á la calle. Me alegro; lo siento por aquél; al fin el inglés no tiene la culpa. Buenas tardes.

Olvidados ya de que éramos alumnos, la llamada y la profecía pancesca del procaz gallego, nos puso graves. Nos vestimos, fuimos, entramos, nos sentamos, esperamos y cuchicheamos.

— Todas las vilezas son inocuas, dijo Urpila encantado de aquella vuelta al hogar. — Pluguiere á Dios que viniendo un instante á la realidad, execrásemos las incongruentes bobaliconadas, majaderías y estupideces que en un momento de soberbia arrastran á actos tan necios como inexplicables. — Amábamos el aula y al volver después de dos semanas, nos sentíamos en el regazo materno, evocadas las ilusiones, entonados los afectos, glorificadas las obras. Anhelábamos el perdón, estarnos allí á costa de veinte deberes dobles de Pedagogía. ¿Por qué éramos tan imbéciles? Esa pregunta ensalivaba la lengua á Bragheta. Sentimos pasos. Silencio de las capas azules. Agachamos la cabeza. El arrepentimiento clavó nuestros ojos en el banco. Carbó habló mucho. Del deber, del respeto, de la cultura, del maestro, del porvenir, de nuestros actos, de nuestro orgullo, del gusano humano. Su brillante y cálida elocuencia nos puso como borregos. Las magdalenas lagrimearon á trapo tendido. Nosotros meditamos. Por la noche acometimos un *tutti* de trigonometría con tales bríos, que hasta Machuca se peló un diez con mucha risa de Macotta.

El Hidrógeno. — Los fenómenos adquieren prestigio en proporción al volumen del ruido que meten; y así hurtan la atención que otros reclaman. Fíense de la fama. ¡Pum! un discurso ó dos columnas y ya está. Al día siguiente el mundo dice un notable

escritor; un notable naturalista; un notable espectáculo; un notable mosquito; Hugo, Michelet, entusiasmos en mangas de camisa; Stephenson, Watt soldadores de latas. Es fácil confundir una nube con una cumbre. El Hidrógeno en los laboratorios de primeras letras ejerce la fascinación de las cimas, monopoliza como César, usurpa como Rozas. Eclipsa á los yodos, fluores, fósforos, alcaloides, metanos, etilos, es el tammany del sufragio químico. ¡Pum! El ruido proyecta siempre un Dios.

Eran dos meses que Chistera dictaba química con beneplácito del hastío, sin dejar de proclamar la eficacia de los experimentos, prometiéndolos para la semana próxima sin que faltara una razón para postergarlos. De esta manera se habló de mezclas, combinaciones, soluciones, sales, ácidos, bases sin que los alumnos vieran más que gestos. Al comenzar el mes de Mayo se mulplicaron los bostezos, lo que no dejó de observar la crítica maestril, mordaz y un poco sardónica.

— Ahora entraremos al estudio de los cuerpos simples. Ahí verán Vds. qué cantidad de experimentos. Ya el lunes vamos á producir hidrógeno, decía, sin los dientes que barrieron los puños de Quijote, para articular las eses. La noticia alborotó. Durante la semana se dijeron cosas dignas del gran Scheele tocante á las propiedades maravillosas del señor H. Chistera, dispuesto á enseñar experimentalmente desde fechas difíciles de precisar, estuvo la semana y sus fiestas preparando elementos con el concurso de los dos profesores de Química, el Regente, una maestra de grado y el boticario de la esquina. Esta vez iba de veras.

El sábado los 800 alumnos sabían que el señor Cuestas iba á dar una clase con experimentos. Su personalidad tomaba las proyecciones de un mango de pala y los chicos lo miraban como á un bicho del Jardín Zoológico.

El lunes, una hora antes de entrar al aula, daba el

brujo, la última mano á sus arneses. No sin emoción halló, antes de advertirlo, el curso dentro, todo ojos y todo orejas.

—Señores alumnos: como os lo prometí desde que estas lecciones comenzaron, vais á ver dentro del matraz, del frasco y del tubo la realidad de lo que estudiasteis en el libro. Os pido mucha atención. El hidrógeno se prepara introduciendo el cinc ó el hierro en un frasco de dos bocas. ¿Veis? De dos bocas. Nosotros usamos el cinc. Provisto de un tubo de desprendimiento y de un embudo por el que se echa el ácido sulfúrico extendido en 7 ú 8 veces su volumen de agua, (los dientes le hacían falta). Ya lo tenemos preparado para no perder tiempo. El hidrógeno se recibe sobre el agua ó sobre el mercurio, cuando se juzga que todo el aire del aparato ha sido expulsado. ¿Comprendéis? Nosotros lo recibiremos sobre el mercurio. La explicación estaba de más, porque los alumnos querían ver las pruebas.

No se puede emplear el cinc puro porque sino las primeras burbujas de hidrógeno desprendidas adherirían al cinc y harían que el metal no fuera atacado por el ácido. ¿Comprendéis?

—Si señor; haga, á ver.

—Silencio. Si se emplea el cinc del comercio que contiene siempre plomo, cobre, arsénico....

—¿Y no revienta?

—Silencio. O si se agregan al cinc puro algunas gotas de sal de plomo, el plomo puesto en libertad, forma con el cinc un par voltaico, en el que el hidrógeno se desprende sobre la superficie, permitiendo, así, que la reacción continúe. Es menester tener en cuenta también....

—Señor, ya va á tocar la media y no vamos á poder ver el experimento.

—Hay tiempo. Es menester tener en cuenta, también, que la temperatura del frasco no debe elevarse ni

siquiera á 30°, para evitar que el hidrógeno formado reduzca al ácido sulfúrico transformándolo en ácido sulfhídrico.

—¿Y entonces revienta?

—¡Qué, revienta! El ácido sulfhídrico es ese gas de mal olor que hay. Bueno. Observen ahora. La solución se echa despacio para no derramarla. Chistera sudaba.

Ahí está la reacción.

Los muchachos alelados se levantaron del banco para ver. Tenían sed de ver. La pereza con su ancha boca, sin protestas esta vez. Todo estaba tan dispuesto que aquella prolijidad pudiera apenas premiarse con una ovación.

El éxito tras tantos afanes, pues Chistera dudó hasta minutos antes de salir el chorro, entonó su ánimo. Se comenzó la serie de experimentos de la química de Troost que demostrarían el entusiasmo con que en el aula se recibe todo lo que huele á prestidigitación.

—Ahora viene lo lindo. Aproximó un fósforo al tubo de escape y ¡pum! El estampido mandó á Chistera

bajo la mesa, al techo el tapón y de espaldas á muchos alumnos atropellados en la disparada. El Fiero, que desde el motín repartía su actividad entre el riego de una biznaga cuidadosamente atendida y una calavera federalizada en facultades sobre la que legislaba acerca de los que aspiran á vivir los cinco dedos, se sonrió tiernamente.

—Un éxito cornamentado. ¡Pobre Chistera! Víctima de la ciencia. Casi al Nirvana. Te olvidaste de meter el tubo. Ve de que depende. Nada más fácil que hacer hidrógeno. El Fiero cogió una botella de soda, introdujo algunas tachuelas, agua, diez centavos de ácido, un corcho, tubo y antes de un minuto mostraba una llama de media cuarta á sus compañeros estupefactos. Iba más allá que el filósofo del no; creía en el crepúsculo de todas las cosas.

—Bueno, ahora me voy á comprar una cama decente.

La explosión dejó una viva imagen de las lecciones de química y el hidrógeno disputó á la ruda su popularidad sin que nadie volviese á pedir un embudo para fadarizar la atención de sus discípulos. Satisfecha el ansia tan violentamente, los alumnos, viendo en cada frasco embotellada la muerte y desbridada la imaginación concluyeron por persuadirse de lo peligroso que era un laboratorio cuyos aparatos reventaban. En el examen querían todos el hidrógeno porque era fácil.

Chez Zoe. —Ché, ya es hora. Pronto, pronto.

—Abróchate la levita y cepíllate el sombrero. Dame un cuello.

—¿Qué dan?

—«Flora Mirabilis» de Samarra.

—Me parece que sospechan de nosotros. La otra noche al salir después del primer acto, los porteros nos miraban con recelo.

—Es que abusamos del tocado y llamamos la atención.

— De todas maneras es necesario que nos colemos con prudencia. Ir temprano, á las 6 $^1/_2$; estarnos en el último palco de la 3ª hasta que suene la última campanada. No pasearnos por la galería y salir al vestíbulo cuando la función termine.

— Aprobado.

Ortilla y yo no perdíamos, de esta manera función y ocupábamos, gracias á nuestra indumentaria, hasta el palco gubernativo si la afluencia de público no dejaba lugares más accesibles para evitar un surmenage de piernas. Duchos por temperamento y por frecuentes audiciones en cuanta ópera, opereta y zarzuela se desarticulaba en el *3 de Febrero,* silbábamos los detalles menos romanceados de las escenas con la satisfacción consiguiente del que goza sin que le cueste.

La función coincidía con la tertulia que Zoe, por motivo de su cumpleaños, pero en obsequio al Fiero, daba en su casa; el papel de invitados contrariaba nuestros propósitos teatrales, tanto más cuanto que Ortilla era candidato al taburete y yo á mi Aída. Resolvimos presenciar los dos primeros actos y cumplir á hora oportuna nuestras obligaciones con la distinguida condiscípula.

Dos restallidos pusieron á prueba de cepillo la limpieza de la boca y partimos; entramos y protegidos por la obscuridad, permanecimos arrellenados en dos butacas, á las que no alcanzaban ni el frío ni los celadores; de improviso un acceso de tos nos denunció con tal pertinacia que se sintieron las pisadas de alguien que acudía.

Era forzoso salir, fingiéndonos distraídos por la espera, lo cual no disimuló nuestro aspecto de colados; una voz cultísima preguntó si teníamos entrada á lo que contestamos que no, porque encontramos cerrada la boletería.

— Caballeros, tengan la bondad entonces, de tomar la entrada.

— Sí, señor, contestamos.

—La dignidad puso á nuestros bolsillos insolentes. Completaron los dos pesos, media docena de cobres que servían de fichas al *tutti* y adusto el ceño del orgullo pero transida el alma de despecho (aquellos dos pesos eran para doña Gabriela que cobraba el alquiler con la puntualidad de don Trifón) volvimos á las galerías y hallamos tan detestable la música de aquel fantástico nacer de flores bajo el nevar copioso de las bambalinas que no pudiendo concluirla con ¡mueras! temerosos de malograr el plan de nuevas contravenciones, resolvimos irnos á lo de Zoe donde una confortable sala repleta de jóvenes y un angélico trust de sonrisas nos acogerían. Con nosotros llegó Bragheta de punta en blanco. Los tres entramos. Al decir de Cochón el autor de la Musha, parecía gato maneado. «No hay como ponerle escarpines á un perro» concluía su hipotiposis. Que Cochón elogiara era pedir al asno confituras. Ortilla, que no tenía amores que defender pasó al piano del que dispuso toda la noche gracias á la prodigalidad con que era servido. A su alcance yacía una bandeja con vino Oporto, chocolate y alfajores. La concurrencia era como la de la plaza en noche buena. En su apogeo la animación, aquel cuadro blanco, matizado de celeste y rosa, parecía un verjel donde todas las flores se hubieran citado en un combate de miradas y conquistas. El Fiero, cual si fuera la silueta de su persona azabache proyectada por una potente luz sobre un mantel de lino, estaba junto á su adorada hablándole zonceras mientras ambos coqueteaban con el abanico, él teniendo las borlas, ella las varas.

Quijote, ave de tempestad como Otamendi, paseaba del brazo á una chica de trece años, intrigándola con diretes de doble fondo. Father tomaba á lo serio su papel de invitado y atento con las niñas, cumplía con todas dispuesto á que ninguna planchara. Su prestigio de mozo fino, crecía así, por virtud de las jamonas que agradecen estos servicios.

Aída me esperaba. Sus ojos brillaron como dos tur-

quesas al verme entrar y se prendió á mi brazo para no despegarse en toda la noche.

—¡Federico! ¿Por qué llegaste tarde?

—Fuí al teatro.

—¿Sí, eh? ¿Así me quieres? Tú no me amas como antes.

—¡Aída! ¿Por qué dices eso?

—Sí, yo sufro, sufro. Noto en tí... No sé.

—Notas en mí... ¿qué notas?

— Indiferencia. Y tengo celos.

—Aída?

—No vienes á casa como antes, escribes menos, no vas á la plaza...

—Aída ¿por qué eres injusta? Yo, orgulloso de la soledad, noche y día quisiera estar á tu lado, sentirte cerca, poder aspirar la frescura de tus carnes, morderte, exigir reclinado sobre tu pecho, lo que tú y yo nos prometimos tantas veces, un beso. Eres la reina que avanza omnipotente sobre el imperio de este corazón que despertaste de su adolescencia con tus dulzuras, tus cariños, tus juramentos, aceptados obedeciendo á la voz ineluctible del destino.

¡Indiferencia! Y lo dices á mí, hoy, que me embarga, seguro de tu amor, una alegría llena de vida, un hálito inefable de esperanza; que con alentadora fe pienso en el día para mi próximo de tenerte en mis brazos y darte todo lo que guardo sólo para tí, mi alma, único sér en quien hallan mis horas de orfandad descanso piadoso. ¡Oh, Aída! ¡Qué injusta eres!

— Federico. Sí, soy injusta. Perdona. Pero es tan bello sentir la mirada, el aliento, la caricia, tener cerca al sér amado, oir su voz; te quiero, ah! te quiero tanto que mi imaginación todo lo exagera, abuso de tu bondad y hablo tonterías, ¿te has enfadado?

—Aída ¿puedo yo enfadarme por tí? Te concibo demasiado grande para que pueda envilecer este sentimiento con gazmoñerías chicueleras. En la dicha ó en

el infortunio, hoy ó cincuenta años más tarde, cerca ó lejos, tú serás para mí siempre la materialización de un ideal al que convergen mis cariños, mis afectos, mi amor. Mi corazón lo aceptes ó lo rechaces tuyo es, y ninguna mujer en este mundo que no seas tú, hallará en él un refugio.

—¡Federico, que bueno eres! Estas rencillas no interferencian nuestro afecto. Tú lo dijiste, cierto? Reciban tus ojos un beso. «Le point rose qu'on met sur l'i du verbe aimer». ¿Te acuerdas? Tú sabes cuanto quiero tus ojos.

—Muñeca amada. A veces me dejas pensativo.

—Anoche soñé contigo.

—Un sueño tonto.

—Esta vez no, grato. Eramos esposos. Tú me leías, brillantes de dicha los ojos, las últimas páginas de un manuscrito cuya publicación anhelaban tus amigos, porque abría una nueva era al pensamiento. Yo y tu hijo gozábamos, yo asiendo el entusiasmo con que comentabas cada día, él empeñado en arrancar pelos á tu bigote. Y luego tus labios junto á los míos consagraban la dicha del amor y del trabajo.

—El ideal

—El destino.

—Nos sonríe.

—El jueves te espero.

Ortilla tocaba el tercer lancero y se comía el tercer alfajor sin desconcertar á su estómago que no conocía tales regalos. Machuca, hecho un gallo catalán, alzaba el ala á su compañera con galanterías como esta: ¿Sabe Vd. como se llama este walz?

«Solo á tí miran mis ojos».

Branly, desde que ya conocía aquello, había adquirido una viveza no conocida en los de su casta y competía con Farra en el arte del chicoleo, desmandándose á ratos con una carcajada tan galense que todas le enfocaban los ojos. «Mírenlo á Mister», decía con donaire y gra-

cia Rita. Ya no ignoraba el significado de la palabra vaina.

Urpila de temporada con la hermana de Zoe, era dulce y cálido como Paris pero casto en sus palabras recordaba al José bíblico. El, deshojaría la gran flor de su afecto pétalo á pétalo á sus pies si le fuera dada la dicha de ser correspondido. «El fulgor de vuestros ojos azules y profundos son como un espejo de consuelo; vuestra dulce voz mece la vida como un suave rumor de alas lejanas». Rimaba un arroyo de bellezas gracias á la miel lamida con fruición de osezno, en las colmenas de la Ilíada tres años antes.

Chistera, á quien mal cuadraba el sobrenombre, porque ya no se la ponía, proclamaba en un verbiloquio químico-afectuoso con la profesora de sexto, la necesidad de que los métodos fueran experimentales á costa de cualquier peligro; la locutora asentía con sonrisas de deseos conquistadores porque, después de todo, Cuestas era de regular presencia. La mujer echa sus cálculos sobre la presencia.

— Son las tres, dijo Father. Este derecho por nadie concedido, de indicar la hora en casa ajena, provocó miradas felinas. Precisamente cuando las mamás y las solteronas se ocupaban del prójimo gracias al Jerez que, combinado á nalgas de lechón y pechugas de pavo, iba rosando las faces y abriendo los ojos á las dormidas. «One of the most serious problems, es dejar baile mister Father», dijo Branly tan cachazudamente que dejó á don Damián suspenso. No obstante, el representante de los territorios hubo de apagar sus bríos porque Ortilla, harto ya de vinos y alfajores, se levantó y dijo que estaba *agostado*.

Agradecimos á Zoe aquellas deliciosas horas y partimos mordidos por un frío que la escintilación de las estrellas y el intenso azul del cielo idealizaban. Temblamos los que usábamos calzoncillos de percal en respeto á caras tradiciones.

Expresión de agravios. — Pues señor, Petrona López era, gracias á Farra que no perdía ocasión para ocuparse de ella en discursos y epigramas, malquerida y blanco de nuestros gruñidos. Cochón, practicante de lectura, no había logrado convencer á su antipatía de que el texto era una intolerable suma de disparates. Su espíritu comenzó á flotar de un modo impreciso en el agitado mar de la crítica; luego se hicieron más concretas sus abstracciones y cejando en propósitos vengativos, imaginó el más eficaz de los recursos para «dejarla ñata».

«Ahora verás quien es Calleja. Carbó será tu juez; él te condenará». Preso de macábrica satisfacción y tomando el aspecto de una araña cazamoscas dispuso la mesa frente á la ventana y mientras la llovizna y el viento ártico prendía alas á los talones del transeunte, él, envuelto en una cobija, puso la zarpa sobre el libro dispuesto á despedazarlo concienzudamente á fin de que los dedos de Carbó, cuando leyera, no tropezaran para escribir un diez.

Pareciéndole oportuno calafatear los hechos para cubrir con disimulo sus intenciones, luego que expuso sus teorías tocante al doble aspecto de la asignatura, escribió:

— Hay libros calamitosos como las épocas de sequía. Tal es el de la señora Simonín. Pero del daño que hacen no son culpables las autoras sino las que los eligen aconsejadas por el menguado criterio de su presuntuosa ignorancia ó la legalización que ostentan sobre la tapa: «Aprobado por la Dirección General de Escuelas».

«Yo quiero que me acaricien las dulces voces de los niños y abran estas hojas blancas los que tienen las manos muy limpias». Así abre el libro, trece eses en la peor parte; las eses tienen su gracia y es original un principio de lección con ellas. Pero la señora de Simonín se encarniza tanto con los plurales, que el libro, á razón de 60 eses por cada 92 palabras, es una

música de silbidos. La autora dice: «el césped sedoso que tapiza la tierra de los macizos; después de una semana de fatigas vamos á buscar la paz de aquellos jardines radiantes de belleza; niños y muy amados eran aquéllos que habían empujado los cañones en los días de la Reconquista; los provincianos hacen cinchas y cojinillos con la bonita piel de los ampalaguas despojada de las plaquitas escamosas; surjo en gotas cristalinas al pie de los peñascos; paseo mi languidez sobre cauces sombreados de bosques; niños, amad á vuestras parleras vecinas». A esta cacofonización de eses finales sucede la de las enes y el sonsonete: «nido al abrigo; pintorescas riberas de las aguas serenas; bandada que acaba; estaban las calles atestadas de gente y adornadas con banderas porque se celebraba la fiesta de Mayo; se respira aire pestilente y se consume aguardiente».

Basta de armonía; Boileau dijo:

La plus noble pensée
Ne peut plaire à l'esprit quand
L'oreille est blessée.

Prendidos al lema inglés *Works and not words* excursionemos de nuevo por el libro. Ya veremos qué correspondencia entre el hecho y la imagen, con qué propiedad escrita la frase. Taine dijo por boca de nuestro catedrático, que no hay comprensibilidad sin visión. Yo juzgo que los niños incapaces de criticar una obra impuesta, por cuya causa es un dechado de perfecciones, verán más que turbio cuando lean: «y abran estas hojas blancas; ojos que caen sobre mis páginas; leedme si no queréis que dé vuelta á la espalda y llore de tristeza; páginas escritas, con mis pobres tapas de cartón; la golondrina vuelve á su nido al abrigo del alero, en un hueco de la pared de barro bañado por el sol, alrededor del cual zumban enjambres de insectos brillantes; amad á vuestras parleras vecinas huéspedes mensajeras de paz; ¡Cuán pintorescas son las riberas del río Lu-

ján!; todo se vé invertido como si se hubiera plantado el bosque sobre la amplia faz de un espejo; los alegres miradores de las villas; en la playa (del Luján); cárdenos resplandores del sol de la tarde; vagidos quejumbrosos del río que pasa (del Luján); ¿no sentís elevar vuestro pensamiento en un sueño delicioso?; un tren de pasajeros que entra á Buenos Aires con furgones repletos de carga. Se ven allí rollizos de quebracho bien estibados, carbón vegetal, piedras calcáreas y animales vivos; el bosque donde vuelan y cantan las aves libres, del lago (de Palermo) que duerme su pereza azul; los gorriones que en él se bañan; el canto de los juncales prolongado por el eco sobre las aguas temblorosas; bosques invertidos en las nubes; donde saltan cardúmenes de mojarritas nerviosas; de la hélice se desprenden coquitas blancas que vienen á romperse en las paredes de nuestra canoa; los ceibos se doblegan bajo el peso de sus sartas coloradas; ¡Cuántas cosas se dicen del cielo en una noche limpia y serena! y á las niñitas se les ocurre que son tucos (las estrellas) del cielo que caminan entre las nubes (del cielo limpio y sereno), etcétera, etcétera.

Luego emprendió el análisis de los temas. Satisfecho después de ocho horas de jornada y un ensañamiento sin precedente en los fastos de los que muerden, puso la firma y gruñó como en sus tiempos solariegos, lamentando que por Petrona participara del sogazo la de Simonín.

Se guardó alevosa y premeditadamente de comentar algunos capítulos donde la cuchilla de su encono se hubiera mellado. Por cierto, que insistió cuanto pudo sobre que los directores no volvieran las espaldas al departamento de aplicación entregándolo al arbitrio de maestras supinas, frenasténicas, aladas por el humo de la suficiencia y con la vejiga del desdén contra la razón. Más lleno que un yole de sandías entregó su sesudo alegato y esperó.

Duro es decirlo, Cuchi espera todavía.

Discurso del Sr. Teruzzio. —El estudiante es un caballero con plumas de avestruz. Siendo león, es carnero; parece noble y es villano. Estos cachiporrazos no rezan con Bragheta, en este libro pantalón á veces, á veces músico y á veces gringo. Frecuentando las filarmónicas, el prestigio proyectaba desde su persona una luz casi tropical. Le llamaban el señor Teruzzio y le tenían por joven de buenas costumbres. En consecuencia, hacía estragos en las niñas durante los bailes por sus ojos verdes y su cabellera blonda, perfumada, en las ocasiones, con agua legítima. El abuso del peinado á la Robespierre, de la levita y los botines de charol, fué causa de que lo tomaran de candidato á señor y ocupase puesto de preferencia en las conmemoraciones fúnebres y festejos públicos de sus connacionales. Había hablado varias veces de Garibaldi y corría de su cuenta el discurso de apertura en el sarao que el *Circolo* organizara por motivos de alegría pública. Con los humos crecidos, tendió vuelos que hicieron bostezar mucho, cosechando aplausos en los finales. El tocino de las alabanzas, sin embargo, untaba á menudo su hocico y hartáronle hasta la nuez los muy que incondicionalmente le prodigaba Farra en *El Aspirante,* comparándolo á Schopenhauer. Una nueva faceta del poliedro mental del señor Teruzzio, nos obliga á presentarlo á través de un discurso, tal como otra vez, pero en circunstancias desfavorables á la fama, lo presentamos á través de un gato.

Señoras y señores:

La música, es la excelsa expresión de nuestras ideas amasadas con las más ardientes pasiones. El lenguaje hablado, deja siempre una extraña impresión de monotonía; nunca da á la frase el intenso color que exigen nuestros sentimientos. Los sonidos van donde la pala-

bra no alcanza; describen la llanura, expresan los dolores, imitan las tempestades, rinden culto á la onomatopeya, combinan una lengua universal con los elementos de la naturaleza y la psicología de las personas, capaces, bajo una misma impresión, de los mismos efectos.

El propósito del kalmuco que vaga por las estepas de Siberia, cantando el himno de sus triunfos ó el *ritornello* de sus nostalgias, es el de los sabios que buscan en las sutilezas analíticas del conservatorio, una encarnación á las pasiones humanas.

Bajo su influencia, sentimos el espíritu delicadamente puro; bajo su influencia el éxtasis sublima lo que de grande tiene la vida; bajo su influencia, embebidos por la belleza sentida en el símbolo, vertemos el aljófar del supremo goce.

Armonía misteriosa que evoca reminiscencias, ideales, quimeras, fantasías y tristes realidades; sensación que eleva el alma á las esferas inescrutables del sentimiento con sus vivas primaveras ó sus otoñales tristezas; musa de todas las edades para cantar los arrojos del combatiente, para arrancar la última sonrisa al moribundo, para encender el corazón al oprimido, tal es la música (*bostezos*).

Ninguna institución como la católica, ha penetrado el hondo secreto de la nota para conquistar las simpatías, y la música nace como un resplandor medioeval, bajo el ancha bóveda de las catedrales, sahumada por la fe de los devotos genuflexos á la luz desfalleciente de los vitraux.

Y la nota vibrante del órgano repercute en las ignotas profundidades del alma, como un eco de los cielos, como un eco lejano de los cielos lejanos, y es el genio de Palestrina, y es el genio de Lasso, y es el genio de Marcello, y es el genio anónimo que repercute; el verbo de la iglesia monumental, la melopea de las edades góticas, la oración modulada sobre los arranques del alma, el Te Deum que estalla de una humanidad librada al Todopoderoso. Es el aliento de las viejas basílicas.

Son los unísonos y armonías, sin los colores de una orquesta, solemnes como bloques que denuncian la fe, el júbilo, la eterna esperanza, la súplica escapada de los pechos con acentos penetrantes, con acentos de amor penetrante.

Pero, el secreto guardado por la llave de oro de los pontífices, ya no cabía en las ogivas suntuosamente sombrías del templo católico, porque la vida es un chisporroteo de colores.

Una sinfonía de risas es tan hermosa como un concierto de lágrimas: componen el collar de la existencia, las gemas del placer y las perlas del dolor. Tanto eleva el sutil coro de los amores como la severidad litúrgica de las salmodias y el humo del Monterrey, mundaniza el eco hierático de las naves, eco de queja demasiado humilde, demasiado egoísta, para esta época del ego potens, del struggle for live, de la joie de vivre.

La luz, la policromía, el embeleso de las cuatro artes reunidas, la hermética sensación de una síntesis monumental, fija la vista antes arrobada por la altura de los ábsides, en los procenios de una vida menos mareada.

Y en la cumbre de las artes, se entroniza la delicada esplendidez de esas maravillas tentadoras donde, por un esfuerzo de la fantasía creería verse un revuelo tropical de pájaros, un revuelo tropical de flores, sentirse las suavidades del terciopelo, el ¡ay! de los sufrimientos, el ¡jajá! de las alegrías.

Grato deliquio de los oídos: hay, ya una explosión de clarines triunfadores que riman epopeyas heroicas; ya una exuberancia de cuerdas que riman caricias dolientes; ya un derrame de angustias en la sordina de los violoncellos ó la coloración casi imperceptible de un sentimiento, en los mandolines; ya la pastoral inocencia en el oboe, ó el llanto de las vírgenes princesas en la flauta de plata; el pudor herido de una mousmé en el samisén ó la historia de Sirenetta en la cornamusa de Pietro.

El parche anuncia salvajes consagraciones, balbuceos estéticos, regocijos del hombre adolescente mientras la portada del nuevo siglo, en un supremo toque armónico, la leyenda del Guarany exalta con su acompañamiento de fierros.

Enormes, enormísimos efectos con los dolores y las alegrías, con las sombras y los colores, con los llantos y las risas, con las gargantas canoras de la mujer y del hombre. El timbre, las cosas y el ambiente: dos fémures valen más que un corno inglés, en un jolgorio macábrico y en la polifonía de un caos, el choque de dos astros sería el acorde fundente de una bacanal que termina y un ritmo que empieza *(prolongados bostezos)*.

En la *feerie* de los triunfos, Wagner se destaca como una montaña en cuya cima un volcán iluminara el porvenir. En sus entrañas palpita la grandeza sensual, heroica, mística, pomposa, extravagante, extraída de los senos ocultos de la Naturaleza, de las profundidades de los tiempos, del infinito de las cosas, del canto de las aves y de la cháchara de los dioses; siempre grandeza, grandeza en el murmurio de dos hojas, grandeza en el fiat de una creación. Mozart rompe las tradiciones del pasado; el lenguaje de los sonidos se universaliza y cada página que germina en su cerebro, es una creación que pasma á los sucesores.

¡Beethoven! Atlas que lleva en sus hombros todo el peso de esta música moderna, brotada de sus epopeyas sinfónicas tan homéricas sobre la tumba de los emperadores, tan dulces á la luna de las primaveras. Como fragancias de una Thulé, á veces, á veces como la luz de un paisaje astral, encanta el estro de Berlioz y Chopin, es un bouquet de melancolías, atado con una sola cuerda, la más delicada, la del dolor. Es el poeta mágico de los corazones enfermos, mientras Rossini, el pletórico Rossini, ríe en todos los tonos, caracoleando sus arabescos por la pauta infinita del humor

caro y vano, con la clásica habilidad de un ingenio andaluz salereando en las costas del Tirreno.

Verdi, es la energía fundente de los crepúsculos hiperbóreos y de las ardentías tropicales; de todos los deseos, de todas las dulzuras, del palacio y de la choza, de las razas conquistadoras y las razas oprimidas. Así es el misterio arquitectónico de su drama. Se le siente en Chicago como en Lodi, en Santa Fe como en Kioto, en la ciudad, en la aldea, en las bandas, en los órganos, en donde hay una cosa que vibre, una mano que percuta ó una boca que sople.

Las escala del buen esprit, nunca halló eco más sonoro que en el Barbero; el Elixir es una filigrana recamada en pedrerías; un lirio policromo, la simbólica Iris y la armonía sin fin de las fuerzas (el mal, el bien, el deseo, la pasión, el genio) el Mefistófeles.

Alados poemas elaborados en las retortas de un cerebro apocalíptico, son las inspiraciones de Schumann, que ríe, blasfema, gime ó impreca pero sin descender nunca de su montaña; Mendelssohn se agita y se enfurece y concluye ora inquieto, ora tranquilo, como el flujo y reflujo de un inmenso mar; Gottschalk es el afecto perennemente modulado sobre el mote de Hugo «L'Azur c'est l'amour» y Eduardo Grieg, poetiza la enarmonía de silvestres inspiraciones incubadas al sol de media noche en el ansa más pintoresca del Nordkin.

Otros encantos saben á tierruca; las andaluzas, el gato, la habanera, los aires de la montaña y las rapsodias de la plebe, son el tufo de esa vida que se agita en el océano de las pasiones sacudidas por la flor, la mujer y el vino.

Señores: una de las virtudes más simpáticas de este certamen, fuera de la apoteosis á la labor vivificante por nobles aspiraciones, fuera de las familias congregadas para el culto de lo bello, es el placer de todos los la-

bios que sonríen para glorificar una hora, el triunfo del espíritu sobre las tristezas, desilusiones y desesperanzas que deja en las almas, esta vida material, esta vida de lucha, esta vida que cierra un siglo de hermosas decepciones. He dicho. *(Prolongados aplausos).*

En "Las Horas Pasan".—La templanza es una virtud de hierro fundido en los necesitados. Así, nadie podía asegurar habernos visto, una vez siquiera, beber vino en las comidas que no fuera obsequio de un compañero. Por eso juntamos tres novedades en la pieza, inaccesible á suelas que no fuesen de algún acreedor: la substitución de un catre por una cama de madera con tendencias á otomana, dije que desnivelaba nuestras ambiciones. El hallazgo en las barrancas del Antoñico, de un molar de Mastodonte, precioso resto que Quijote adjudicaba á la abuela de Bocaccio. Un barril de vino riojano introducido por Mega en «Las Horas Pasan» para poner á prueba nuestra decencia. La última era una noticia que bajo el título de *Nota cómica* publicó *El Aspirante*, atribuyéndose la alusión á Ortilla: «Anteanoche, á la una más ó menos, un caballo que anda en amores por un barrio donde los sapos croan, se fué acompañado de una guitarra y al igual que aquellos galanteadores de la Edad Media que bajo el balcón desmenuzaban en dulces vibraciones una elegía pasionaria; aquél hizo otro tanto arrancando junto á los barrotes de la ventana de su amada un arpejio, y después de componerse el pecho cantó el degollado estilo del Escándalo de Piedra, que era un escándalo de la manera que lo destrozó; si lo oye Coronado se afeita la pera de indignación. A estas siguieron otras endechas contrahechas; más la ventana permanecía cerrada. Golpeó levemente, el trovador, que tenía ladrando á una manada de perros y luego rompió de nuevo á cantar. Así que hubo terminado se abrió la ventana de una vecina y una voz de señora dijo: «Vea joven, la familia se ha mu-

dado hace tres días ». Estupefacción del tenorio que metió guitarra en bolsa, muy cabizbajo, iluminado por la luna que aparecía en aquellos momentos como si quisiera ser testigo del esquinazo que recibió el infortunado cantor ». La cual puso en pie de guerra aquel rincón de Pluto donde se respetaba la mujer. Las pullas aguzadas por el vino, provocaban risas que embravecían como latigazos á los necios. Un chiquilín llamado Petrucho asomó gritando *¡El Aspirante!* con importantes noticias. Ortilla lo izó de las orejas y redondeó el castigo dándole un soberbio palmazo en el... lección que aprovechó la memoria de los lugaras. Pero lo que produjo más ¡ah! ¡eh! y carrasperas, fué el llamado urgente que se hacía del doctor Cutiellos para atender un parto. Cutiellos, que era cínico, recetó Wampole, remedio seguro é infalible contra todos los males que afectan á la mujer. Las paisanas, timoratas y superticiosas, habían calado á la parturienta un chambergo aludo para que el alumbramiento fuera feliz. Al entrar Cutiellos no pudo menos que agarrarse la boca.

—¿De qué se rai dotor?

—Del...

— Si es el chambergo e Juan.

— Ha tomado tres frascos de coliflau.

— A ver los frascos. Bueno, tome Wampole y deje no más que la cosa viene bien y volvió, rascándose, al comedor, donde lo proclamaron genio desconocido y benemérito de San Marino. La chicha andina evaporaba en el placer de zaherir al prójimo con voces aflautadas ó simuladas ronqueras. Chivo, Cuchi, Fiero, Marica, Obes, Laucha, Rosquete, Marcolfa, Vinchuco. El pan concluyó en pelotillas con lo que nos tenía sin cuidado el riesgo de que se nos disminuyera la ración.

— Chivo.

— Machuca.

— Chivo.

— Machuca.

Este recio duelo de palabras, exasperando el mate de Ibarra, se tradujo en un copazo que estalló cuarta más arriba de la cabeza del despachurrador de mosquitos que se hizo rosca.

—Pero, ché, si tomás á pecho las cosas.

—No, querido, es broma.

Farra, juzgando hermoso aquel gesto que produjo dos minutos de sopor y contrajo la barriga de los comensales (algo en él había del león Aquiles y del zurdo de Villabona), recogió los pedazos y midió para calcular la puntería.

—¡Audición colorada! Si mides una vocal más de estatura te dejan la nariz como una granada.

—Compañeros: os invito á que capituléis. Amarrad la lengua y vamos á lo de doña Rosa; hace un mes, hoy es sábado, y Baco nos sonríe. Dos días de fiesta, domingo y lunes. Podemos... dormir.

—¡Bien, bien! Un coro de voznidos secos, levantó á la horda que fué á perderse en las sombras de un callejón donde era necesario hacerse el cuco para contener los perros.

El discurso de recepción. —¡Ah!... El estertóreo ruido de algo que sale para finalizar una crisis llamó la atención de los cien estudiantes que merendaban recorriendo el patio, las bolillas de un último repaso, esperando la requisición de la mesa. Era de Eufemí que acababa con éxito el examen de Trigonometría. Ahogada por la satisfacción no bien estuvo fuera se dejó caer sobre un banco y tiró el Cortázar lejos, lejos maldecido con todo el alma de la mujer que sueña con lanudos pichichos y colas de carnero. Crisálida cristalizada. ¡Estúpida Pedagogía! pero ansiaba un título.

—La mujer empieza á embrutecer cuando concluye de estudiar, dijo el Fiero. Ahí está la maestra. Dentro de ocho años ¿qué sabrá esa? Un diploma la autorizará á dirigir esta misma escuela, á presidir este

mismo examen. ¡Oh mores! Benicio reía con el plácido cinismo de un Melgarejo. Urgía designar á quien hablara en nombre del curso; la noche de la recepción. No bien concluyó Urpila su examen, congregáronse en el salón de música. Cansados de aquella tiranía en ocaso, era necesario dársela al padre. La asamblea en pleno, por moción de Peito, adoptó el Reglamento de la cámara de diputados. Habría toros y convenía precaverse contra la eventualidad.

Sentados esta vez en los escaños del hall de la escuela—Rivadavia y San Martín velaban á los inocentes—el valor recobraba sus proyecciones atávicas. Silencio de catacumba del piso á los techos. Branly besaba las mechas de su amada en un reservoir imperio de 20 centavos.

Calofríos se ensañaban en la piel de algunos que tenían por Father un temor casi religioso. Father sacudiendo la cabeza bien desprovista de pelos, agitó la campanilla y declaró con papal serenidad abierta la sesión. Compañeros, dijo; vais á designar quien nos despida de la escuela donde corrimos cinco años difíciles de medir con nuestra vida á veces tranquila, á veces agitada, petaleada aquí y acullá de dulces emociones y también de sinsabores cuya consecuencia ha sido estrechar los vínculos de afecto que nos solidarizan. Vais á designar quien nos despida de nuestros profesores que, buenos y malos, por interés ó sin él, han despesado las rudezas de nuestros cerebros y á menudo las de nuestras maneras, formándonos un carácter accesible á todas las imprudencias que rozaran nuestras susceptibilidades en el desempeño de la modesta pero difícil misión del educacionista. Recordad que el momento es solemne y que el interés común exige que depongamos toda pasión indigna del título que recibiremos.

Bocaccio y las niñas asintieron inclinando la cabeza. Pero Peito, Bragheta, Farra, Santa Elena y Cochón, prácticos y conocedores de aquella psicología, comprendieron la astucia en las sutilezas de la argumentación y

murmuraron la necesidad de romper la ola de simpatía que se preparaba.

Señor presidente, dijo uno, advertido como un oficial de pesquisa: un solo sentimiento anima nuestros corazones en estos momentos; el de gratitud á esta escuela que nos recibió muchachos informales, sin rumbo y débiles y nos entrega al mundo hombres conscientes de sus actos y dispuestos al combate. Despedirnos pero con altura. El momento es solemne como dijo Trejo; reflexionad compañeros y encomendemos el discurso á quien por su indiscutible talento deje tras sí memoria imperecedera del curso á que pertenecemos. Depongamos, sí, toda pasión que el mostrarnos pusilánimes es indigno del título que vamos á recibir. Todos sois capaces de hablar; pero, aparte vanidades, no de igual manera. Yo, por ejemplo, me declaro bicho canasto. Conforme con las sensatas indicaciones de la presidencia, quisiera que la sinceridad de mis propósitos fuera suficientemente aquilatada para que aceptaseis al candidato que os propongo: Benicio Planes. Bocaccio estiró la geta y abrió los ojos; lo juzgaba, además de feo, sin aptitudes para desempeñarse en un acto de tanta decencia, no obstante las mil y una que acudió al loco para *salvar dudas*. Pero no pasó de gesto. Como nadie hiciera uso de la palabra se puso la suerte á votación. Urpila pidió que fuera secreta para que no quedaran en fermento rencores, envidias y otras bacterias del pantano. Chistera, que desde que aseguró el título hacía uso descarado del cilindro, cedió la urna y gnomo Machuca repartió hojillas para escribir el nombre. La presidencia cumpliendo el reglamento, se abstenía. Ortilla recogió los votos y la asamblea designó á dos señoritas para que verificaran el escrutinio.

Benicio Planes	15.
Damián Trejo	6.
Bocaccio	1.

La hilaridad rompió un momento aquel desacostumbrado silencio en el que los nervios se tenían con dificultad y Father sonrió al ver que su pichicho le acompañaba hasta en la derrota. Y dijo, con la magnanimidad adquirida por el largo ejercicio de su cargo: por mayoría de votos Benicio Planes hará uso de la palabra en la colación de grados â nombre del curso. Te felicito, ché. Nadie osó comentar con peros y aleluyas los resultados de la sesión. El Fiero era más temible que Father porque era loco. Más serios que una mar de fondo, despejamos como corridos, el recinto buscando aire liviano en la calle. «Con la fatalidad de una flor que se deshoja», dijo maquinalmente Ortilla, quien mascullaba siempre alguna frase de efecto, viniere ó no á pelo.

Addio Sante Memorie. — La separación exigía las intimidades de una cena petroniana en un hotel no tan así, que sellara con alusiones el saco de la azarosa vida en común. Se encargó al France el trámite culinario y á una junta de gusto probado, el adorno del comedor. Los preparativos duraron una semana porque no se disponía de fondos y nuestros títulos no eran de crédito. Father quería champaña y orquesta.

La confección del programa corrió por cuenta de Ortilla. Como resultara de originalidad dudosa, pues parecía escrito con los dedos de Murger, la comisión le condenó á la zona muda por cuya causa, como los que malquistados con Dios no tienen derecho á dos palmos de tierra en el campo santo, éste no tiene al de media hoja en estas memorias.

El comedor, discretamente enjaezado, ofrecía aspecto sincero. La mesa discretamente ornamentada ofrecía aspecto sincero. En el centro un pan, prometido á las Hambres, cuya longitud excedía los cálculos del presupuesto provincial, era una Luisiada á la región del trigo. *Los compañeros á Bragheta,* decía una dedica-

toria escrita por manos femeninas. Se criticaba á «Las Horas Pasan». Dos panzudos ramos de jazmines recordaban la embalsamada noche de la colación en que el público nos miraba, la música nos embriagaba y los guantes nos incomodaban. Pictografías de una ejecución profundamente barocca evocaban tiempos pasados. Farra y Peito se encargaron de recordar los hechos culminantes de nuestras campañas. La Musha ornada de laureles verdaderos, daba idea del talento á migajas, embotellado por un redoble de contrariedades fertilizadas por los inútiles, los perversos y los petulantes. El escudo de Quijote con el exergo bárbaro *Invictus Rocambolle,* era el emblema de nuestras heroicidades á través de los cercos acometiendo naranjales, gallineros y la ardua empresa de robar escobas á los que las dejaban de muestra sobre el marco de las puertas. Tres calabazas (cifra Pitagórica), aseguradas con una liga, todo lo que los estudiantes pudieron sacar á las piernas de Giacumina, era el botín cogido en las derrotas.

Del poema en tramitación de Farra *Las Pirámides de Tamerlán* no figuraba sino el título, pero en grandes letras. Una pluma de pava rota, simbolizaba sequedad de sesos por falta de tiempo para estudiar á los orientalistas. La pintura, que nadie cultivara por exceso de estímulo, se representaba por una copia auténtica de la boca de Boticelli pitándose al Fiero en la asamblea que se trató de los agasajos á Bartolito. El cuadro era obra de un aventajado cliente de su mate. La palabra heroica de Cambronne en rojo, contrastaba con la tiesa en blanco, de todos los incapaces: MACANA; sobre la mesa, de florero, el cilindro con que Cuestas se introducía de contrabando á los bailes del Club Social. Los vales de Balujera y los certificados de Cutiellos declarando con cálculos á la vejiga (enfermedad predilecta) á todo estudiante que se hacía la rata, llegaban á evocar vagamente tiempos que ¡ay! murie-

ron para estafar á los vivos. ¡Oh! y tú también Aída. Tu retrato sin comentarios prestigiaba aquel epílogo de la *gioventú primavera della vita.*

A las 8, 18 nos sentamos oliendo á *lotion Atkinson's, eau de Cologne* refrescante y estimulante. Narrar qué se pensó, qué se dijo, durante aquella chacota dignificada por el Medoc y las levitas, es para la pluma de Balzac ó Twain, cosa difícil. A las doce, el tufo empireumático del comedor excitó nuestra facundía, académica desde que mascábamos un puro de verdad y todos hablamos. Peito qui-

so decir mucho; embargado por la emoción no atinó sino á esta frase enigmática: Hermanos, qué catástrofe! sursum....

En cambio Machuca estuvo casi á la altura de su título. Fuertemente conmovido, dijo: Señores colegas: perdonadme si en mi discurso encontráis defectos que no serían sino erratas de la emoción y mis pocos años de experiencia para hablar á público tan selecto. Quisiera ser Demóstenes, Cicerón, Castelar ó Gigena ó también Gambetta para expresar en pocas palabras el dolor que sentimos al despedirnos, pero no para siempre porque nos acordaremos de nosotros, aunque se interponga una distancia más grande que la Vía Láctea. ¡Oh! Queridos compañeros; mis ojos se llenan de rocío con tan sólo pensar en esta separación fortuita que no tiene remedio. Pero nuestro corazón está aquí, aquí está con su potente voz proclamando nuestra vida de hermanos. Y mientras él lata y por nuestras venas corra una gota de sangre generosa, no nos olvidaremos, como no olvidan los pájaros su caro nido, mal pese al invierno, estación sin amores, que hemos estudiado juntos tantos años. El árbol de la vida no perece y así como hay en la Eneida un manzano que da frutos de oro, hay en nuestro pecho un, un, una, un roble que crea afectos. Y al levantar la copa, brindo, señores, para que no desmayemos en nuestra santa misión regeneradora y brindo también señores, para que conserve nuestro pecho el sentimiento de gratitud hacia nuestros maestros, obscuros beneméritos del progreso. He dicho. Machuca recibió una tanda de aplausos, gritos y ¡ah! por su brillante discurso que dijo sin papel. Se escanciaron las copas como en Ernani. Cochón cerró la velada con una pieza que lo consagró joven de talento, escritor de mérito y discípulo de Farra, aunque él pretendía serlo de Larra. Después de revolver las faldriqueras como un orador legítimo y embolsicar la izquierda dijo, en tono ornitológico:

Señores: Con el nombre vulgar de maestro es cono-

cido en el país el magíster *levitorum* á causa de su traje raído, onomatopéyico casi, que imita, en cadencia, los cuatro ritmos del necesitado: paciencia, filosofía, templanza y dignidad. Este pájaro es frugal y por consiguiente gran destructor de tejidos adiposos y amigazo del agua con la que parece chancearse cuando llueve porque hace quites á las gotas que caen de los aleros. No tiene, sin embargo, el depravado gusto de mirar con desdén un buen plato de macarrones ó una paleta de cerdo, si ha sido invitado á comerlos. Es de un apetito delicado y tiene acentuada predilección por el nabo y las cebollas; comería espárragos á la parmesana si no fuera por el daño irreparable que se hace comprándolos. El pan duro le sabe á turrón de Málaga y el chorizo frío á jamón inglés. Se muestra á veces débil por las ostras de Murray y el vino en cueros. Además, caza. ¡Lástima! porque su misión no es matar. Su vida preciosa la recomendamos á los padres y tutores, quienes en el peor de los casos tendrán un cuadrúpedo difícil de ser montado pero diligente en el arte de desnucar á sus hijos de un castañazo, cuando éstos exacerban su digna actitud de hombre casi letrado. El alma de la educación es el profesor. *A magistrorum ven, fide et doctrina prope omnis pendet disciplinæ utilitas* ya decía el padre Wolf.

Se extiende como ave solitaria por las aldeas donde coge los deshechos que escapan á las garras de los que viven orejeando el presupuesto. Los muchachos que se juntan en bandadas para faenar en los montes y las quintas duraznos y melones, conocen al maestro y le obsequian huevos, quesillos y pollos el día del santo para que los recuerde el día del examen. No estaría demás que se prohibiera esa práctica. El maestro debe, cual Isis, ser duro como un esquisto. Vivir flaco pero con honra. Que no se diga en la mesa del magnate que abdicó de sus virtudes por una liebre, cuyas artes debe imitar toda vez que se apunta á su corazón. Si fuera el mundo una Sodoma y debieran agarrarse de una hoja

los hombres, el maestro debe salvarse por sus ayunos. Predica en desierto; pero así también su obra tiene por testigo la inmensidad; las aves de rapiña voltejean á tal altura y tan lejos de sus dominios que no alcanzan á olerlo. Puede, por consiguiente, como la cigüeña enemiga de la langosta, entregarse pacífico á la tarea benéfica de destruir los bichos detentadores de la cultura convencido de que al fin será jubilado. Mientras no se meta á grande y no baje de su rama, porque de un hondazo lo sentarían, puede cantar fuerte, combatir todos los vicios, proclamar todas las virtudes, ruborizar todas las ciencias, que ni las arenas le escucharán airadas. Brindo, pues, por Pestalozzi, honra y prez de nuestro gremio, de quien conviene divulgar sus ideas y no su retrato porque exagera la fealdad.

De pie la zahurda, que no era ya de Pluto ni llamaba animales á los profesores, cantó el

Oíd mortales el grito sagrado
De libertad, libertad, libertad,

con el león rendido á sus plantas.

Aída y yo. —Todo cambia, todo pasa, todo muere (el afecto á los catedráticos en primer lugar) menos... De la irisada vida estudiantil queda un título y un amor. Tierna como la primer caricia y desolada como el último beso fué aquella visita. Yo partía. Yo volvería. Nuestros corazones bastaban porque bastaba lo inmenso que en ellos ardía para matar toda sospecha espúrea que pretendiera nacer. No obstante...

Dos golpes me anunciaron. Ella apretó mi mano con una intensidad que estremeció mi corazón y anudó mi garganta.

—¡Qué hermoso día!

—Hoy florecen los cerezos allá. ¡Oh, cuántas flores! Blancas, blancas. Todas blancas. Un florear de nieve. Aída, ¿no has visto una huerta de cerezos en flor? Un flo-

rear de nieve. Y después un florear de rosas. ¿Comprendes? ¡Ah! un mar de flores agitadas por la brisa, mecidas por la brisa. Las flores, los insectos... qué hermosura. ¡Oh! las abejas están de fiesta...

—Allá, las abejas están de fiesta. Tus dos ojos azules me miran con tal tristeza y tal alegría que me parecen dos estrellas donde brilla la conquista de lo imposible.

—No; dudo no sé de qué. Del porvenir. Pero tú me alientas; tú mantienes vivo ese fuego que siento aquí, esa ansia de ser que escudriña las tinieblas y busca la luz. Ayer concluía una carrera, hoy comienza un destino. Un mes, tal vez un año, quizá...

—Yo te espero.

—Tú que tanto me amas ¿conservarás en tu corazón la intensidad de ese cariño que abre sobre todas mis esperanzas?

—Me amas con locura y te perdono. Si miraras un segundo para atrás y reconstruyeras la historia de nuestro afecto no preguntarías. He vivido y vivo para tí. Una mujer que ama es un extraño fervor de constancia y fidelidad que no abaten ni los dolores, ni los años, ni los olvidos si ellos vinieren.

Su declaración era como un juramento hecho bajo el manto imperial de los grandes corajes. Sí, sus ojos decían: «Anda, sé grande, aquí te espero; *trabaja, sueña,* aquí te espero; tuya, tuya, sí, tuya; tuya ó de nadie; mi amor para tu gloria. Yo no temo tu olvido».

—Gracias. Trabajaré día y noche, á todas horas, lleno de ilusiones, lleno de esperanzas, feliz en la tarea de satisfacer la sed de este espíritu, pensando siempre en tí, tú pensando siempre en mí, ¿no es cierto?

—La gloria, mírala, abre sus brazos, sonríe, te espera.

—¡Oh, la gloria! Sin mancha, sin sombra, pura como el azul de la inmensidad. En ella viven todas las formas y pasiones que aspiran al supremo ideal. La veo nacer en la luz que converge de todas las esferas; en los espa-

cios sin límites, en los tiempos sin fin, en las ansias de perpetuar esta carne sujeta á las leyes del interminable cambio. La veo una y diversa, violentamente amada, amada hasta el espasmo, testigo de esfuerzos heroicos para ser conquistada en un supremo ¡han! de sudor y fatiga. ¡Ah! Quiero poseerla, siento la caricia de su voluptuosa mano, los pliegues de su peplo sobre mi frente, el calor de sus besos, la divinidad de sus sonrisas, siento condensarse sobre mis sienes la aureola magnificente del alma que sobrevive.

Ella besó mi mano, yo su frente. Fascinados por aquel desvarío no atinaba el grito de nuestros corazones á romper el silencio en que nos quedamos.

— Una casita llena de luz, llena de colores, perfumada por rosas y madreselvas, donde viviremos yo amado, tú amada, lejos del mundo, lejos del acecho, lejos de la tristeza, nuestro afecto radioso sobre todas las bajezas, triunfante sobre todos los obstáculos. Una eterna vida de trabajo, un inconmensurable horizonte de felicidad. Y la vida nimbada de encantos, hacia á nosotros sus ojos centelleantes, sus labios sonrosados, sus manos vencedoras con un rumor de grano que germina y de selva que se agita. Y en la sinfonía de todas las fuerzas que crean y de las ternezas que elevan, surgirás tú, siempre tú, sueño azul en el fondo de mi felicidad.

Nuestras manos se dijeron lo que nuestros labios callaron y sentimos sobre nuestras mejillas el rocío de nuestras almas gimientes á causa de nuestro corazón.

FIN

ÍNDICE

I

	Pág.
Solo	5
Rastelli	7
Trece ó poco menos	9
El Decálogo	12
Los porteños	14
El cero	17
Querido Jorge	20
La conferencia	23
La primera etapa	26
El almuerzo	28

II

Vida nueva	33
En busca del otro sexo	36
En lo de las Bruno	39
El asunto Balujera	43
La calaverada de Urpila	47
La serenata	50
El duelo	53
La lección de Farra	58
Al día siguiente	62
La lección modelo	64
El piano	70
Los amigos de la danza	78
En casa de madame	81

Pág.

Ad majorem Dei Gloriam 85
Media vuelta 89
Preparándonos 92
Las vísperas 95
Chez Cutiellos 97
El examen 100
Etcétera 103

III

Yo y ella 105
A la aldea 109
En la brecha, otra vez 112
A la luna 114
Bartolito 117
La manifestación 119
Trabajo sin fruto 122
Aventura de las naranjas 125
La visita 130
Ad Gloriam Vitae 135

IV

El motín 146
Suspendidos 151
El Hidrógeno 155
Chez Zoe 159
Expresión de agravios 165
Discurso del señor Teruzzio 168
En « Las Horas Pasan » 173
El discurso de recepción 175
Addio Sante Memorie 178
Aída y yo 183

HS